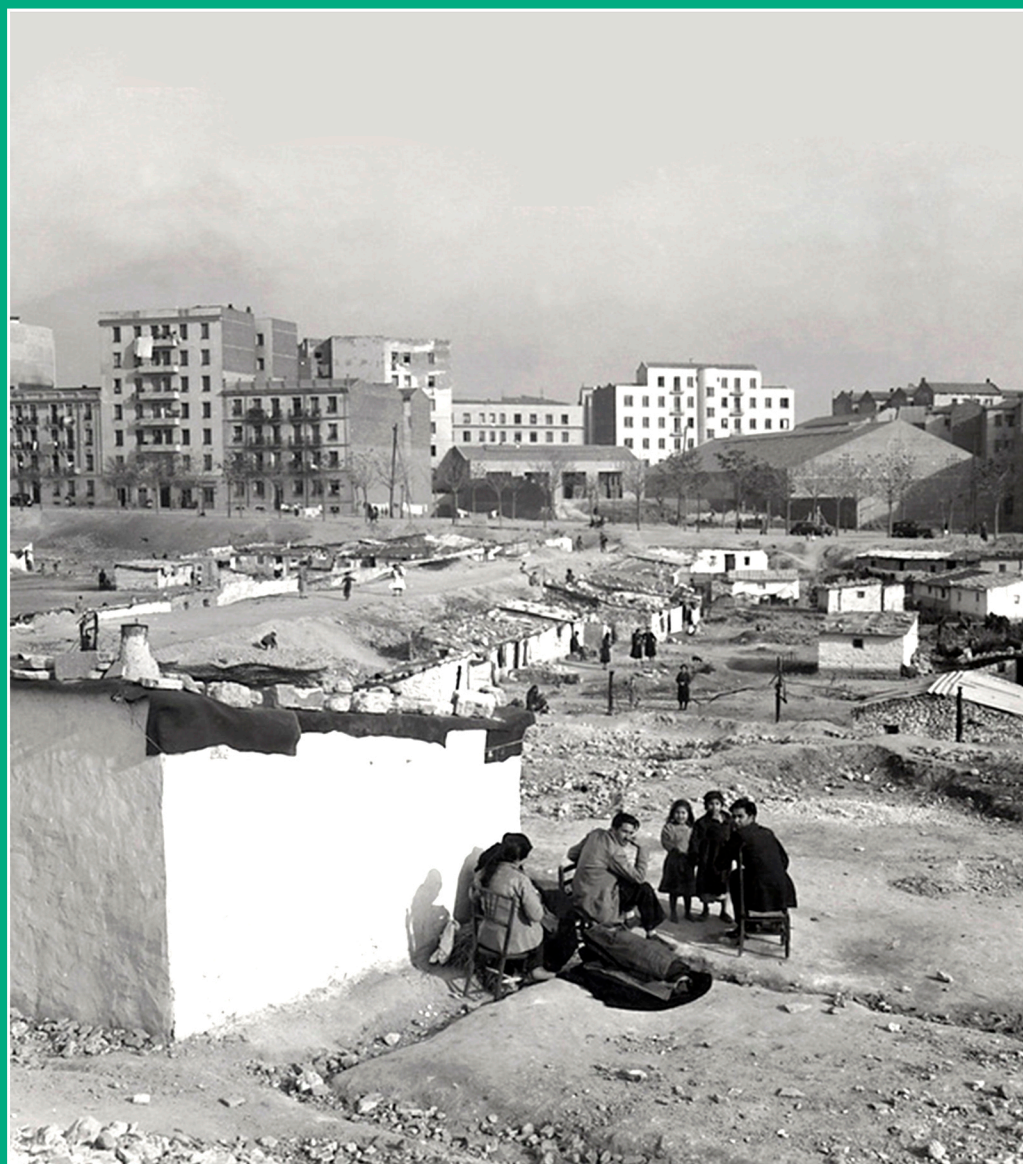


Juan Goytisolo

La resaca



La resaca será, seguramente, una de las novelas menos conocidas de Juan Goytisolo pero constituye un antecedente inmediato de su novelística posterior en el que ya se apuntan varios enfoques de lo que se ha llamado en llamar su «Destrucción creadora». En esta novela, que se desarrolla en los suburbios de Barcelona, un grupo de niños y adolescentes que forman la banda del «Metralla» protagoniza el retrato duro, realista y cruel de la vida de los excluidos de la sociedad, hacinados, embrutecidos y desesperanzados en las puertas de las grandes ciudades. Junto a ellos aparecen otros tipos marginales, alucinados, mendigos, anarquistas, y chivatos que, junto al resto de los habitantes del suburbio subsisten a duras penas en un ambiente de brutalidad y degradación absolutas.



Juan Goytisolo

La resaca



de



Juan Goytisolo

La resaca

El mañana efímero - 3

ePub r1.0

Titivillus 17.08.17

Juan Goytisolo, 1958

Diseño de cubierta: Erwin Bechtold

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



Uno

«NI UN HOGAR SIN LUMBRE, NI UN ESPAÑOL SIN PAN.» Escrita en la pared del ferrocarril con gigantescas letras negras, la consigna parecía presidir orgulosamente la vida del barrio. Dondequiera que se mirase, al alzar los ojos, la vista tropezaba con ella. Más arriba, un avión de reacción surcaba el cielo a gran velocidad. Su trayectoria —larguísima— partía el espacio en dos, como una raya de tiza, y se disolvía lentamente en lo azul como la estela de espuma de un barco.

Deslumbrado, Antonio amorró la cabeza y cortó, por el primer callejón, hacia la playa. Era domingo y la explanada guijosa que se extendía frente a las chabolas acogía a centenares de ociosos que se esponjaban al sol, lo mismo que lagartos: corros de hombres oscuros que jugaban al tute o al julepe, en mangas de camisa y con la boina encasquetada; mujeres viejas y como encogidas, que se defendían del reverbero de la luz con toscas viseras de papel de periódico; chiquillos ágiles y medio desnudos, que correteaban por los escombros persiguiéndose, con imaginarios revólveres, hasta el borde de la cloaca.

Las barracas tenían aproximadamente la misma altura y, en gran proporción, estaban enjalbegadas. Algunas lucían un pretencioso techo de ladrillo, puerta de madera regular y tiestos de geranios y dondiegos. La mayoría estaban confeccionadas de remiendos, con ladrillos y baldosines de diferentes formas y colores y hasta, a veces, con parches de hoja de lata. Aprovechando el sol, sus habitantes charlaban, dormitaban, trabajaban y comían al aire libre. En la barraca próxima al albañal, un niño gateaba por la arena, con el pie ligado por una cuerda a la puerta de su casa.

Antonio vagabundeó por la explanada, sin rumbo fijo. El parloteo ruidoso de los receptores armaba una endemoniada algarabía. Programas distintos, retransmitidos a toda potencia, cambiaban estériles gritos, en una apasionada discusión de sordos, monótona e inacabable. El aire estaba saturado de olores: efluvios de husmo y aromas de fritura, que se mezclaban con el hedor de basuras y albañales y se diluían, en la atmósfera tibia y casi calma.

El niño se sentó en un montón de escombros, de espaldas al sol. A su lado, un viejo vestido con un abrigo mugriento se cortaba las uñas de los pies. Dos manguis revolvían las basuras con bastones. Junto a la calle, cuatro hombres habían improvisado una mesa de juego sobre una vieja barrica de vino.

—Te digo que ha tocao falla.

—Mentira.

Antonio les observó con atención. Un gitano se había incorporado del neumático que le servía de asiento y señalaba furioso al rubio de la baraja.

—El tipo me ha tomao por un jula...

—Leches.

En una de las chabolas vecinas alguien pulsó las cuerdas de una guitarra. La voz afiebrada de un locutor anunció un programa de mambos. Una niña vestida de

bailadora se puso a palmear en la puerta de su casa. Y, en aquel momento, cuando la confusión de rasgueos, voces, música y gritos amenazaba llegar al paroxismo, el panorama sufrió un cambio inesperado.

—¡Queo!

Un chiquillo vestido con una camiseta azulgrana los había avistado en el paso a nivel y dio la señal de alarma. Eran tres, explicó, dos pequeños y uno encorvado y alto, y venían bordeando los relejes del camino, seguidos de una docena de muchachos.

Antonio miró a su alrededor, lleno de asombro. Una mujer descolgaba apresuradamente la ropa tendida y los hombres sentados en torno a la barrica interrumpieron la partida de cartas.

—Eh, tú... Guarda el cartulaje.

—El parné.

—Alto... La peseta es mía.

El chaval de la camiseta azulgrana corría por la calle dando el acán. La mujer de la ropa se asomó a la explanada y empezó a llamar a gritos a su chico.

Antonio se puso de pie y miró hacia la colina. Los visitantes caminaban dificultosamente entre los lavajos, asediados por un enjambre de arrapiezos. Torciendo a la derecha, hacia el centro del barrio, iniciaban, en medio de gran expectación, su antiguo itinerario de los domingos.

—Dicen que los reparten ya.

—¿El qué?

—Los trajes.

Las mujeres se asomaban a las puertas de las chozas. Algunas, más impacientes, corrieron al encuentro de la comitiva, seguidas de una nube de chiquillos. Pero los forasteros habían desembocado ya en la explanada y, como obedeciendo a una señal, los altavoces de las radios enmudecieron, la niña dejó de palmear y los hombres que jugaban y bebían hicieron desaparecer las cartas y los porrones y adoptaron un continente resignado y digno.

El cortejo se detuvo frente a la taberna y un chico cargado con una maleta de piel impuso silencio con inspirado movimiento de la mano. Durante unos segundos, los forasteros cambiaron impresiones en voz baja. En medio del astrado corro de mirones, sus sotanas relucían al sol, negras y limpias.

—¿Dónde vive Saturio? —dijo, al fin, el más alto.

La pregunta pareció romper el hielo y los rostros de los curiosos brillaron, como de esperanza.

—Por allí —respondieron varias voces al mismo tiempo.

El Padre hizo una pausa antes de continuar. Lentamente se sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor que le corría por la cara.

—Dentro de pocas semanas —dijo— nuestra Santa Madre Iglesia celebra con gran solemnidad la festividad de Pascua Florida. Una antigua tradición cristiana, que

se remonta a la infausta época de las Persecuciones, quiere que los niños en edad de merecer la Comunión la hagan precisamente ese día.

»El próximo domingo, como en años anteriores, los catequistas empezarán un ciclo preparatorio. Los pequeños que asistan al mismo recibirán la instrucción necesaria para acercarse a Dios Nuestro Señor con la disposición espiritual que tan magno acontecimiento exige.

»Todas aquellas familias cuyos hijos no hayan recibido a Nuestro Señor en el Sagrado Altar de la Comunión son cordialmente invitadas a colaborar en esta santa empresa.

»La inscripción se hará en casa de Saturio, a partir de ahora. El padre Bueno tomará el nombre y señas de los pequeños y responderá a todas las consultas que se le hagan.»

El cura carraspeó, dando por acabado el discurso, pero la gente que le escuchaba continuó clavada en el sitio, como en espera de una segunda parte. Ojillos vivos e inquietos de ancianos, mujeres y niños examinaban con misteriosa insistencia la maleta de piel del catequista.

—¿Algo por aclarar? —preguntó, sorprendido, el Padre.

Varias personas tosieron, sin decidirse a hablar. Al fin, un niño menudo y negro se acercó al de la maleta y le tiró de la manga.

—¿Qué lleva aquí dentro, señor?

—Catecismos —repuso el joven con voz grave.

La comitiva reemprendió solemnemente la marcha, con los curas, las mujeres, los viejos y los chiquillos. Desde su puesto de observación de la explanada, Antonio les vio alejarse con lentitud hacia la chabola de Saturio.

El barrio recuperó poco a poco su fisonomía habitual. Los hombres sentados alrededor de la barrica sacaron de nuevo las cartas y los porrones y continuaron la partida, entre disputas y blasfemias. La niña vestida de danzaora volvió a palmear y alguien enchufó a toda potencia un receptor de radio.

Antonio se incorporó del montón de escombros y continuó su recorrido, con las manos hundidas en los bolsillos.

Aunque le trasvió a la primera ojeada, sentado en un banquillo, frente a Giner, permaneció unos segundos inmóvil, sin decidirse a entrar. La taberna del Maño estaba como achicada a la luz del sol. Como el barrio del que era ilustración y reflejo, parecía un rompecabezas compuesto de infinitud de piezas. Baldosas y mosaicos de diferentes formas y colores, ladrillos y adoquines arrancados de distintas aceras, testimoniaban una existencia difícil, llena de sobresaltos. Una azarosa sucesión de hurtos y cambalaches había amueblado el interior de banquillos, taburetes y mesas. Sobre media docena de toneles, el Maño había improvisado una barra. El techo tenía remiendos de alquitranado y, cuando llovía, se infestaba de goteras.

Cinco Duros apartó de un manotazo las cadenillas de la puerta y se dirigió a la mesa donde había visto a su amigo. Recién concluido su turno en el garaje, Giner jugaba su partida diaria, vestido todavía de azul mahón. Cien Gramos parecía haber pasado la noche en vela y cabeceaba delante de una botella de manzanilla. Sentados en el rincón más apacible de la tasca, hacían entrechocar calmosamente las fichas del dominó.

Cinco Duros estrechó la mano a Giner y se sentó junto a la ventana. Tras minucioso debate había decidido al fin su línea de conducta. Cien Gramos se removió nerviosamente en el asiento y le observó con sus ojillos inyectados en sangre.

—Buenos días —dijo.

Cinco Duros no contestó. Decidido a ignorar la existencia de su amigo, fingía no verle siquiera, como absorto en la contemplación de un objeto situado a su espalda.

Cien Gramos jugueteaba con la botella de manzanilla, deseoso de atraer su atención. Sin hacerle caso, Cinco Duros se levantó y pidió al Maño el botijo del agua.

Al regresar, sonrió despectivamente y se frotó las manos, como de buen humor. Giner le observaba lleno de inquietud. Pálido, ojeroso, Cien Gramos comenzó a revolver las fichas del dominó, sin atreverse a mirarlo.

—Estábamos hablando de Emilio cuando llegaste tú —dijo Giner, rompiendo el silencio.

—Esta mañana he recibido carta suya.

—¿Qué dice? —Sin dejar de mirar a Cien Gramos, Cinco Duros bebió un sorbo del botijo.

—Espera. —Giner empezó a tantear los bolsillos, buscándola—. Creo que la llevo encima.

La encontró, al fin, entre los papeles del chaleco y, antes de empezar, le alargó una fotografía. En ella, un Emilio desconocido, radiante, tomaba el sol, sentado en la balaustrada de un jardín.

—¿Es él? —exclamó, atónito, Cinco Duros.

—El mismo que viste y calza —repuso Giner con una sonrisa.

Olvidando momentáneamente a Cien Gramos, Cinco Duros examinó la foto, asombrado.

—No es posible...

—Esto no es nada... Espera a oír lo que dice.

Giner se aseguró de que nadie le escuchaba y comenzó a leer en voz baja:

—... Desde hace más de seis meses trabajo en una empresa de construcción... Casi la mitad de los obreros somos españoles... El sindicato nos defiende bien... La semana pasada hicimos tres días de huelga...

Cinco Duros no le prestaba ninguna atención. Fascinado por el Emilio de la foto, lo analizaba aún, recelando alguna trampa.

—Me acuerdo como si fuera ayer del día que se marchó —dijo tragando saliva—. Vestió de prestao como tos nosotros... Sin un puto real en el bolsillo...

Giner seguía leyendo la carta con el rostro iluminado.

—El tipo era un don nadie como yo... —le interrumpió de nuevo Cinco Duros—. Lo conozco desde que era así de chiquito...

—Emilio se ha hecho rico gracias a mí —manifestó Cien Gramos, de pronto, con voz tranquila.

Abandonando la foto sobre la mesa, Cinco Duros le miró, lleno de sobresalto.

—¿A ti?

—Sí —su amigo afirmó con la cabeza—. Siempre se lo había dicho. Tú, que eres soltero y no tienes familia, deberías largarte. En Francia podrás vivir como un señor mientras que aquí serás toa tu vía un don nadie. —Cogió la botella por el gollete y se llenó el vaso de manzanilla—. Así mismo, con estas palabras.

—Tos nos acordamos perfectamente —aseguró Cinco Duros.

—Emilio, le decía, te hablo como hablaría a mi hermano. Un hombre joven y emprendedor, como tú, debe tentar la suerte. En Francia tienen una República... Seguro que te darán trabajo...

—Y él te escuchó.

—Sí. Me escuchó. La última vez que hablamos, lo juro por mi madre, estaba en esta misma mesa y me dijo: Cien Gramos, me has convencido... Aquí no podré hacerme nunca una vía... Me largo...

—Supongo que se marchó aquel mismo día... —La voz de Cinco Duros estuvo a punto de estrangularse de rabia.

—Sí —confirmó Cien Gramos triunfal—. Me pidió que le acompañara a la estación y se compró el billete pa París.

—Creí que se lo habías pagao tú...

Cien Gramos fingió pasar por alto el retintín de sus palabras.

—Fui yo quien le decidió a partir —repitió—. Si no llega a ser por mí, todavía andaría por ahí, muriéndose de hambre.

Cinco Duros bebió nuevamente del botijo. Conocía muy bien la propensión a fantasear de su amigo, y sabía la forma de remediarla.

—Si tan seguro estabas de que iba a hacerse rico —le espetó—, me gustaría saber por qué no le acompañaste.

—Porque yo no era libre como él —repuso Cien Gramos, digno—. Yo tengo mujer e hijo.

—Ah, ya... —Cinco Duros cambió la entonación de la voz—: La familia te retuvo.

—Sí, señor.

—Tu mujer y el chico...

—Sí, señor.

Cinco Duros emitió una risa seca, que resonó como el zurrido de un neumático.

—Ésa sí que es buena... En mi vía había oído na igual, palabra...

—No veo qué tiene eso de gracioso —dijo Cien Gramos, ofendido.

La risa de Cinco Duros desapareció con la misma rapidez con que había comenzado.

—Ah ¿no? —Mediante un ligero esfuerzo, consiguió dar a su voz la entonación de sus mejores escenas—: Como si nadie supiera que tu hijo se pasea por ahí en cueros y que tu mujer se parte los riñones trabajando...

—Lo que hagan mi mujer y mi hijo es asunto mío.

—... muertos de hambre, los pobrecillos, mientras su padre se bebe el sueldo en la tasca...

—También tú te bebes el tuyo —repuso Cien Gramos—. También tú obligas a trabajar a tu mujer y abandonas en la calle a tus chicos...

—Mi caso es completamente distinto... En casa, soy yo el amo... Si quiero gastarme el dinero, me lo gasto.

—También yo soy el amo de la mía y pateo mis cuartos como me da la real gana.

—Si pateases tus cuartos, como tú dices, nadie te diría na —repuso Cinco Duros—. Lo malo es que arramblas también con los que no son tuyos.

Cien Gramos acusó inmediatamente el golpe.

—¿Qué quies dar a entender? —dijo.

Giner guardó la carta en el sobre con aire de fastidio.

—Yo creo... —comenzó.

Pero ninguno de los dos le hizo caso.

—Cuando estoy sin blanca, no arrimo el culo a los demás pa que me inviten —dijo Cinco Duros.

—Yo no arrimó el culo ni me hago pagar por nadie —replicó su camarada—. Fuiste tú quien me hizo beber. Yo no quería.

—Sí, hazte el mártir encima... Aún resultará que pipiaste obligao...

—Yo estaba en un rincón, sin decir na, y tú llegaste con la botella y te plantaste enfrente mío...

—Anda, calla... Si has metió la pata una vez, al menos, canda el pico...

—To el bar estaba vacío —dijo Cien Gramos a Giner, a punto de estallar en sollozos— y vino precisamente a mi mesa, a achucharme...

—A achucharte o no, lo único que sé es que, cuando me desperté, el señor se había bebío mi paga y mi menda andaba tirao por el muelle, limpio como un plato.

—Él me lió a beber... Iba con una tranca de las grandes y sin darme yo cuenta...

—Un aprovechón, eso es lo que eres... Un falso hermano.

Cien Gramos inclinó, vencido, la cabeza. Dos lágrimas, brillantes como dos gotas de lluvia, resbalaron por sus mejillas demacradas.

—Yo no soy un falso hermano ni me aprovecho de nadie —dijo—. Soy pobre, pero tengo mis principios...

Cinco Duros le observaba, lleno de satisfacción.

—Un manguis, querrás decir... Un descuidero. —Se volvió hacia Giner, tomándolo por testigo—. Cuando el señor apaña veinte duros en algún lao, en lugar

de corresponder como cualquier hijo de madre, va y se los bebe él solito.

—No es cierto... Te estuve buscando durante toa la noche... Sin encontrarte...

—Sin encontrarme... —Cinco Duros rió de modo sarcástico—. Como si no supiese que cada vez que el señor gana un chavo se esconde pa no tener que invitarme.

—Pregúntaselo al Cartagena, si no me crees... Dile si no pasé más de diez veces por el bar...

—No necesito hablar con nadie pa saber cuando mientes.

Cien Gramos comenzó a registrarse los bolsillos con mímica de borracho. Al fin, localizó el portamonedas y se lo alargó con mano temblorosa.

—Ten... Quédate con él... Te lo regalo...

—Ah, eso sí que no... —exclamó Cinco Duros—. ¿Dinero que no sé de donde viene...? ¡Nunca!

Con ademán patético, su compañero le mostró la mano izquierda, con las falanges del índice y el mayor seccionadas.

—Es un dinero honrao —proclamó entre hipo e hipo—. Me lo han dao en la Mutua... Por mis dedos... —y se los tanteó, como para asegurarse de que no le habían crecido.

—Y ¿a eso le llamas dinero honrao? —preguntó él—. Vergüenza debería darte, óyeme bien, de explotar a la Mutua por semejante tontería.

Cien Gramos rompió a llorar descosidamente.

—Antes eran largos como los otros... Bien hechos... Con uña y to...

—Con uña y to... Pa qué carajo te sirven las uñas quisiera yo saber... Eso pa señoritos que no trabajan y lucen... Pero, dos muertos de hambre como tú y yo... Tan desgraciaos somos con, como sin, mira lo que te digo...

Cinco Duros paseó una mirada a su alrededor, recabando la aprobación del auditorio. El botijo seguía encima de la mesa y bebió de nuevo un trago:

—Sin cabeza andaríamos por el mundo, y penaríamos lo mismo.

Cien Gramos no contestó. Con la cabeza gacha, contemplaba los muñones de sus dedos, lloroso y arrepentido.

Los hombres que bebían en la barra reanudaron su conversación poco a poco. Al cabo de un rato Giner se despidió y salió afuera. Y en la mesa quedaron los dos, uno cara al otro, frente a la tentadora botella de manzanilla.

Transcurrió un minuto, otro y otro; en silencio, sin que ninguno de los dos dijese nada. Tímidamente, sus miradas se cruzaron. Cinco Duros observaba, con la garganta reseca, la botella de manzanilla. Y una chispa de alegría iluminó los ojillos de su camarada.

—Pues beber, si quieres —murmuró con voz suave.

Cinco Duros no dijo que no. Cien Gramos le miraba con una expresión vecina al amor y, al coger la botella que le ofrecía, comprendió que él también lo había perdonado.

—Acábatela, chachi —le decía—. Ayer cobré la paga y hoy es fiesta... Si quieres, volvemos a emborracharnos.

Más allá de la taberna del Maño, la franja de tierra que albergaba a la población del barrio se reducía progresivamente, atenazada entre el muro de obra que bordeaba la línea férrea y la playa guijosa donde se vertían las cloacas.

Después de una breve visita a la chabola de Saturio, Antonio alcanzó las ruinas del antiguo depósito. Los aficionados habían habilitado tiempo atrás un campo de juego donde los niños disputaban cada semana un encuentro de fútbol. Sin decidirse aún a volver al piso, el muchacho vagó al azar entre los grupos de espectadores. De pronto, movido por un presentimiento, se volvió. La mujer del imaginero había atravesado el barrio también y, como obsesionada, le seguía, de nuevo, a prudente distancia.

Una vez, hacía lo menos dos meses, Antonio había tropezado con ella a la salida de la escuela. La mujer pareció no oír siquiera sus disculpas y le contempló con expresión extraña. De mediana edad, tenía el rostro enjuto y los cabellos grises. Sus ojos, grandes y oscuros, daban la impresión de querer traspasarlo todo con la mirada.

Desde entonces, Antonio la encontraba cada vez que salía a la calle. Adondequiera que fuese, la mujer caminaba tras él, como una sombra. El día antes, le había seguido hasta el final de la escollera y, por un momento, creyó que iba a pararle. Pero la mujer se detuvo a una veintena de metros y le dejó partir sin pronunciar palabra.

Antonio la miró lleno de rencor. El arbitro había pitado *penalty* contra el equipo local y, aprovechando el tumulto, se esfumó por una de las callejas laterales. Después del campo, las chabolas comenzaban a espaciarse y el paisaje sufría una metamorfosis. Rodeadas de pretenciosos huertecillos defendidos con espinos, alambradas y bardales, las últimas barracas se extendían a lo largo de la playa como viviendas de juguete escaqueadas en un tablero de color.

La configuración del terreno favorecía la huida. Durante unos minutos, zigzagueó por las callejas, en dirección al mar. A aquella hora estaban medio desiertas, y al llegar al límite de la arena, se detuvo. El corazón le latía rápido después de la carrera y en su frente había brotado el sudor. Aunque se volvió a mirar, sabía que la mujer había perdido su pista. Algo más tranquilo, caminó una veintena de metros por la arena. Suspendido en el cenit, el sol pegaba cada vez con mayor fuerza, y se sentó a la sombra, aconchado a un recipiente de latón.

Enfrente de él, un muchacho moreno, con pinta de gitano, leía un tebeo, acucillado delante de su barraca. El chico iba vestido con cierto esmero, con unos pantalones azul marino y un jersey de punto blanco, y al alzar los ojos, al cambiar de página, su cuerpo se enderezó como el de un animal olfateando algún peligro. Una banda de chicos de quince a dieciséis años acababa de aparecer por un extremo de la

playa y se dirigía hacia el campo de fútbol con aire insolente y provocador. A pesar de que les separaba una cincuentena de metros, el muchacho permaneció clavado en su sitio. Los del grupo tampoco mostraban demasiada prisa en acortar la distancia: sorteando las basuras arrojadas allí por los volquetes, avanzaban paso a paso entre los guijarros, violentamente coloreados por el sol.

Al frente de ellos, un gañán rubio, tocado con un gorro negro, caminaba con las manos hundidas en los bolsillos y una colilla apagada entre los labios. Lleno de asombro, Antonio contempló sus patillas, cortadas en forma de hacha, y su frente, marcada por una sinuosa cicatriz. Vestido pobremente, como sus compañeros, llevaba una camiseta pequeña, que algún día debía de haber sido azul, y un pantalón de pescador, descolorido y remendado.

Al llegar a una docena de pasos se volvió e hizo seña a los demás de que esperaran. Sin manifestar ninguna inquietud, el chico moreno continuó leyendo el tebeo. El cabecilla le observó un buen trecho con los brazos en jarras y carraspeó varias veces para llamar su atención.

—Caramba —dijo—. ¿Habéis visto quién hay aquí? —Contoneando ligeramente el cuerpo, salvó la distancia que les separaba—: Se diría que es nuestro viejo amigo Jarque, muchachos...

—Al menos se parecen como un huevo a otro huevo —corroboró un chiquillo con la cabeza esquilada—. ¿Verdá, chicos?

Como obedeciendo a una consigna la banda formó círculo a su alrededor. En cuclillas en el suelo, Jarque no movía un solo músculo.

—El pareció es extraordinario, joder —dictaminó el jefe—. Los ojos... El pelo... La nariz... La frente... To igualito...

—A lo mejó es él —aventuró el gitano, sin poder contener la risa.

—No. No pué ser —fingió escandalizarse el jefe—. Un amigo sincero, como Jarque, nos habría dao la bienvenía.

—De tos mos —insistió el gitano—, no perderíamos na preguntándolo.

En vista de que el jefe no disponía otra cosa, se arrodilló en el suelo e hizo una reverencia profunda:

—¿Tendría la bondá de decirme cómo se llama, Su Señoría...?

Hubo una pausa durante la cual todos aguardaron en silencio la reacción del muchacho acucillado.

—Su Señoría es sorda —dijo, al ver que no respondía, el de la cabeza esquilada.

—Su Señoría es sorda, ciega y muda —afirmó el cabecilla.

Le contemplaba aún con los brazos en jarras y, de pronto, se desabotonó la bragueta. Lentamente, con el sexo al aire, se dirigió a la casa de Jarque y, a la vista de todos, comenzó a orinar contra el muro.

Antonio hizo visera con la mano para ver mejor. Aunque, por un momento, los puños de Jarque se crisparon, obedientes a una consigna interior, sus ojos no se apartaron del tebeo.

Los chicos de la banda seguían la escena, llenos de avidez. Como aves de presa olfateando sangre, sus rostros se habían transfigurado al olor de la pelea:

—Méate encima de él, Metralla.

—Riégale el traje.

—Jíñale, pa que crezca.

Acompañado por la mirada admirativa de todos, el jefe marchó al encuentro de Jarque, con las manos hundidas en los bolsillos y la bragueta abierta. Conscientes de la importancia del momento, sus compañeros dejaron de gritar. Tan solo Jarque fingía recorrer aún las páginas del tebeo, pero el temblor de las manos le vendía.

—¿Su Señoría quiere sacudirme las gotas y metérmela dentro? —preguntó Metralla con una sonrisa.

Jarque no contestó. Chorreante de sudor, su rostro brillaba al sol como un vidrio recién lavado.

—Si Su Señoría no quiere —continuó Metralla—, Su Señoría no los tiene en su sitio y es, además, cabrón, hijoputa y marica.

De un manotazo le arrancó el tebeo de las manos, lo partió en dos y lo arrojó al suelo. Jarque se puso de pie con el rostro congestionado.

—Deja de provocarme —exclamó— o, por mi madre... —y la voz se le ahogó en la garganta.

Metralla se volvió hacia sus compañeros:

—¿Habéis visto, muchachos...? Ahora me amenaza...

—Estoy solo y sin armas —dijo Jarque—. Si tan flamenco eres, di que se afufen.

—Nadie te tocará, si yo no quiero —repuso Metralla.

Sacando una mano del bolsillo le alargó una navaja doblada. Al verla, sus amigos aplaudieron:

—Endíñale un buen tajo.

—Píntale un jabeque.

—Chínale la cara.

Jarque miraba a su alrededor, acorralado. En la explanada desierta, la atmósfera era casi calina. El sol arrancaba guiños de la hojalata y vidrio de los escombros. Un soplo de brisa segó, apenas nacido, el grito lejano de los espectadores del fútbol.

—¿Qué esperas?

El cabecilla le tendía la navaja con aire burlón. Por toda respuesta, Jarque le golpeó con el puño. El directo alcanzó a su enemigo en el pecho y le obligó a retroceder unos pasos.

—Ah, conque éstas tenemos...

Metralla guardó la navaja en el bolsillo y arrojó el gorro al suelo:

—Como tú prefieras... Si no te gusta la churi, a las manos.

Seguidos por el resto de la pandilla, se dirigieron a la playa. Con el corazón palpitante, Antonio se levantó también. El grupo se detuvo en la zona arenosa próxima a la orilla y se paró, así mismo, detrás de ellos, a prudente distancia.

Elegido el lugar, los contendientes se observaron con atención antes de pasar al ataque. Rodeados por un anillo de espectadores, parecían acechar una señal para empezar, encendidos por el calor del sol, y como rijosos.

De improviso, rompiendo el hechizo que les mantenía inmóviles, cambiaron una rápida sucesión de golpes, en medio del clamor de los chicos de la pandilla, que excitaban, a gritos, el ardor de su camarada.

Durante cierto tiempo, el combate se mantuvo equilibrado. Jarque brincaba de un lado a otro con gran agilidad. Metralla hacía escarceos sin emplearse a fondo. Finalmente, el cabecilla logró asirle por el hombro y, estrechamente abrazados, ambos rodaron por el suelo.

A partir de entonces, la lucha se decidió a favor de Metralla. Tras un forcejeo rápido en el que, sucesivamente, cada uno pareció llevar las de perder, cabalgó a horcajadas el cuerpo de su enemigo. Jarque intentó inútilmente zafarse con violentas sacudidas. Metralla lo tenía bien sujeto entre las piernas y le dejó hacer para agotarlo mejor. Después, atenazándolo con las rodillas de forma que no pudiera moverse, se aplicó a golpearle con encarnizamiento maligno.

Antonio seguía la trayectoria de su brazo con una mezcla de fascinación y de horror. Metralla había asido a su rival por el cuello y le hacía chocar la cabeza contra los guijarros. Su rostro convulso, salpicado de moretones, no parecía inspirarle ninguna piedad. Los esfuerzos de Jarque para librarse se tornaban cada vez más débiles y espaciados. En un momento dado, Metralla cogió una piedra y se la aplastó varias veces contra la cara.

Antonio cerró los ojos y los volvió a abrir. Jarque tenía la ceja partida y la boca ensangrentada. Montado sobre su abdomen, Metralla lo contemplaba con el rostro chorreante de sudor. Los chicos de la banda pedían más, más, a gritos. Para complacerles, arrastró el cuerpo inerte a la orilla y zampuzó la cabeza en el agua.

Al punto, la histeria de sus compañeros alcanzó el paroxismo. Como movidos por un resorte, se inclinaron sobre el cuerpo del caído y comenzaron a molerlo a golpes y patadas.

—Así... Hasta que la diñe...

—Macho, Metralla...

Cuando el corazón de Antonio parecía a punto de estallar, alguien divisó en el horizonte los tricornos de una pareja de civiles.

—Cuidao... La gripa...

Abandonando entre los guijarros el cuerpo de la víctima, la banda corrió hacia la zona de los fortines, entre cuyos atajos resultaba fácil la huida. Metralla les siguió detrás, sacudiéndose la arena del pantalón.

Tras unos segundos de duda, Antonio se levantó también. El jefe había olvidado el gorro en la arena y atravesó la explanada, a recogerlo, bajo el impacto del sol. Reteniendo el aliento, se lanzó en pos de los fugitivos, a través de una maraña de senderos bordeados de espinas y alambradas. Por primera vez en su vida no se sentía

dueño de sí y caminaba sin saber a dónde le llevaban sus pasos.

Oprimiendo el gorro entre los dedos, dejó atrás los últimos huertecillos y barracas. Casi sin darse cuenta se encontró bajo el puente del ferrocarril. Los fugitivos se habían detenido allí a tomar aliento y, al llegar él, le contemplaron con manifiesta desconfianza.

—¿Qué coño quieres? —preguntó un muchacho rubio, plantándosele delante, con los brazos cruzados.

Y aunque Antonio había preparado un discurso, no supo qué responder. Objeto de la hostilidad del grupo, se sintió, de golpe, sin fuerzas para decir una palabra.

—Estaba en la playa cuando llegamos —acusó uno.

—Yo le he visto correr detrás de nosotros.

—Es un levosa. Ha venío hasta aquí pa espiarnos.

Sus rostros brillaban, llenos de odio. El muchacho rubio escupió en el suelo y le agarró brutalmente por la solapa:

—Vamos, desembucha o...

La vibración del tren que, en aquel momento, pasaba por encima de ellos, le impidió rematar la frase.

Cuando se restableció el silencio, Metralla se interpuso entre los dos.

—Aguarda un minuto —dijo cogiendo el gorro.

Durante unos instantes, que parecieron a Antonio interminables, lo examinó con la misma atención que un gitano pondría en la adquisición de un caballo. Luego, con mano dura, le levantó el mentón y le obligó a mirarle a la cara.

—No tengas miedo, barbi —dijo.

En medio del asombro de todos, le pasó amigablemente el brazo sobre los hombros y, como si este contacto le hubiera hecho comprender todo lo que quería decirle, añadió:

—Estás entre compañeros, aquí... Si quieres, pues ser nuestro camarada.

Al dejar la taberna del Maño volvió a sacar la carta del bolsillo y releyó a media voz algunos párrafos. Desde hacía seis años, Emilio era como un hijo para él. Giner lo había conocido a poco de cumplir la condena, en el momento en que el muchacho vino a Cataluña, huyendo del paro. Su infancia, como la del propio Giner, había transcurrido en un pueblucho perdido de Andalucía. Su padre ganaba el pan de la familia en el fondo de una mina y un día murió en un accidente de trabajo. Veinte años mayor que Emilio, Giner se esforzó en desempeñar junto a él sus funciones. Durante la República había contribuido activamente a la formación de los sindicatos y temía que su experiencia, adquirida a costa de tantos esfuerzos, pudiera malgastarse. Pacientemente, se aplicó a despertar su conciencia política. «Nos lo han robado todo, hasta las palabras —le había dicho un día—. Somos más pobres que los esclavos.»

A veces, dejando a un lado las reivindicaciones y las críticas, se entretenía en desgranar sus recuerdos de la guerra y cautiverio. El trabajo forzado, el hambre, el miedo, las palizas. Con el tiempo, Emilio había llegado a serle indispensable. A la salida del garaje, Giner iba a buscarle a la taberna del Maño y le contaba sus cuitas entre chato y chato de manzanilla.

Cuando el muchacho se fue, Giner se sintió muy solo. Su mujer y sus hijos se comportaban con él como extraños. Sin atender a ninguna clase de razones, se complacían en atacar, por sistema, cuanto daba un sentido a su vida. Por otra parte, Emilio parecía haberse olvidado de él. El cartero pasaba siempre de largo delante de la puerta de su casa. Todo se perdía con el tiempo, la juventud y las ilusiones, la mujer, los hijos y los amigos. Emilio no escapaba a aquella ley. Giner había renunciado ya a la esperanza.

La carta, depositada a su nombre en el garaje por un desconocido, le había colmado de alegría.

«Me excusarás que no te haya escrito antes —le decía Emilio—, pero hasta ahora no he encontrado a ninguna persona de confianza a quien entregársela...»

Uno tras otro, Giner la leyó a todos sus compañeros de trabajo. Lleno de orgullo, les mostraba la fotografía de su amigo, sentado en la balaustrada del jardín, y sonreía ante el estupor, la admiración y la envidia que se expresaba en sus ojos. «En Francia, el obrero no vive aislado, como aquí. En Francia tiene el sindicato.»

Al acabar el turno de la noche, el garaje entero se sabía la carta de memoria. Demasiado excitado para dormir, Giner salió a dar una vuelta por el barrio.

Era domingo, y continuamente tropezaba con sus amigos. «¿Sabéis la noticia?», les decía. Y, sin darles tiempo de responder, les alargaba la fotografía de Emilio y les leía fragmentos de la carta con voz temblorosa.

Entró en la taberna del Maño y volvió a salir. Con la foto en la mano, caminó en dirección al puerto, sin rumbo fijo. A aquella hora, la Barceloneta estaba como invadida de público y numerosas familias del Ensanche tomaban el sol en los merenderos. Excitado todavía por el mensaje, abordó a varios conocidos. Pero el juego acabó por aburrirle y se detuvo en la plazuela, fatigado.

Apenas iniciado el mes de abril, el verano se barruntaba ya. Los tenderetes de churros, cacahuets y refrescos estaban de bote en bote. El tio vivo, anclado en la plazuela desde tiempos inmemoriales, revivía después de un letargo de meses y giraba, cargado de niños, con sus caballos de ojos redondos, sus barcas que bajaban y subían y sus cisnes ingenuos y despintados.

Giner se enjugó con el pañuelo la frente empapada de sudor. Costa vivía a pocos pasos de allí, en una calleja estrecha, perpetuamente entoldada de ropa blanca.

Cuando llegó, su amigo no había bajado aún la barra de la tienda. De pie detrás del mostrador, enseñaba la mercancía a una anciana.

—Espérame un segundo —le dijo.

Giner se sentó al lado de la vitrina. Cada vez que se sentía fatigado o triste, la

presencia de Costa, gordo como un Buda, entre sus Niños Jesuses, Vírgenes y Santos, obraba sobre sus nervios, como un bálsamo.

Mientras atendía a la cliente, se entretuvo en observarlo, inmerso en la penumbra fresca de la imaginiería. Costa tenía un rostro sonrosado, como de bebé, y unas manos rechonchas y atildadas. El negocio, heredado de una tía abuela suya, marchaba bien y, al decir de la gente, le permitía un buen ingreso en el Banco.

La mujer había elegido al fin un Niño Jesús pequeño y gordo, con una deslumbradora mata de tirabuzones rubios y una coronita de santidad chapada en oro. Costa le arrancó la etiqueta del precio del cuello y lo envolvió en una funda de celofán, como un dulce.

—Son cuarenta y ocho con cincuenta —dijo.

La anciana pagó y desapareció con el paquete. Sin apresurarse, Costa fue al encuentro de Giner, frotándose las manos.

—Precisamente estaba pensando en ti. —Tras el grueso cristal de las gafas, sus ojos eran como canicas azules—. Mi suegra acaba de mandarme una botella de cordial. Si quieres, podemos beber una copa juntos.

Pese a su repugnancia por el dulce, Giner no dijo que no. Cuando estaba solo y necesitaba exponer sus ideas a alguien, el imaginero era, a menudo, la única persona dispuesta a escucharle.

—He invitado también a Evaristo —explicó Costa mientras bajaba la barra.

Con sumo cuidado depositó la bata, doblada, en el anaquel superior de la alacena y, antes de cerrar la puerta con llave, sacó un paquetito del bolsillo.

—¿Quieres un caramelo de café con leche?

Giner rehusó con sonrisa amable. El imaginero había levantado la aldaba de la trastienda y, a través de un pasillo oscuro, le guió hasta la portería. Fuera, la ropa tendida entre los balcones goteaba. Costa vivía en la casa de la esquina y se encaminaron allí sin apresurarse.

Evaristo les aguardaba, sentado en un rellano de la escalera. Pese al calor, llevaba su sombrero hongo raído y su abrigo cargado de medallas.

—Les he dado brillo más de tres horas —dijo, enseñándoselas con orgullo, después de darles la mano.

Había dejado el macuto con los botes de colillas en el suelo y, al ascender el último tramo, lo cargó sobre la espalda.

—Suban, suban, yo ya les sigo —dijo, golpeándose las piernas—. Son viejas y han bregado mucho, pero todavía andan...

El comedor del imaginero era una habitación pintada claro. El mobiliario se reducía a una mesa, un aparador y cuatro sillas. Colgada en la pared, como presidiendo la reunión, había la gigantesca foto de un niño con traje de marino.

Costa desapareció por la puerta de la cocina y regresó con el cordial y los vasos. Al ver la botella, Evaristo se restregó las manos de contento. El imaginero sirvió, lleno de satisfacción. El cordial despedía intenso perfume y comenzó a beberlo a

sorbitos. Procurando ocultar su disgusto, Giner vació el suyo de un trago.

—¿Alguna novedad, abuelo? —preguntó con una sonrisa.

Antes de responder, el viejo se quitó su raído sombrero de espantapájaros.

—Ninguna. Es decir —se corrigió—, ninguna de importancia.

Con sus dedos gordezuelos, Costa acariciaba a la monjita dibujada en la etiqueta de la botella.

—Los del Juzgado se presentaron anteayer en su casa —explicó después de un ligero carraspeo.

—¿Los del Juzgado? ¿Por qué? Las cejas de Giner se le dispararon hacia arriba.

—El propietario quiere sacarme de la caseta —repuso, apaciblemente, Evaristo.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—No lo recuerdo. —El viejo se pasó una mano por la frente—. Creo que tiene un negocio de verduras...

—Conozco a un abogado en el Palacio de Justicia —dijo Giner—. Durante cuatro años llevó mi asunto y acabamos muy amigos. Si usted quiere, podemos ir a verle.

El viejo hacía girar nerviosamente el sombrero entre las manos.

—No vale la pena de que se moleste... Las leyes no pueden permitir que echen al viejo Evaristo a la calle.

—Yo le digo que no debe confiarse demasiado —explicó el imaginero—. Siendo, como es, un pedazo de pan, cree que todo el mundo es igual y, el día menos pensado, se puede llevar algún disgusto.

—Costa tiene razón, abuelo. En los tiempos que corren, la gente no se anda con gaitas.

—Evaristo paga su alquiler todos los meses —afirmó el viejo—. Evaristo no es ningún mendigo.

—Aunque pagara el doble... Con la labia que tiene esta clase de tipos, sabe Dios qué tinglados habrá armado...

El viejo movió la cabeza con obstinación. Bajo su estropajosa cabellera, tenía el rostro resquebrajado por una minuciosa red de arrugas, y los ojos, tiernos y azules como los de un niño, brillaban, próximos al llanto.

—Evaristo es un veterano de cinco guerras —dijo—. A los dieciséis años estaba en Filipinas, voluntario... Luego en el Rif, en Melilla, en Ifni... siempre detrás de la bandera, marcando el paso... Pregunten en África por Evaristo... El mejor del Tercio les dirán... Incapaz de hacer daño a nadie...

Giner se disponía a intervenir, pero el imaginero le hizo señal de que callase.

—Evaristo tiene toda la razón —dijo guiñándole un ojo—. A un héroe de la guerra como él, no puede ocurrirle nada. De todos modos —añadió—, aunque fuese a título de curiosidad, creo que valdría la pena consultar a este abogado.

Satisfecho, como si le hubiesen sacado un gran peso de encima, el viejo se despojó del abrigo y les mostró las medallas.

—Evaristo era el cocinero del Regimiento en Alhucemas... Dos mil perolas de

garbanzos todos los días... Al acabar, le dieron la laureada...

—Es muy bonita —aseguró Costa, fingiendo examinarla con atención.

—Las cruces de arriba —continuó el viejo— las gané en Marruecos... Las de abajo, se las dieron a Evaristo al licenciarse.

—Me gustan porque están muy bien conservadas.

—Hoy las he frotado con un limpiametales nuevo... Cuando da el sol, parecen de oro.

Un portazo ruidoso interrumpió la conversación a la mitad. La mujer del imaginero acababa de entrar en el piso y atravesó el comedor sin saludarles.

Durante cerca de un minuto ninguno de los tres dijo palabra. Giner observaba, abstraído, la fotografía del niño vestido de marino. Costa vigilaba, de reajo, la puerta por donde había desaparecido su mujer. De pie, en mitad de la habitación, Evaristo acariciaba sus medallas. Acordándose de repente del motivo que le había llevado allí, Giner se tanteó los bolsillos.

—¿Sabéis ya la noticia? —preguntó.

Y, contento de romper el embarazoso silencio, cogió la carta de Emilio y empezó a leerla en voz alta.

A través de la polvorienta ventana, el niño le observó mientras bebía.

—¿Es él? —preguntó, desde abajo, su hermano.

Ramón aplastó la nariz contra el vidrio.

—No sé —mintió—. No estoy seguro.

Acodado en un extremo de la barra junto a Cien Gramos, su padre seguía apurando la manzanilla.

—Déjame ver. Déjame ver —suplicó lastimeramente Paco.

—Un segundo aún. Sólo un segundo.

Cinco Duros retiró al fin la botella de los labios y la mostró orgullosamente a su amigo.

—Nani —exclamó, admirado, el niño—. La ha dejao vacía.

—Déjame ver... Déjame ver.

Ramón saltó a tierra de un brinco e hizo a su vez escalera con las manos.

—Anda. Date prisa.

Paco se cubrió la frente con el brazo, defendiéndose del reverbero del sol.

—Caray —dijo.

Ramón le sostuvo durante cerca de un minuto. Al cabo, aflojando bruscamente las manos, le obligó a saltar al suelo.

—Está girao. Bien girao —dijo su hermano, hundiendo las manos en los bolsillos—. ¿Dónde habrá apañado los cuartos?

Ramón no le contestó. Mentalmente, había decidido sacar a la situación el mayor partido posible.

—Espérame aquí —ordenó.

—¿Adónde vas?

—Quiero hablar con él un segundo. De un manotazo, apartó las cadenas de la puerta y se dirigió al lugar en que su padre bebía con Cien Gramos.

—Hola, papá —dijo con una sonrisa.

Abandonando la botella sobre la barra, Cinco Duros se volvió, sorprendido.

—¿Qué haces aquí?

—Na —repuso Ramón con voz suave—. Pasaba por delante y he entrao.

Su padre le observaba con los ojillos inyectados en sangre.

—Pues ya pues largarte por donde has venío.

En lugar de obedecerle, Ramón se cruzó de brazos.

—Es la hora de comer. Mamá te espera.

—Dile que no me espere.

—Le diré donde estás —repuso, tranquilo, el niño.

El rostro de Cinco Duros enrojeció más de lo que estaba.

—Granuja... —farfulló—. Chivato...

—Adiós. Me voy —dijo Ramón.

—¡Eh!... Aguarda un minuto.

Agarrando al chiquillo por el brazo, le obligó a girar sobre sus talones.

—¿Qué coño quieres? —logró articular mediante un visible esfuerzo.

—Dos pesetas.

—¿Dos pesetas?

Cinco Duros adoptó una expresión trágica. Dejando resbalar la mano que aferraba al niño, movió la cabeza de un lado a otro, como herido en lo más profundo de sí mismo.

—¿Has visto? —dijo señalándolo a la reprobación de su camarada—. Explotao por mi propio hijo...

Cien Gramos se restregó los ojos con un pañuelo.

—Déjale... No sabe lo que se hace...

—Mi hijo... —sollozó Cinco Duros—. Mi propio hijo...

Con pulso tembloroso, depositó dos monedas en la mano que el niño le tendía.

—Anda... Vete... No quiero ni verte...

Ramón las guardó en el bolsillo, pero permaneció clavado en el sitio.

—¿Qué estás esperando? —exclamó, fuera de sí, su padre.

El niño señaló la cabeza chamorra de su hermano que, en aquel momento, emergía entre las cadenas de la puerta.

—Él te ha visto también —dijo.

—¿Cómo?

—Si no le das dos pesetas, irá con el cuento a madre.

Cinco Duros comenzó a blasfemar. Levantando los brazos al cielo, afirmó que, en el mundo, no había respeto, ni moral, ni principios. Al fin, cansado de perorar en el

vacío, le arrojó un duro a la cara.

Ramón se inclinó a recogerlo y salió a la calle. Su hermano le aguardaba en la acera, en medio de un remolino de moscas, con la admiración y la envidia pintada en los ojos.

—¡Caray! ¿Cuánto te ha dao?

El chiquillo no contestó. Encasquetándose la gorra hasta las cejas, se dirigió a casa a escape. A aquella hora, el aire estaba lleno de olor de frituras y numerosas familias comían delante de las barracas. El hambre le daba punzadas en el estómago. Su hermano corría, jadeando, tras él e intentaba, inútilmente, atraparlo.

—¡Eh!, espera...

Una ruidosa cola de mujeres cortaba la calle en dos frente a la choza de Saturio. Después de breve forcejeo, el niño logró abrirse camino. Su casa quedaba a pocos metros de allí y, al llegar junto a la puerta, se detuvo.

Con los pies descalzos, Paco brincaba entre los guijarros, subiéndose los calzones. A medida que acortaba la distancia, aminoró el paso. Su rostro, lleno de precoces arrugas, estaba congestionado por el esfuerzo. Plantándose en medio del arroyo le tendió una mano, abierta como una estrella de mar.

—Suelta dos rubias.

—Una.

—Dos.

—Una, y gracias.

Tras vacilar unos segundos, la mano se cerró en torno a la moneda.

—¿De acuerdo? —preguntó Ramón.

—De acuerdo.

Empujándose para pasar primero, entraron en la barraca. Antonio leía, como de costumbre, una novela de aventuras y no levantó siquiera la vista cuando se detuvieron a su lado. Arrodillada en la estera, su madre fregaba el suelo de la cocina. La eterna sopa de pan hervía ya en el puchero. Sobre el estante de madera había una bandeja con patatas.

—¿Quién quiere ayudarme a servir? —preguntó la mujer, enjugándose el sudor con la manga.

Nadie se tomó el trabajo de responder. Antonio cambió la página del libro. Paco se sentó en cuclillas en el suelo. Ahogando un bostezo, Ramón fue al minúsculo dormitorio que compartía con todos sus hermanos.

La semana anterior, Paco había empapelado las paredes con fotografías de futbolistas. Tumbándose boca arriba en el catre, Ramón se entretuvo en contemplarlas. El estómago le dolía de tanta hambre. Para distraerla, volvió a masticar el chicle que se había pegado a la oreja.

—Sabroso...

—Rico...

—Exquisito...

—*CALDO DE POLLO AVIS.*

En el único rincón libre de la pieza, envueltos en sus baberos rotos, Javier y Pili absorbían la cháchara de la radio. Entre frase y frase, los locutores emitían suspiros de delicia. Los pequeños habían aproximado las orejas al altavoz. Sus rostros estaban inmóviles, como encantados.

—*Estómagos débiles...*

—*Nervios decaídos...*

—*CONTEX, estimula el apetito.*

Ramón empezó a dar vueltas en la cama. Su boca se había inundado de saliva y el chicle se le antojó, de pronto, repugnante.

—*Salchichas...*

—*Jamones...*

—*Embutidos...*

—*Exijan LA ASTURIANA.*

Incorporándose del catre, desenchufó el receptor. Al punto, los pequeños parecieron despertar de su modorra y rompieron a llorar a moco tendido.

—*Tenemos hambre...*

—*Queremos la comida...*

—*Tenemos hambre...*

—*Ya va, ya va...* —suspiró su madre desde la cocina.

En medio del ensordecedor griterío de los niños llevó el puchero a la mesa.

—*¿Alguno de vosotros sabe dónde está vuestro padre?* —preguntó cuando se sentaron.

Ramón y Paco cambiaron una mirada.

—*No. Ni idea.*

La mujer lanzó un resignado suspiro.

—*Había preparao la compota pa él...* En fin, si no viene, tampoco tenemos por qué esperarle...

A media tarde, el barrio entero había desfilado por la casa y el Padre Bueno dio por acabada la inscripción. Durante todo el tiempo, Saturio había permanecido tras él, con los brazos orgullosamente cruzados sobre el pecho, consciente de la importancia adquirida a ojos de sus vecinos. Al terminar, su mujer sirvió el café y los dulces al cura y los catequistas. Y, acompañado de sus hijos, Saturio les escoltó hasta el otro extremo del barrio.

Como otros domingos, vestía su antigua ropa de estreno y rehizo el camino, corriendo, a paso gimnástico. Mariano y Carlitos lucían sus pescadoras nuevas y le imitaron llenos de satisfacción. Cada día, a la salida del trabajo, Saturio les llevaba a la explanada y, metódicamente, les obligaba a repetir sus ejercicios. Su hermano boxeaba los sábados en el Price y él mismo había sido campeón, diez años antes.

Ladeando la cabeza, para hacerse oír, comenzó a marcar el paso.

—Uno, dos... Uno, dos...

Con el torso abombado, la cabeza alta, los niños marchaban, obedientes al ritmo. El sol acababa de quitarse tras el perfil de las montañas y levante soplabá, fresco y apacible. Saturio atravesó el campo de fútbol vacío. Junto a las ruinas del antiguo depósito, ejecutó una nueva serie de flexiones. Pacientemente, aguardó a que las aprendieran los niños y, cumplido el deber, emprendió el regreso hacia casa.

—Manolo ha enviado recado de que va a venir —anunció Fuensanta cuando llegaron.

Al oírla, Mariano y Carlitos brincaron de alegría. La noche anterior su tío había noqueado al subcampeón de Asturias y su foto venía en la primera plana de *El Mundo Deportivo*.

—Dice que ha de llevar varias cajas al barrio y pasará por aquí, mientras las reparten.

Saturio recortó la fotografía y la pegó en el álbum. Su mujer coleccionaba en él los recuerdos de su carrera pugilística. La segunda mitad estaba consagrada a su hermano, y docenas de fotos de uno y otro cubrían sus páginas marchitas.

—Espero que se acuerde de nosotros —observó Fuensanta, señalando la hilera de botellas de CocaCola vacías—. Esta mañana me he bebido la última.

Saturio desplegó, sin decir nada, el periódico y repasó una vez más la crónica del combate.

«Acorralándole desde el principio entre las cuerdas, Manolo Navarro infligió a su rival duro castigo.» El ruido de un bocinazo interrumpió su lectura a la mitad. Excitados, los niños salieron a la calle.

—Es él. Conozco el pito —dijo Saturio, asomándose a la ventana.

El camión del reparto se había parado al borde de la playa y Manolo saltó del pescante, cargado con un cajón de botellas. Mariano y Carlitos se aferraron, gritando, a sus piernas, e intentaron, frenéticamente, abrazarle.

—Tío... Tío... Tío...

Manolo condescendió a darles un beso y les llevó a la chabola, a rastras. En las barracas vecinas, la gente se asomaba a mirar. Doblando de nuevo el periódico, Saturio salió a recibirlo a la puerta.

Manolo vestía el uniforme de los repartidores de CocaCola y, al entrar en la casa, dejó el cajón en el suelo. Con ademán brusco, se quitó la gorra de plato. Sus cejas estaban cubiertas por dos finas tiras de esparadrapo y una pequeña cicatriz le señalaba el lóbulo de la oreja.

—Salud, grande —dijo sonriendo de modo campechano.

Fuensanta le hizo sentar en un taburete y le sirvió una taza de café. La niña lloraba en la cesta y Manolo la tomó entre los brazos. Mariano y Carlitos observaban el uniforme, admirados.

Sin apartar los ojos de él, Saturio se acomodó al otro lado de la mesa.

—¿Qué tal te fue?

Su hermano hacía reír a la niña pasándole el pulgar por los labios y aguardó un buen minuto antes de responder.

—Ya lo habrás leído: fácil.

Echando el taburete atrás, hasta quedar esparrancado, lió parsimoniosamente un pitillo y arrimó el mechero.

—El gachó estaba muy flamenco al principio. Sólo empezar y, zas, me china la ceja. Un tajo pequeño, na... Pero, con eso de haberme sorprendió una vez, el tío se encampanó. Y, ya sabes lo que pasa: en cuanto uno se encarama, está perdido. Yo ya le había pescao el truco y, cuando quiso repetirlo al segundo asalto, le metí un cate que le dejó atontoliao.

—He leído en el *Mundo* que el sábado peleas con García.

—Ayer noche, después de tumbar al tío, grogui, Esteve me prometió el combate de fondo.

—Ve con cuidado... García es un duro.

—Ya lo conozco. El mes pasao le vi noquear a González.

—Si ganas, debes ir por el título.

—Esteve dice que si sigo con la racha, me lo llevo antes de acabar el año.

Fuensanta fue a buscar el cajón de CocaCola y dio botellas a su marido y a los niños.

—Deberías entrenarte más —dijo Saturio, arrancando el tapón con los dientes.

—Ya me entreno. El gerente fue a verme el otro día al Price y, desde entonces, tengo las tardes libres.

—Cuando gané el título me pasaba el día entero en el gimnasio.

—Si quies que te diga la verdá, no me quejo. La empresa se porta bien conmigo. Tanto el gerente como los otros me dejan hacer lo que quiero... El gachó dice que les sirvo de propaganda. Ayer, sin ir más lejos, me regalaron un albornoz de seda con COCACOLA escrito en letras grandes, a la espalda.

Fuensanta cogió a la pequeña en brazos y la volvió a meter en la cesta. En cuclillas en el suelo, Mariano y Carlitos escuchaban a su tío, fascinados.

—¿Y Mercedes? —preguntó Saturio, después de una pausa.

—Se ha ío al cine con su madre.

—Adela me dijo que os ibais a casar pronto.

—No sé. —Manolo fumaba con aire abstraído—. Depende de la tela. Si Esteve afloja, y tenemos perras, a lo mejor nos altanamos en verano.

—Yo creo que las cosas me van a ir mejor al fin —explicó Saturio—. Esta mañana han estado aquí los Padres del Colegio San Marcos. Como preparan la Primera Comunión de los chavales, les dije que podían hacer la inscripción en casa.

—Mamá les ha dado pastas y café —dijo Carlitos.

—Ya sabes que siempre he considerado mi situación como algo provisional... En la cosa del trabajo, me defiendo; pero, chico, lo difícil es encontrar piso. En todos

lados te piden dos mil duros de traspaso —Saturio acabó de beber la CocaCola—. Pues bien. El otro domingo hablé con el Padre Bueno y me prometió ocuparse del asunto.

—El Padre Bueno tie muy buen arrimo —intervino Fuensanta—. A Manuela, la hija del Vicente, le encontró hace poco un piso de buten...

—Más que nada, me interesa cambiar por los chicos... En este barrio hay gente de todas clases y, qué quieres, me da grima que anden por ahí sueltos. En cambio, en los bloques de viviendas protegidas, los Padres tienen varias escuelas.

—Yo creía que en el barrio había una —dijo Manolo.

—Sí. Pero es una escuela gratuita y, francamente, no me gusta que Mariano y Carlitos pongan los pies en ella. Dios sabe el trabajo que me doy para distinguirles de los demás chicos del barrio. No quisiera que resultaran unos vagos e ignorantes. Cueste lo que cueste, me esfuerso en que sean unos señores.

—El mes pasao compramos dos pescadoras y un traje a ca uno —dijo Fuensanta.

—Como medida de precaución les he prohibido hablar y mezclarse con los otros... En la calle sólo pueden recibir malos ejemplos. Y yo quiero que tengan la instrucción y las letras que ni tú ni yo hemos podido pagarnos... Que el día de mañana se abran camino en la vida. Que lleguen a ser hombres de provecho...

—Carlitos va el domingo de excursión con el Frente de Juventudes.

—Me han regalado una camisa azul y una boina —explicó el niño.

—Anda. Ve a buscarlas, y enséñaselas —incitó Fuensanta.

—El día de San José hablé con el delegado —prosiguió Saturio, cuando el niño hubo salido—. Durante el verano les llevan al Pirineo, de excursión. Quince días en la montaña, a hacer salud. Y como Carlitos tiene la edad reglamentaria, hice que se apuntara.

—El año que viene iré yo también —anunció Mariano.

—Aquí, en el barrio, no tienen ningún lugar de expansión y, a esta edad, es tan necesario... Todos los días, cuando salgo del almacén, me los llevo a hacer deporte a la playa.

Carlitos se presentó vestido con la camisa y la boina. Al verle, Manolo rompió a reír. El niño le tiró de la manga.

—Tío... Mírame hacer la flexión...

Abombando el pecho, tal como le enseñaba su padre, Carlitos ejecutó varias series.

—Bravo. Magnífico —dijo Manolo, dándole palmadas en la espalda.

—Mírame hacer la instrucción —prosiguió el niño—. Fir-més... Izquierda. Ar... Media vuelta. Ar...

—Estupendo. Magnífico.

—Oblicuo derecha. Ar... Oblicuo izquierda...

—¿Qué te parece? —preguntó Saturio.

—De miedo, chico... Está hecho un verdadero Tarzán.

—Yo hago la barra mejor que él —afirmó Mariano, celoso.

—Mentira.

El pequeño se plantó, firme, delante de su tío. Su hermano lo apartó de un codazo.

—Papá... Mira a Carlitos...

—Aún no he acabado...

—Me toca a mí.

—Anda. Deja a tu hermano, ahora.

—Es un copión... No hace más que imitarme.

—Déjale probar la barra.

—No la sabe hacer.

—Apártate y calla.

Carlitos obedeció al fin. Con expresión triunfante, Mariano apoyó las manitas en el brazo musculoso de Saturio y encogió las piernezuelas regordetas hasta quedar suspendido. Lentamente, centímetro a centímetro, comenzó a remontarse en el aire.

—Bravo. Muy bien —aplaudió, satisfecho, su tío.

Con la vista perdida en algún lugar del techo, el niño permaneció unos segundos inmóvil, rubio y rosado, como un angelote.

—No sabe tener las piernas quietas —acusó Carlitos.

—Nadie te ha pedido que hables.

—Es un copión.

—Te he dicho que la cierres.

El compañero de Manolo había llevado la CocaCola a la taberna del Maño y, de regreso al camión, hacía sonar impacientemente el claxon.

—Ya va, ya va —gritó Manolo, incorporándose.

Precedidos por Fuensanta y los niños, salieron a la explanada. Un grupo de chiquillos capitaneados por Ramón y Hombre-Gato habían trepado al estribo del camión y saltaron prudentemente a tierra cuando ellos se acercaron.

—Denos una CocaCola, señor...

Saturio les apartó con ademán autoritario.

—Fuera de ahí... Largo.

Los rapaces obedecieron haciendo muecas. Manolo besó y abrazó a sus sobrinos. Su compañero puso el motor en marcha.

—Adiós. Vuelve otro día —dijo Saturio.

El camión se alejó, en medio de una nube de polvo. La familia permaneció clavada en el sitio hasta perderlo de vista. Luego, acompañada por la burlona risa de los niños, regresó lentamente a casa.

Dos

Viniendo por la trocha, entre una doble fila de pitas y nopales, el descubrimiento del Refugio, a una treintena escasa de metros de la línea del ferrocarril, le produjo enorme sorpresa. Construido durante la guerra, en previsión de un posible desembarco, las crecidas del río y el embate del mar habían formado a su alrededor un montículo, cerrado como un cráter. Un gigantesco anuncio de Lucky, emplazado en la cresta, le ponía a cubierto de todas las miradas. El fortín se vencía por uno de los lados y su cara norte se hundía en la arena. La entrada, por lo contrario, estaba como suspendida en el aire y, para trepar a ella, el grupo había ingeniado una rampa.

—Antes de llegar nosotros —explicó Metralla—, vivía una tribu de gitanos. Ellos hicieron la chimenea.

Seguidos por sus demás compañeros, avanzaron hasta la entrada. El fortín tenía una puerta de madera que se cerraba con candado. Su interior era mayor de lo que a primera vista aparentaba y olía fuertemente a sucio y a humedad. La luz entraba como una racha de polvo por el sinuoso resquicio de la aspillera. En el techo había una linterna de metal, robada sin duda a algún ferroviario. El suelo hacía una ligera pendiente y estaba cubierto con un revoltillo de mantas.

—Siempre dejamos uno aquí, de filé —continuó Metralla—. Si alternas con nosotros, te tendrás que pelar más de una guardia.

En pocas palabras, le puso al corriente de la vida, milagros y andanzas de todos los componentes del grupo. Drácula era calero de profesión y visitaba los chalets del barrio alto. Pepe *el Gitano* se había especializado en mangar carteras. Alberto era bajamanero de calidad. Gonzalo y Cristóbal pedían limosna y vaciaban el cepillo de las iglesias. El Neorrealista no participaba jamás en ningún golpe, pero era el maquinador de todos ellos. Metralla le había confiado la guarda del botín y él se encargaba de llamarlo cuando era necesario. La banda no solía operar en grupo. Cada mañana, sus miembros se dispersaban por la ciudad y volvían por la noche al Refugio con todo lo ganado.

—Entre nosotros, ninguno se va al río. O si se va, nos la paga...

Su ruptura con Jarque, explicó, obedecía a este motivo. Durante mucho tiempo, Jarque había sido su hermano: Metralla compartía con él el pan y la cama; juntos, afrontaban los mismos peligros. Pero, un día, había empezado a trabajar por su cuenta. En lugar de astillar el botín como habían establecido, se ocultaba de los demás para gastarlo.

—Qué leches... Eso no se hace. Cuando se vive en común, se reparte la ganancia.

Sentado en el suelo, como uno más de la banda, Antonio le escuchaba con emoción. Las actividades del grupo empezaban a conocerse en el barrio, en donde vivía la mayor parte de las familias de los chicos, hacinadas, como la suya, en chabolas y barracas miserables. En un momento dado, Metralla revolvió sus bolsillos y le tendió un recorte ennegrecido.

—El mes pasao, cuando aliviamos una ferretería en San Andrés, hablaron de nosotros en *El Caso*.

«Los agresores —decía la nota— *formaban una cuadrilla de desaprensivos guirlocheros, esa escoria social, nutrida casi en su mayoría por adolescentes que, como una plaga, cae en cualquier momento sobre los industriales de la ciudad, haciéndoles víctimas de sus robos y de sus caprichosos tributos.*»

Antonio la releyó antes de devolverla. Cada semana, sentado en los blocaos de la escollera, devoraba *El Caso* de cabo a rabo. Sus minuciosas reseñas de crímenes, atentados y atracos excitaban su fantasía. Secretamente, ambicionaba cometer hechos iguales. Personas como el Mula o el Sabater eran hombres verdaderos. La gente del barrio hablaba con gran respeto de ellos y comentaba elogiosamente sus audaces golpes de mano.

En el Refugio se sentía como en su casa: pasada la primera reacción de desconfianza, los guirlocheros le hablaban como a un amigo. El día anterior, después de su encuentro bajo el puente, Metralla en persona le había escoltado hasta la barraca. «De ahora en adelante serás uno de los nuestros.» Lleno de agradecimiento y de orgullo, Antonio solamente aguardaba una ocasión para poder grabárselo.

—Yo no tengo experiencia como vosotros —dijo, poseído de un escrúpulo súbito, cuando Metralla finalizó su relato.

—Bah. No te preocupes. Esto se adquiere en seguida. Con un poco de vista...

—Cuando empecé —explicó Gonzalo riendo—, iba más limpio que tú.

—Ahora vacía los cepiyos mejor que nadie —dijo Pepe el Gitano.

—Tú guipa lo que hacemos nosotros. Ya verás. No es difícil.

—Lo importante es tener la sangre fría.

—La práctica no es na —corroboró Gonzalo.

El Neorrealista observaba a los demás en silencio, por encima de las gafas.

—¿Por qué no salís a dar una vuelta, a enseñarle? —propuso.

—Sí. Es una idea. —Metralla se volvió hacia sus amigos—. ¿No os parece?

—De acuerdo —repuso el Gitano—. ¿Adónde vamos?

—Podíamos ir a la tienda de la vieja, a Sarriá.

—No. Queda muy lejos.

—O al mercado. Detrás del Paralelo.

—No. —Drácula habló por primera vez—. Yo ya lo visité ayer.

—Cojamos el tranvía, qué leches... Cuando nos guste un sitio, nos bajamos.

La propuesta mereció la aprobación de todos. En un abrir y cerrar de ojos, los muchachos vistieron sus ropas de paseo. Más presumido que los otros, Cristóbal se miró en el espejo y zampuzó la cabeza en el agua.

—Aquí, tos cuidamos la presentación —dijo el Gitano a Antonio, guiñándole un ojo.

Una chispa de burla, en su rostro curtido, despertó su recelo. Sus compañeros parecían mirarle reteniendo la risa, como si alguien hubiese colgado un monigote en

su espalda.

—¿Qué pasa? —preguntó Antonio, enrojeciendo.

—Na. —Metralla reía también—. ¿No te has dao cuenta?

—¿Cuenta? ¿De qué?

—Te han robao la cartera.

Antonio se llevó la mano al bolsillo. Con gran sorpresa, descubrió que había desaparecido.

—Te la he birlao yo —dijo el Gitano, después de una pausa—. ¿No sentiste na, mientras te parcheaba?

—No —murmuró Antonio, confundido.

—Es tirao... Mira. —El Gitano devolvió la cartera a su sitio—. Déjala tal sueles y guipa hacia Cristóbal, como antes... Así... ¿Notas algo...? ¿Y ahora...? ¿Ahora tampoco...? ¿No...? ¿De verdá...? Pues ya he vuelto a mangártela, compadre...

La cartera estaba, efectivamente, en sus manos. Admirado, Antonio rompió a reír. Alegres, sus demás compañeros le imitaron.

—Esto es sólo el principio —dijo Metralla—. Ahora verás lo que es bueno.

Incorporándose ágilmente del petate dio la señal de partir. Uno tras otro, los guirlocheros abandonaron el Refugio. Como a la llegada, el Neorrealista se quedó en la puerta, de guarda.

—Suerte, y hasta pronto —dijo.

Antonio le hizo adiós con la mano. A través de las chumberas y las pitas que cubrían la sucia ladera del río, desembocaron en la zona de huertecillos avariciosamente trabajados por los hombres de las barracas. La vegetación era escueta y rala, y la tierra, arenosa y reseca. El empeño obstinado de sus cultivadores apenas arrancaba otra cosa de ella que un trigo tan delgado y raquítico como los propios niños del barrio.

Más allá del puente, Metralla tomó un camino paralelo a la vía del ferrocarril. Camiones y carros volcaban allí los residuos de la ciudad. La zona se había convertido en un gigantesco muladar y docenas de perros hambrientos vagaban entre las basuras. Como encendido espontáneamente por el sol, un fuego humeaba junto al carromato de unos gitanos.

Cruzaron el paso a nivel. El tranvía paraba dos manzanas después, en una calle ennegrecida por el humo de las fábricas. Siguiendo el ejemplo del Gitano, Antonio se colgó del estribo. La banda ofrecía un curioso aspecto, endomingada y ruidosa, junto a la ropa sucia y el rostro ensombrecido de los hombres que salían del trabajo. Con el gorro ladeado, el cigarrillo encendido y su aire provocador e insolente, Metralla atraía todas las miradas. Consciente de ello, hablaba a sus compañeros, erguido en mitad de la plataforma, con el empaque de un actor de teatro.

—¿Habéis visto, chicos? —dijo señalando a un grupo de muchachas reunidas en el pasillo.

—Vaya escaparate —Cristóbal hizo chascar la lengua—. Hay de to.

—¿Viste la rubia?

—¿Cuál? ¿La alta o la otra?

—La alta. Es una chavala de marca registrá.

—Yo me quedo con la que va vestía de amarillo.

—La de amarillo tiene más callos que un menú.

—Anda, guapa... Vente pa aquí.

—Acércate, nena, que te voy a enseñar una cosa.

—A ésta le arrimaba yo los tacos, que, vamos...

—Del cate que la metía yo a la mía, le daba más gusto que una banda de música.

Cuando el cobrador se acercó con los billetes, Metralla zambucó sus manos en los bolsillos y le volvió la espalda.

—Señores...

Nadie se dio por aludido. Siguiendo el ejemplo del jefe, los demás miembros de la pandilla fingían examinar el paisaje.

—Los billetes, por favor.

Tampoco obtuvo contestación. Sin reparar en él, los muchachos conversaban apaciblemente, con la mirada atenta a cuanto pasaba en la calle. Irritado, el hombre se encaró con Metralla.

—Le he dicho que me enseñe usted los billetes.

—¿Me habla a mí?

—Sí. A usted.

—¿Qué desea?

—El billete de usted y de los otros.

—Ah... Ah...

Metralla movió la cabeza en ademán de haber comprendido y, dirigiéndose bruscamente a Cristóbal, le dio un tirón en la manga.

—¡Eh!, tú... Paga.

—¿Yo?

—Sí; tú.

—¿Por qué?

—Pregúntaselo a él.

Cristóbal siguió la dirección que le señalaba el dedo de su amigo.

—Yo ya pagué ayer. Ahora te toca a ti.

—¿A mí?

—Sí; a ti.

—¡Leches!

Metralla metió una mano entre sus muslos, como sopesándose la bragueta.

—Ayer pagué el trayecto yo —repitió.

—Mentira.

—¿Mentira, dices?

—Sí, mentira.

Los dos habían alzado el tono de voz: los pasajeros se volvían a mirar, expectantes.

—Repíte lo que has dicho.

—Repíte tú primero.

El tranvía frenaba al tomar la curva. Metralla aprovechó la ocasión para empujar a su compañero y, como obedeciendo a una señal, todos saltaron a la calle.

—A la izquierda, rápido.

Bajo la mirada curiosa de la gente, se internaron en una callejuela lateral. El tranvía se había parado cincuenta metros más lejos y, mientras corrían, oyeron las voces del cobrador dándoles alto.

Una travesía, dos, tres. Al llegar a la tercera cambiaron de dirección y, poco a poco, aminoraron el ritmo de sus pasos.

—Al principio creí que os peleabais de verdad —dijo resollando Antonio.

—¡Ca!... Es un truco que tenemos, pa no pagar. Cuando viene el cobrador nos liamos a discutir y armamos la gran zurribanda.

Atravesaban un barrio popular, lleno de mercerías y colmados. Era la hora del café y la calle estaba medio vacía.

Contentos de su proeza, los guirlocheros caminaban contoneándose por mitad de la calzada. Previsoramente, la gente se apartaba para darles paso y, detrás de ellos, los coches hacían sonar sus bocinas con furia.

—¡Qué coño!; que se esperen —decía Metralla.

Al pasar frente a una perfumería, Alberto cogió a Antonio del brazo y le obligó a empujar la puerta.

—Tú, mírame —le susurró al oído.

El interior de la tienda era pequeño y limpio. Detrás del mostrador una mujer les observaba con suspicacia.

—¿Qué desean?

Con voz tímida el muchacho pidió una marca de hojas de afeitar. Y, mientras la señalaba a la mujer con una mano, con la otra se apropió un frasco de colonia.

Antonio alzó la vista, reteniendo el aliento: la dueña no se había dado cuenta de nada. Con ademán de malhumor, entregó la caja a su amigo.

—¿Es ésta?

—No, creo que no —dijo el muchacho después de examinarla—. La que usa mi padre tiene una envoltura dorada...

Salieron afuera. Sus camaradas aguardaban en la esquina y Alberto les enseñó el botín, triunfante.

—Si me diese la gana, le mangaba hasta las enaguas...

Durante largo rato, callejearon aún por el barrio. Cada vez que divisaba a una chica, Metralla marchaba a su encuentro, cortándole el camino. El Gitano se sacaba el pañuelo del cuello y la citaba a embestir, como a un toro.

Antonio participaba en el juego, orgulloso de sí mismo. Por primera vez en su

vida no se sentía chico-pobre-del-barrio-de-las-barracas. Milagrosamente había dejado de ser el hijo de Cinco Duros, el-que-se-emborracha-en-la-tasca-del-Maño. En medio de los chicos de la banda, se soñaba fuerte y temido. Como un guirlochero más. Como un hombre, cuya foto podía salir en *El Caso*.

Pero la tarde se les había echado encima, y sus amigos decidieron volver al Refugio.

—Está bien, Sietemachos —le dijo Metralla, riendo ante su expresión de disgusto—. Por hoy ya has tenío bastante.

Dócilmente, Antonio les siguió hasta la parada del tranvía. Un sol alegre, como de domingo, parecía festejar, sobre los terrados, la emoción de su primera jornada de aprendizaje.

Durante el resto de la semana, Giner siguió leyendo la carta a todos sus conocidos. En el garaje, sus compañeros se la sabían de memoria y la recitaban delante de él, muertos de risa. Demasiado ocupado en darla a conocer, Giner no les hacía ningún caso. Las palabras de Emilio le habían hecho comprender, mejor que ningún discurso, el aislamiento en que todos se debatían.

Miles de hombres, venidos del sur como él, vivían a las puertas de la ciudad, en condiciones miserables. Carentes de unión, de defensa, de portavoz, trabajaban, penaban y morían, sin otro horizonte que las cuatro paredes de sus chabolas y barracas.

Había que actuar y actuar rápido. Un centenar de abejas en el hueco de un árbol, constituían un enjambre. Diez mil obreros acampados en una explanada, no formaban absolutamente nada: eran diez mil obreros tan solo, encerrados cada uno en su concha, solitarios y desunidos.

Por tres noches consecutivas, Giner fue a la tasca del Maño a emborracharse. ¿Juntar las partículas una a una, hasta formar un cuerpo, era algo factible? ¡Ah, Dios, si Emilio hubiese estado allí para ayudarle! A la salida del garaje hubiesen podido cambiar sus puntos de vista. Pero seguía siempre en Francia. Y, abandonado a sí mismo, las fuerzas le faltaban.

Sentado frente a una botella, en un rincón, Giner monologaba en voz baja. El vino hacía verlo todo sencillo. Poco a poco, su cabeza se poblaba de visiones que se sucedían sin orden ni concierto. Como menudas abejas, los hombres que vendían su cuerpo componían una comunidad, un enjambre dorado e inmenso que giraba, giraba en su cerebro, como un vertiginoso remolino. Y a medida que bebía y bebía más, las partículas, las abejas, cobraban forma humana: eran sus hijos y su mujer, Emilio y sus compañeros de trabajo, el barrio entero, con sus mujeres y sus hombres, sus lisiados, sus viejos y sus criaturas.

Giner permanecía en la taberna hasta la hora de cerrar y la visión le acompañaba, de regreso, a lo largo del camino. El cielo era también su comunidad; en cada estrella

reconocía el rostro de un compañero.

La tercera noche se tendió sobre la playa, cara al mar. El cielo estaba encapotado y hacía húmedo. Con la cabeza apoyada en la arena, se sintió poseído de una terrible angustia. ¿Era posible luchar? ¿Podía hacer algo, sola, una minúscula partícula?

Un barco pasaba bordeando la costa, arrullado de música y brillante de luces. Agazapado en la sombra, como formando cuerpo con la noche, el barrio dormía, silencioso y oscuro. Giner contempló uno y otro con atención y un sollozo contrajo su garganta. Dios, Dios, dijo. Una desoladora sensación de impotencia le sacudió como un trallazo.

Los perros; ah, los perros... Durante largo rato golpeó el suelo con el puño. El barco se perdía en la noche, envuelto en un halo de niebla jalde y, tendido por tierra cuan largo era, lo maldijo, con los ojos llenos de lágrimas.

La mañana siguiente, Giner dejó la carta de Emilio en casa. Los días anteriores sus compañeros le habían encontrado agitado y febril, y se sorprendieron al verle silencioso, entregado de lleno al trabajo.

—¿Te ha picado algún bicho, maestro? —le preguntó el engrasador.

Giner no le contestó. Concienzudamente, se aplicó a la faena sin despegar una sola vez los labios. Al concluir, en lugar de dirigirse a la taberna como de costumbre, continuó el camino hacia casa.

A visible a larga distancia, la chabola tenía la luz encendida. Trinidad había dejado abierta la entrada y Giner fue al dormitorio a cambiarse. La cama de matrimonio ocupaba la totalidad de la pieza, de forma que la puerta debía abrirse hacia afuera. Sentado en la colcha, escuchó, lleno de alivio, el canturreo de su mujer en la cocina. De un tiempo a aquella parte, su malhumor se había acentuado de manera alarmante. A su hijo mayor le había entrado una brusca pasión por los toros y se empeñaba en sentar plaza de peón en una cuadrilla. Trinidad tomaba la cosa a lo trágico y se pasaba el día entero sollozando.

—Déjale estar, mujer; ya cambiará —le había dicho él, para calmarla.

Pero su intervención no logró otro resultado que desatar su furia y, con su habitual mala fe, Trinidad había incluido la humorada de Alfonso en el activo de sus locuras:

—Cambiará, cambiará... Como si no estuviese escarmentada después de lo ocurrido... Cuatro años penando día y noche, para que luego me salga como tú, un cabeza perdida...

Giner fue a la minúscula habitación que hacía las veces de comedor. La experiencia le había enseñado a respetar los humores de su mujer. Acomodándose en el único sillón, encendió el receptor de radio.

—... *la visita de la FLOTA AMERICANA A NUESTRA ciu...*

Con ademán brusco, segó la frase a la mitad. Una repugnancia más fuerte que él le alzaba contra aquella voz, aquella música. Cambiando de onda, tanteó pacientemente a la izquierda del cuadro. La puerta estaba entreabierta y la ajustó, procurando no hacer ruido.

Un zumbido sordo cubría totalmente la estación. Con la oreja pegada al altavoz, intentó en vano sacar algo en claro de aquella baraúnda. Súbitamente, la puerta se volvió a abrir y su mujer irrumpió con el rostro encendido.

—¿Puede saberse qué estás escuchando? —preguntó, con la voz temblorosa de rabia.

—Nada, mujer, nada...

—Nada, nada... Siempre lo mismo. Me habías prometido acabar de una vez...

—Estaba buscando una estación, al azar...

—¿No comprendes que cualquiera puede oír? ¿Quieres que vuelvan a denunciarte?

—La ventana está bien cerrada, mujer.

—Señor, Señor, qué desgracia... Después de todo lo que hemos sufrido por tus malditas ideas... Debería caérsete la cara de vergüenza...

—No es esto, mujer... No es esto...

—Anda, niega encima. Como si no fuera demasiado claro lo que te traes entre manos... Como si no supiera que has recibido carta de Emilio...

—No veo que tenga nada de particular —dijo Giner—. Emilio es mi mejor amigo.

—El barrio entero conoce el tejemaneje que os traéis entre los dos.

—Te aseguro que no sé de qué me hablas.

—Pues si no lo sabes, te lo explicaré. —Su mujer hizo una pausa, como para tomar aliento...

—Tengo la carta en la habitación. Si quieres, puedo enseñártela.

—Gracias —dijo ella, haciendo una mueca—. Muchas gracias...

—No hay nada secreto dentro... Emilio me habla de su trabajo y me dice que se gana bien la vida.

—Pues si se gana bien la vida, vete con él... Al menos harás algo útil.

—Mujer... Ya sabes que si no me marché con él, no fue por mi culpa.

—No fue por tu culpa... Me gustaría saber, entonces, quién te ordenó meterte en camisa de once varas.

—Perdimos la guerra, sí... De haber ganado, todo hubiera sido distinto.

—Te lo había repetido hasta desgañitarme: la política no nos puede dar más que disgustos.

—Lo hice pensando en ti —confesó Giner, en un susurro. E, inmediatamente, se dio cuenta de su error: Trinidad emitió una risa seca, que resonó en la habitación de modo extraño...

—Pues te luciste, sí, te luciste...

Plantada en medio de la pieza, señaló el desvencijado mobiliario, con ademán acusador.

—Mira cómo vivimos: peor que los cerdos... Si en lugar de asomar la nariz donde nadie te mandaba te hubieras ocupado de ti, como mi hermano, ahora tendrías

coche como él y tus hijos serían dos señoritos... Pero, óyeme bien: si crees que vas a volver a las andadas, te equivocas... Estoy harta de sufrir por tu culpa. Si empiezas, te denunciaré a la policía.

Giner dejó de prestar atención. Dentro de él volvía a escuchar el golpeteo de los picos, el chirriar de las vagonetas, las descargas de los barrenos, horadando la gigantesca cripta en el hondón de la montaña. Imposible descansar en los barracones. El miedo incubado allí por centenares de reclusos había germinado en el aire y torturaba a los hombres hacinados en los petates, en forma de atroces pesadillas. Por las noches, alguien rompía a gritar y todos se despertaban con la frente empapada...

Recluso dos mil trescientos quince: presente. La larga cola de hambrientos con las perolas, la lista interminable... En el campo se trabajaba noche y día. El ruido de las explosiones se repetía con la regularidad de un reloj. Como un zumbido de abejorro, el rumor de la perforadora llegaba hasta el barracón, cortado rítmicamente por el martilleo de las botas de los guardias.

Cuatro años, largos como siglos, sin recibir carta de los suyos. Un día —casi le parecía imposible— el expediente de libertad provisional. Al llegar a casa, Trinidad tenía el rostro envejecido, la expresión seca, el rictus de amargor en los labios. Y en su mirada, ajena a las lágrimas, como ennegrecida por el humo del fogón, Giner comprendió que jamás llegaría a perdonarle.

«No... El señor quería meterse a redentor del género humano. Había que verle, entonces, orgulloso, como si fuera a comerse el mundo... Todo para terminar picando piedra, mientras su mujer y sus hijos reventaban de hambre en la calle...»

Cuando se dio cuenta, su mujer había abandonado el comedor y restregaba de nuevo la vajilla en la cocina. Como si acabara de despertar de un mal sueño, Giner miró a su alrededor, aturdido. Indiferente a la discusión, la radio seguía hablando en sordina. En el momento de entrar Trinidad había cambiado de estación y escuchó el murmullo de una voz dulce, suave...

—... *Una magna concentración Mariana ha tenido lugar hoy, en torno a la venerada imagen de Nuestra Señora de Fátima, como preparación espiritual de la Semana del Suburbio...*

La puerta estaba abierta de par en par y Giner salió a respirar, tambaleándose.

Su aprendizaje se prolongó durante toda una semana. Uno tras otro, sus nuevos compañeros ejecutaron en su honor diversas pruebas de habilidad y destreza, dentro de la especialidad por ellos escogida. Cada cual parecía rivalizar con los demás en audacia y, poco a poco, Antonio se puso al corriente de sus costumbres y ritos.

Drácula le enseñó a manejar su alfabeto de llaves y ganzúas: con la batuta, forzó la ventana de un garaje en la ladera del Tibidabo y Antonio volvió al Refugio cargado con más de veinte kilos de plomo. Gonzalo vació el cepillo de las benditas almas del Purgatorio y birló el bolso de una señora que preparaba la confesión de rodillas.

Cristóbal le condujo al muelle donde fondeaba la escuadra americana y se hizo invitar por los marinos, a quienes ofrecía preservativos.

El Gitano se lo llevó de tapia al tranvía. La tarde antes, Metralla le había enseñado a poner en banda: mientras el carterista aliviaba a la víctima, un tercero debía distraer a ésta, para facilitar el trabajo. Antonio desempeñó su papel con garbo y, aunque la cartera no tenía dinero, la operación funcionó de maravilla.

La mayor parte del tiempo, sin embargo, solía estar con Metralla. La primera noche que durmió en el fortín, el cabecilla le ofreció compartir su petate. Desde entonces, Antonio no sabía vivir sin él. Metralla iba todos los días de merodeo y se lo llevaba con él, de escolta.

«Vente conmigo, chacho.» Antonio le obedecía sin preguntar. Metralla caminaba delante, con las manos hundidas en los bolsillos. «Vamos a ir a tal sitio o a tal otro —le decía—. Un gachó me debe unos cuartos.»

A solas los dos, raramente cambiaban palabras. Lo que Metralla quería —y continuamente quería algo— se traducía más bien en forma de gestos y ademanes. Por acuerdo tácito, Antonio se había convertido en una especie de ayudante, enteramente consagrado a su servicio.

—Pásame un prajo —le decía.

El niño sacaba el paquete de Chesterfield, le ponía el cigarrillo en la boca, arrimaba la llama del chisquero. Poco a poco, Metralla no necesitó siquiera hablar. Anticipándose a sus órdenes, Antonio compraba tebeos, le daba el peine, le buscaba las alpargatas. «Gracias, barbi», le había dicho Metralla la primera vez. Luego, el gracias fue suprimido también y el cabecilla se limitaba a darle una palmada...

Juntos, recorrían las tabernas y bares de la Barceloneta, donde Metralla tenía infinidad de amigos. Sentados en torno a los veladores de mármol, obreros, marinos y pescadores charlaban, bebían y jugaban a cartas. Los porrones se sucedían sin interrupción en las mesas y, al cerrar, todo el mundo andaba medio girado.

Una noche, Antonio se emborrachó también. El ejemplo de su padre le inspiraba repugnancia y, hasta entonces, nunca se había atrevido a beber. Lleno de delicia, comprobó que, en lugar de vomitar y llorar como se temía, la manzanilla le hacía sentirse alegre y risueño, hermano de todos, como miembro de una gran familia...

—No sé cómo decírtelo... Tenía la impresión de que todo era posible... Si el presidente de los Estados Unidos hubiese entrado a abrazarme, creo que no me habría sorprendido un segundo...

—Nos liamos a beber de tal manera, que por poco dejamos la tienda vacía...

—Lo más curioso es que no se me ocurrió una sola vez la idea de que estaba borracho... Al contrario. Era como si me hubiese despertado de verdad y el tiempo corriera más aprisa...

—El chaval llevaba una buena tajá... Pero aguantó como un hombre.

—No tengo la menor idea de cómo volví.

—Andando, y a la patita de San Fernando.

—A pata, ya lo sé... Lo que no recuerdo es el camino.

Estaban los dos tendidos en el jergón de la entrada. Era mediodía y sus compañeros no habían vuelto del trabajo. Sentado junto a la puerta, el Neorrealista forraba una novela de aventuras.

—Coral vendrá a hacer la comida —explicó de pronto—. Me ha dicho que pases a buscarla.

Fuera, el mar tenía un color gris ceniza. Una luz blanca, brillante, parecía escurrirse de las nubes, formando churretes como sobre una pared recién lavada. Tomando el camino opuesto a la línea del ferrocarril, se dirigieron hacia las ruinas del antiguo depósito. Docenas de manguis improvisaban allí la cocina y un grupo de hombres se timbaban la guita a las cartas.

—El de la izquierda es un jula —dijo Metralla—. Los demás se han conchabao contra él y le van a plumar hasta la camisa.

Cerca de la cloaca, tropezaron con una pareja de turistas. Sin sacarse el cigarrillo de los labios, Metralla se acercó a pedir limosna. Cada vez que encontraban a uno de descampado, los guirlocheros le rodeaban con el ceño fruncido. Mirándole fijamente a la cara, invocaban la caridad con voz bronca:

—Una limosnita, caballero...

La astucia fallaba rara vez. Metralla guardó el duro de metal en el bolsillo y se quitó ceremoniosamente el gorro.

—Muchas gracias.

Al otro lado de la cloaca, había media docena de chabolas de aspecto frágil. Construidas a la buena de Dios, con material apañado en diferentes lugares, sus fachadas tenían curiosos remiendos de alquitranado y lata que, milagrosamente, se mantenían en equilibrio. Llevándose los dedos a la boca, Metralla emitió un silbido penetrante. Al punto, la cabeza de una chiquilla asomó por una de las barracas.

—Veniros pa aquí —gritó—. Estoy sola.

La habitación era un tabuco amueblado con una estufa, un banquillo y un catre. Con una aguja de metal entre los dientes, Coral se peinaba frente al espejo.

—Sentaos. Acabo en un momento.

Antonio le dio a lo sumo dieciséis años. Pequeña, delgada, tenía el cabello ondeado y largo, los labios ásperos, como curtidos por el aire y los ojos oscuros, chiquitos y relucientes, sombreados por doble fleco de pestañas, rizadas y negras. Calzada con alpargatas de color, llevaba una falda de algodón de cuadros, una blusa azul, abierta hasta los pechos. Su piel, mate, casi olivácea, permitía adivinar el trazado azul de las venas.

—¿Pue saberse quién es este chico? —preguntó, mirándole a través del espejo.

Metralla se retrepó en el asiento y dio una larga chupada al cigarrillo.

—Es Antonio, un camarada...

—¿El nuevo?

—Sí. Alterna con nosotros desde hace unos días.

—Ayer vi al Neorrealista y me lo contó... No me dijo que fuese bonito.

—Antes vivía en el barrio, a cien metros de aquí.

—Pues es la primera vez que le pongo el ojo encima.

—Al padre le tienes que conocer... Es Cinco Duros, el borracho...

—No; tampoco sé quién es —Coral se sacó la aguja de los dientes y se la puso en el pelo—. Divé, qué ojos... Ahora mismo los cambiaba por los míos.

Volviéndose bruscamente hacia él, lo examinó con aire crítico. Sin poderlo evitar, Antonio sintió que la sangre afluía a sus mejillas.

—No te pongas colorao, rediez... No voy a comerte.

Con gran naturalidad, le levantó el mentón con la mano. Sus uñas, largas, acanaladas, estaban pintadas de rojo, como las de una muñeca.

—Pues sí; tienes ojos de artista... ¿no te lo ha dicho nunca nadie?

Antonio miró desesperadamente a Metralla, en demanda de ayuda.

—Déjalo ya —gruñó su amigo—, ¿no ves que está avergonzao?

—¿Y qué? —Coral hizo un mohín al reír—. He conocido virgos peores que él... Verás. Ya se la pasará en seguida.

Sentándose en una esquina del catre, levantó los brazos para desperezarse y emitió un gritito agudo.

—Ayer me fui a trabajar a los merenderos —murmuró.

Metralla dejó de retrepase en el asiento.

—¿Ayer? ¿Cuándo?

—A la noche... Hacía calor como en verano... Había ya algunos franchutes.

—¿Qué tal te fue?

—Me largué con un tío gordo. Un balbaló.

—¿Adónde?

—A Montjuich... tenía auto.

—¿Te pagó bien?

—Cien beatas.

—Deberías haberle pedío más.

—Ya lo hice... Pero no llevaba más encima. Me enseñó la cartera y to.

—Lo debía llevar en otro sitio.

—No. Creo que me dijo la verdá. Esta noche, nos vamos a ver otra vez.

—Pídele el doble.

—Le pediré el triple.

Metralla carraspeó. Las cejas le sombreaban la mirada, dándole aspecto felino.

—¿Dónde os habéis citao?

—En la plazuela.

—Ve con cuidao. El año pasao la gripa detuvo allí a Rosarito.

—Ya vigilo. El cabo es amigo mío.

—¿El Mostachos?

—Sí. Anteayer volví a hacérselo gratis.

—El tipo debe saber lo nuestro. Ca vez que lo cruzo, me mira con una hinch...

—Descuida... Nunca te hará na.

—Ya lo sé. Por esto me río.

Hubo un momento de silencio y Coral revolvió bajo la almohada.

—Toma... He apañao pa ti unos prajos.

Metrala atrapó al vuelo el cartón de Chesterfield.

—Gracias —dijo bostezando—. Me hacían falta.

Las sirenas de la Vulcano aullaban de nuevo y, sin que mediara un acuerdo, se pusieron de pie.

—Esperaos. Voy a cerrar —dijo la chiquilla.

Atravesaron el puente. Un amago de sol tintaba las nubes de amarillo lechoso. Las gaviotas caían del cielo en picado y rasaban el mar con las alas.

De pronto, Antonio sintió una comezón en la nuca y volvió la cabeza atrás: después de haberle dejado en paz unos días, la mujer del imaginero le seguía a lo lejos y desvió torpemente la vista al tropezar con su mirada.

El niño fingió absorberse en la conversación de sus amigos. Sorteando los escombros arrojados allí por los volquetes, continuó su camino hacia el Refugio, mientras el cielo se tornaba progresivamente azul y, barridos por el viento, los últimos nubarrones escampaban.

Se reunieron ante el local del Frente de Juventudes, en medio del incesante desfile de gente que iba y venía del barrio y se detenía a tomar el sol en la plazuela.

Multitud de niños limpios y endomingados formaban anillo en torno al tiovivo. El personal de los merenderos acechaba en la calle la llegada de los turistas y los tenderetes de bebidas, avellanas y churros conocían una afluencia casi de verano.

Eran alrededor de medio centenar: escuálidos, harapientos y sucios, con los pies calzados de miserables alpargatas, la cabeza cubierta de greñas. Algunos vestían igual que espantapájaros, con chalecos y pantalones heredados de sus padres y hermanos; otros llevaban un simple taparrabos y una camisa llena de remiendos. Estaban allí desde hacía casi una hora y se empujaban, gritaban y discutían.

—¡Eh! ¡Que se cuela!

—Vuelve pa atrás.

—¡A la cola!

Hombre-Gato y Ramón habían llegado entre los primeros. El hijo de Cien Gramos tenía un año más que el hijo de Cinco Duros; no obstante, era más chico y delgado que Ramón. Vestido de harapos, mostraba orgullosamente al desnudo el blanco acordeón de sus costillas.

—¡Eh!, chaval... Pásame un prajo.

—Me acabo de fumar el último.

—Tú, Raúl... Dame uno.

—Espera, hombre... Si te ve el cura...

—Que me vea, joder. No está prohibío.

Hablaba con suficiencia, como un veterano a un grupo de novatos. Hacía tres años que repetía la Primera Comunión. En el barrio coexistían varias catequesis, organizadas por Órdenes distintas. Como regalo ofrecían un traje nuevo a los chicos. Cien Gramos le obligaba a apuntarse todos los años y Hombre-Gato sabía ya la manera de tratar con los curas.

—Es la tercera vez que voy a la catequesis, chaval...

—¿La tercera? —preguntó, admirado, el niño.

—La tercera, sí señor... El año pasao estuve con los Escolapios, y el otro, con los Maristas.

—Yo es la segunda vez —explicó Ramón.

—Y yo —dijo un chiquillo con una cicatriz—. El traje se me rompió al cabo de una semana.

—Éstos tienen mucho más perras —afirmó, en conocedor, Hombre-Gato—. Mi hermano fue con ellos la primavera pasa... Dice que su colegio es de buten.

—Sí. Es una escuela de mucha vista.

Alguien le pasó un cigarrillo arrugado. Hombre-Gato lo encendió con una cerilla.

—¿Qué nos van a enseñar? —preguntó el nuevo.

—Na... Media docena de chorrás. Ya veréis.

—Mi hermano dice que obligan a cantar.

—¿A cantar qué? ¿Luisa Fernanda?

—No. Como en la iglesia.

—¡Bah! Eso se aprende en cuatro días...

Hombre-Gato sonreía, lleno de desdén. Ramón escupió en el suelo y volvió a masticar su chicle.

—Me gustaría saber qué echarán de comer —dijo.

—¿Tienes hambre?

—Caray. Lo veo to turbio.

—Espera. No puen tardar.

—Me comería un elefante vivo.

Un grupo de jóvenes bien vestidos se abría paso, a través de la aglomeración de la plazuela, encabezado por la sotana negra de un cura. Inmediatamente se produjo intenso barullo. Los rapaces situados al final de la cola pretendieron pasar delante y hubo un breve intercambio de gritos, empujones e insultos.

—Joder, no atropelléis.

—Empieza por no atropellar tú, pisaúvas.

—Raúl se ha colao otra vez.

—Estaba antes que tú, embustero.

—No es verdá.

—Calma, calma... —murmuró, escandalizado, el Padre.

Subido en el peldaño más alto de la escalera, se enjugó la frente cubierta de sudor. Era un hombre grueso, de mediana edad, con los ojos redondos igual que botones y unas gafas enormes, como de motorista.

—Entren en orden —suplicó—. Uno tras otro. Sin empujarse...

El interior del edificio olía a cerrado y estaba en la penumbra. Los chiquillos se reunieron en un aula amueblada con una tarima, una pizarra, un escritorio y cuarenta sillas. A medida que entraban, un catequista les alargaba un impreso, lleno de preguntas.

—Guárdenselo ahora. Ya lo leerán cuando lleguen a sus casas.

—Yo no sé leer —dijo Hombre-Gato, al cogerlo, con voz plañidera.

—Los que no sepan leer, se lo darán a sus padres.

—Mi padre tampoco sabe —manifestó el niño.

—Bien. En este caso... —El joven se interrumpió, cortado—. En este caso... — La inspiración le falló de nuevo y concluyó, apresuradamente—. Circulen... Hala... Circulen...

Hombre-Gato se acomodó en su silla, triunfante. Los niños formaban un bloque compacto frente al barnizado escritorio del cura. Sobre la tarima, había un crucifijo de madera y los retratos de Franco y José Antonio. Al pie, alguien había escrito una consigna: «El hombre no sólo vive de pan. Nuestro régimen no es materialista».

Acabada la oración, el Padre les hizo sentar con un signo. Por las ventanas entornadas, la brisa traía el aroma de la cocina de los merenderos, el aceitoso olor de los churros.

Lentamente, el cura se dirigió a la pizarra y trazó un círculo de tiza rodeado de puntos.

—El círculo, es Dios —comenzó con voz suave—. El punto, la criatura...

Aquella tarde, Metralla se presentó en el Refugio con un extraño envoltorio. Al amanecer había salido sin decir nada a nadie y durante todo el día no había dado señales de vida.

—Te traigo un regalo, chacho —dijo sentándose en la yacija al lado del niño.

—¿Un regalo?

La mirada de Antonio se columpió entre el paquete y los ojos oscuros, llenos de astucia animal, de su amigo.

—Sí. Una sorpresa.

El paquete estaba envuelto en papel de estraza, sujeto con un descolorido cabo de cinta.

—¿Qué es?

Por toda respuesta, Metralla se humedeció el bigote con la lengua.

—Adivínalo.

Sus compañeros se habían acercado a mirar. Receloso, Antonio empezó a desatar

la cinta.

—No tengas miedo, caray... No hay ninguna bomba.

El envoltorio estaba cuidadosamente hecho. Dentro, había un traje de confección verde claro, una camisa de cuello redondo y una corbata marrón.

—¡Joder! —exclamó Drácula—. ¿Dónde lo has mangao?

Metralla echó la cabeza atrás. La nuez le sobresalió en el garguero.

—No lo he mangao. Me lo ha prestao un amigo.

—¿Pue saberse quién?

—El Profesor.

—¿El Profesor? ¿Cuándo lo has visto?

Tumbado en el petate, Metralla hacía volutas con el humo.

—Esta mañana.

—Yo creía que estaba en la trena —dijo Cristóbal.

—No. Cumplió ya.

—¿Cuándo?

—El mes pasao.

—¿Qué hace ahora? ¿Sigue con el negocio?

—No. Dice que no da pa vivir —Metralla se detuvo unos segundos—. Esta mañana he ío a su casa, a charlar...

—¿Dónde para?

—En el mismo tabuco de antes... Al final del barrio.

—¿Y el traje? —quiso saber Antonio—. ¿Para qué diablos sirve?

—Espera, prenda, no me interrumpas... Como os decía pasé por allí... El tipo estaba en la piltra, con su mujer. Un poco más flaco, con la cholla rapá... «Conoces a un chaval que sea majo», me pregunta. «¿Pa qué lo quieres?» «Pa un asuntillo que se me acaba de presentar... Me hace falta un chico guapo, finito. Lo que se dice, un pincho.» Como el gachó no me daba detalles, no le contesté. «Un chiquito con cara de inocente, ¿diquelas? Con un poco de labia si pue ser... Si me lo encuentras, haremos negocio juntos.»

«Conozco uno más fino que un lirio —le dije yo—. Tiene ojos como pa engañar a medio mundo.» «Nani; esto es lo que me conviene»... Y como mangué no soltaba prenda, el tío acabó por aflojar...

Metralla buscó en el bolsillo del pantalón y sacó un montoncito de cartas impresas.

—Coge. Léelas.

Las cartas estaban encabezadas por una inscripción.

CRUZADA CORDIMARIANA

*«Dios quiere que se extienda por todo el mundo la devoción
a mi corazón inmaculado»*

Acucillándose en la yacija, al lado de su amigo, Antonio leyó:

Muy señor mío:

Habiendo preparado la cruzada Cordimariana, bendecida y orientada por el Episcopado Español, un álbum llamado «Libro de oro de la Consagración», que será ofrecido dentro de unos meses al santo Padre Pío XII, conteniendo el nombre de las familias consagradas al Corazón de María, tengo el honor de invitar a Vd. y a su muy distinguida familia a esta consagración que es, al mismo tiempo, gratísimo homenaje a la Sma. Virgen y delicadísima ofrenda a Su Santidad, justamente llamado el Papa del Corazón de María.

Uno de los libros del álbum está destinado a la aristocracia española así como también a las grandes personalidades, figuras nacionales y personajes relevantes por sus cargos o posición.

Esperamos que lo mejor de España, siempre tan entusiasta del Santo Padre, querrá colaborar en este significativo obsequio que seguramente llenará de consuelo al corazón atribulado de Su Santidad.

Por si desea verificar dicha consagración en familia y colaborar en este homenaje, le incluyo una hoja que puede llenar a su comodidad, rogándole nos la envíe rellena antes del próximo 20 de junio.

Como el álbum ha de ser digno del Santo Padre, si al recibir ésta, pudiera entregarnos un pequeño donativo para el mismo, se lo agradeceríamos vivamente.

Disponga de su afmo. s.s...

—¿Has comprendió? —preguntó Metralla cuando acabó de leer.

—No. No sé a dónde quieres llegar.

—Escucha —Metralla se incorporó, buscando la vista de sus amigos—. Se trata de lo siguiente. Unos gachós han organizao un tinglado pa hacer apoquinar dinero a los ricos. Parece que tos los diarios hablan... El Profesor se ha agenciao no sé cómo un buen puñao de cartas y quiere enviar a alguien por las casas, como si fuese en nombre de los curas.

—¿Quieres que vaya yo? —preguntó Antonio, sin dar crédito a lo que oía.

La necesidad de hacer algo heroico a ojos de la banda le atormentaba de nuevo. Metralla le mostraba predilección como a ninguno y el niño soñaba en una ocasión para probarle que merecía su confianza. Pero, hasta entonces, el cabecilla no había manifestado ninguna prisa. Dejando el riesgo a los otros, se contentaba con tenerle junto a él, enteramente consagrado a su servicio.

—Un chiquito como tú le irá al pelo.

—En cualquier caso —rió Cristóbal—, siempre lo hará mejor que Drácula.

—Lo que no acabó de ver —dijo el niño— es qué papel juega el traje en todo esto.

—Muy sencillo —repuso Metralla—. El tipo que lleve las cartas no pue ir vestío como un manguis. Dos luceros y una pinta de ángel como tienes tú, no bastan. Cuando vayas, habrás de presentarte bien fardao, nuevo de pies a cabeza...

Antonio recorrió el traje con aprensión. Su mirada se detuvo, al fin, en el cuello almidonado de la camisa.

—Voy a tener el aire de un pijo —murmuró.

—De eso se trata.

—El chaquetín es ridículo... Parece de mujer.

—Lo importante es que te caiga... Anda, pruébalo.

Asediado por todos, Antonio no tuvo otro remedio que obedecer. Lleno de vergüenza, comenzó a despojarse de su ropa y a enfundar sus prendas nuevas.

—Déjame hacerte el nudo de la corbata —dijo Alberto, arrodillándose delante de él.

El niño se sometió, resignado. Sus camaradas habían formado anillo alrededor y le observaban de modo atento.

—Un poco a la derecha, Alberto.

—No. Está bien así.

—Apriétalo más.

—Ajá... De primera.

Metralla le asió con una mano y le obligó a acercarse a la luz.

—Magnífico —dictaminó, después de detenido examen—. Con esta pinta, te camelas a cualquiera.

La expresión de su rostro, más que las palabras, devolvió, la confianza al niño. Hasta entonces, siempre había abrigado el temor de parecer demasiado guapo. En la escuela, en el juego, en la calle, sus compañeros le llamaban, despectivamente, Ojos Lindos. Metralla, por lo contrario, le observaba a menudo con secreta admiración. Disimuladamente, buscó un espejo en el que poder verse, pero no encontró ninguno.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó con súbito buen humor.

—Espera —dijo su amigo, riendo—, no te impacientes.

El paso del tren por la vecina línea férrea hizo vibrar por un momento las sólidas paredes del Refugio.

—El Profesor nos aguarda a las siete —continuó—. De mo que siéntate. Todavía tenemos tiempo de liar unos prajos.

A partir de las once, la taberna del Maño empezaba a quedarse desierta. La mayor parte de los clientes se retiraban a descansar a sus casas y los borrachos de costumbre

continuaban su peregrinación por los bares. El Maño no tenía más que bajar la barra y apagar la luz. En la parte trasera del local había hecho construir una nueva pieza que servía a la vez de cocina y depósito y, desde hacía algunos meses, en lugar de pagar la pensión de un hotel, se quedaba a dormir en ella.

Aquella noche, por excepción, ninguno de los clientes distribuidos entre el mostrador y las mesas manifestaba el menor deseo de marcharse. El Maño se había dado cuenta a la hora de cerrar. El ambiente era distinto del de los otros días y la velada amenazaba prolongarse hasta tarde.

Acodado en el mostrador del bar, contempló a los tres hombres sentados alrededor de la barrica. Dos horas antes, habían entrado allí de rondón, como si fueran a comerse medio mundo pero, a medida que bebían, se habían ido apagando, paulatinamente entristecidos. Uno de ellos, tocado con una gorra de albañil, atraía especialmente sus miradas. Era un hombre pequeño, moreno, enjuto, con una mecha de pelo negro sobre las cejas. Hacía varios días que no se había afeitado y su bigote era tan grande que daba la impresión de ser postizo.

De vez en cuando, sus ojos se posaban sobre los habituales parroquianos: Cinco Duros y su amigo discutían al lado de la puerta; dos salvavidas echaban una partida de cartas. Pero, en seguida, volvían al hombrecillo de la gorra. Cada uno de sus gestos y ademanes le era familiar. Sin poderlo afirmar con exactitud, tenía la certidumbre de haberlo encontrado en algún lado.

La única bombilla del local pendía del techo como un yoyo. Su luz era mezquina, apagada. Vista de lejos parecía una araña encerrada en un cascarón de vidrio. Mentalmente se prometió sustituirla con neón. Luego, su mirada recayó en el botijo del agua.

A diferencia de los otros patrones del barrio, permitía que el público estuviese allí sin hacer gasto. La taberna se había convertido en un refugio de vagos y mendigos, pero le daba igual. Los que no podían ofrecerse un chato de vino, bebían agua del botijo. «Mi casa no es un lugar de explotación —repetía—. Aquí, el que no puede pagar, no paga.»

Uno de los manguis del fondo intentaba obstinadamente beber del botijo vacío. Con un suspiro, el Maño fue a la trastienda a rellenarlo. Cuando volvió, Evaristo apareció por la otra puerta con su macuto, su sombrero y su abrigo cargado de medallas.

—Buenas noches a todos —dijo.

Como no había dado señales de vida desde hacía mucho tiempo, se apoyó en el mostrador para mirarle. El viejo había depositado sus trastos en el suelo y enderezó el espinazo, resollando de cansancio.

—¿Qué hay de bueno, abuelo? —dijo al fin, alargándole una lata llena de colillas.

—Nada: como siempre... —El rostro fatigado de Evaristo se iluminó, como dándole las gracias—. Tirando...

Mechones vedijosos de pelo asomaban bajo el ala levantada de su sombrero.

Atrapados en una telaraña de arrugas, sus ojos parecían de porcelana.

—Hacía días que no se te veía por aquí —dijo el Maño ofreciéndole la petaca.

Evaristo cogió un cigarrillo con delicadeza. Sus ademanes eran curiosamente leves, como si todo a su alrededor fuese de vidrio y corriera el riesgo de romperse en mil pedazos.

—Sí. Es verdad —reconoció, mientras deslizaba la lengua sobre el papel—. Últimamente he parado poco por el barrio... Los escoriales de aquí están muy explotados. Ahora trabajo en la Carretera Negra... Cerca de donde fondea la escuadra americana.

—¿Y allí? —se interesó el Maño—. ¿Te defiendes bien?

—Psche... Esa gente lo arroja todo y se encuentran muchas gangas. Lo malo es que todo el mundo lo sabe y, cada vez que descargan, se arman verdaderas grescas... Ayer, sin ir más lejos, un chico corpulento, como tú, me envió, de un empujón, por el suelo...

—¿Por qué no pasas por la noche, al volver? —Había llenado una copa de anís y se la ofreció—. Ya sabes que aquí estás como en tu casa.

—Gracias. Muchas gracias. —Los ojos de Evaristo brillaron de reconocimiento—. Siempre has sido muy bueno conmigo... Pero cuando acabo el trabajo estoy tan rendido que apenas me aguanto de pie... Sólo tengo ganas de irme a dormir. —Suspiró—. Será que me estoy volviendo cada día más inservible, y más viejo...

—Ni hablar del asunto, abuelo. Nunca te había visto mejor cara.

—Además —continuó Evaristo, sin dar muestras de haber oído—, estoy preparándome para el desfile de la Asociación.

—¿Desfile? ¿Qué desfile?

—Los antiguos combatientes de Cuba y Filipinas hemos formado una Asociación. Somos dieciséis en total. El año pasado éramos diecinueve, pero durante el invierno han muerto tres. —El viejo bebió un sorbito de anís—. Bien, como te decía, la Asociación ha sido invitada oficialmente a participar en el desfile de Corpus...

Evaristo empezó a revolverse los bolsillos. Cada vez que metía la mano en uno, reaparecía al cabo de poco cubierta de objetos dispares: canicas, llaves, puntas de lápiz, bolas de naftalina, abrelatas. Al fin, cansado de buscar sin resultado, desistió, con un encogimiento de hombros.

—El jueves recibí una carta diciendo que desfilarémos tras el guión de la Virgen de la Merced... Todos debemos llevar la boina carlista. —Se corrigió—: La boina carlista y las medallas.

—Ah, sí —creyó recordar—. El año pasado fuiste también.

—Sí, fui; pero con carácter distinto. Este año, Evaristo ha sido invitado oficialmente...

Cinco Duros y Cien Gramos seguían discutiendo junto a la puerta. De pronto, como advirtiéndolo por primera vez la presencia del viejo, dejaron de pelear y se acodaron al lado de él, en la barra.

—Me han dicho que te echan a la calle, abuelo —dijo Cinco Duros, ahogando un eructo.

—Por ahí cuentan que el otro día vino un abogao a expulsarte —añadió su camarada.

Apoyándose en el mostrador, para mantener el equilibrio, le observaban llenos de astucia. El rostro de Evaristo se encogió como el de un chiquillo asustado.

—No; no es cierto —dijo.

—A mí me lo han dao como seguro.

—Son rumores —repuso el viejo—. Evaristo paga su alquiler. No pueden echarle así como así a la calle.

—¿Que no pueden? —exclamó Cinco Duros—. Hasta al mismo obispo echarían, si les diera la real gana.

—Evaristo es un veterano de cinco guerras... Nadie quiere hacerle daño.

—Hay quien quiere —afirmó Cien Gramos, agresivo—. He visto viejos, más viejos que tú, lanzaos al arroyo.

—Cállate la boca de una vez —intervino el Maño—. Estás girado. No dices más que tonterías.

—No son tonterías —repuso Cien Gramos—. Son verdades.

—Sí —coreó Cinco Duros con voz ronca—. Son verdades.

—Vuestras verdades me las paso yo por la entrepierna —dijo el Maño—. Esta noche habéis pipiado bastante. Hala, a zascandilear a otro lado.

Los dos borrachos le miraron con todo el empaque y altivez de la dignidad ofendida.

—Está bien —dijo Cinco Duros—. Si no nos quieres, no nos lo hacemos repetir dos veces.

—Y óyeme bien —gritó su compañero a Evaristo—. El día que menos lo esperes, te encontrarás en la calle.

Habían apartado las cadenillas de la puerta y desaparecieron en la noche, como tragados.

—No les hagas caso, abuelo —dijo el Maño—. No son malas personas. Están borrachos y sueltan lo que les pasa por la cholla.

—Evaristo no ha hecho jamás mal a nadie —murmuró el viejo con la cabeza gacha.

—Claro que no. —El Maño se esforzaba en sonreír—. Si pagas tu alquiler, la casa es tuya. Nadie puede sacarte.

El viejo pareció serenarse. Encorvándose penosamente, cogió los trastos del suelo y vació las colillas del Maño en una lata.

—Bueno. Me voy —dijo.

—¿Tan pronto?

—Mañana tengo que levantarme temprano.

Inmóvil tras la barra, le observó partir. Durante unos segundos su mirada continuó

fija en el rectángulo de noche que se vislumbraba tras las bamboleantes cadenillas de la puerta. Humedeciéndose los labios, llenó el porrón de vino que le tendía uno de los manguis.

La atmósfera del local parecía haberse espesado. En la mesa del fondo un pescador rasgaba las cuerdas de una guitarra. Borrachos como cubas, los manguis gritaban y discutían. Un gañán con el papahígo ladeado entró a beber, acompañado del hijo de Cinco Duros. El cabo y dos guardias civiles se asomaron el tiempo justo de apurar una cerveza. Los tres desconocidos no hablaban ya. Sentados en torno a la barrica que hacía las veces de mesa, se observaban, profundamente abatidos.

Cuando el guitarrista inició la melodía de Gardel, el Maño observó que aguzaban el oído. El vino les había dado una rigidez casi solemne y se mantenían tiesos, lo mismo que muñecos. De golpe, como movidos por un resorte, empezaron a cantar.

*Somos
Los tristes refugiados
A este campo llegados
Después de mucho andar...*

El corazón del Maño le dio un brinco en el pecho. De modo que era aquello... Qué absurdo que no se le hubiera ocurrido antes: el hombrecillo fabricando esculturas con tarugos y palitroques, veinte años más joven, detrás de la alambrada...

El recuerdo de todo lo pasado desfiló por su cerebro igual que una película. La lucha en el Ebro. La retirada hasta la frontera. Argelés. Las playas llenas de gente. Las bayonetas de los senegaleses. Los refugiados que cantaban:

*Hemos
Cruzado la frontera
A pie y por carretera,
Con nuestro ajuar...*

Los tres hombres levantaron la cabeza, sorprendidos. Su voz debía parecerles un espejismo, el fruto de una alucinación de borracho.

El Maño se acercó lentamente a su mesa. Había millares, centenares de miles, esparcidos por todo el país, faltos de aire como bajo una campana de vidrio, solitarios sin norte y sin guía, ignorantes de su fuerza secreta... Bastaba un gesto, una mirada, el aire de una canción para que estos solitarios dejaran de serlo, se descubrieran, entraran en contacto... Todo no estaba perdido, tal vez. Inmóvil desde hacía largo tiempo, el cuerpo palpitaba...

Los hombres le habían reconocido ya como uno de ellos y el Maño se sentó en una banqueta, a su lado.

—¿De qué barracón? —se limitó a decir.

—Del Séptimo. Detrás de la torre de vigilancia.

—Yo estaba en el Tercero, con los novatos.

—Sí —dijo el hombrecillo de la gorra—. Allí la cantabais de esta manera.

Esto fue todo. Envueltos en un silencio espeso, vaciaron dos porrones, tres, cuatro, hermanados en el vino y el recuerdo, mirándose con los ojos cada vez más turbios, incapaces de decir una palabra.

Cuando se fueron, el día clareaba.

Tres

Había dado comienzo la Semana del Suburbio. Los periódicos de la mañana traían la noticia en primera plana, encabezada con enormes titulares. Gran acontecimiento social, decían.

Distraídamente, su mirada se posó en el texto subrayado de uno de los oradores, obispo de Siluli: *«Se habla mucho del derroche de los ricos —leyó—, pero dudamos seriamente que este derroche iguale siquiera al dispendio en tabaco y alcohol —excluimos el vino corriente— a que se entregan las llamadas clases menos favorecidas»*.

Sentado frente a ella, Costa seguía dando buena cuenta del desayuno. Si su aritmética no fallaba, aquélla era su séptima tostada. Con el diario en la mano, se entretuvo en contemplarlo a hurtadillas. Durante los últimos meses, su marido no había parado de engordar. Sus manos eran cada vez más blancas y fofas, el vientre se le curvaba como el buche de un ave y la carne empezaba a colgarle en las mejillas.

Sus gestos y ademanes, por si fuera poco, tenían la virtud de exasperarla. Al comer, su lengua chascaba de modo desagradable. Cuando removía el yogurt, el ruido de la cuchara le ponía los nervios de punta.

«Un día no podré aguantarme más y le cortaré el cuello también», se dijo.

Los domingos por la tarde, Costa iba a la plaza de Cataluña a dar de comer a las palomas. Con su chaqueta de pana y su gorra de cuadros, subía la Vía Layetana a pie, para hacer economías. Un día, ella le había espiado desde lejos. Su marido se ponía granos de mijo en los labios. Envuelto en un remolino de aves, se abandonaba, con los ojos cerrados, a sus arrullos, zureos y mimos.

De vuelta a casa, ella abrió la jaula del canario y le cortó el cuello con las tijeras. Nunca pudo explicarse por qué. El pajarillo no la irritaba de modo particular. El corazón había empezado a latirle con fuerza y, cuando se dio cuenta, todo estaba hecho.

En lo futuro, debía vigilarse un poco más. Muchas veces, mientras su marido dormía, se había sorprendido mirándole fijamente el cuello. La carne era allí bulbosa, blanda. Bastaría apoyar ligeramente un cuchillo para que la hoja se hundiera sin resistencia. La semana anterior, aprovechando su visita, había hecho partícipe de su obsesión a Estela.

—En lo más profundo de mí misma, sólo experimento por él repulsión y desprecio... Cuatro años he vivido a su lado, pasando por su mujer, sin serlo verdaderamente. El señor no había encontrado la manera de...

—No pienses más en el asunto. Deja de darle vueltas.

—Se lo tuvo que explicar el médico. Yo había ido a verle creyendo ser estéril...

—Olvidalo de una vez, mujer.

—Una cosa así no puede olvidarse —había dicho ella.

Haciendo un esfuerzo sobre sí misma, se puso de pie. Delante del marido, sus

nervios corrían continuamente riesgo de alterarse. Sin dar explicaciones —no se las daba nunca— abrió la puerta del piso y salió a la calle.

Subido en lo alto de una escalera, un hombre instalaba una cadena de altavoces en los postes del alumbrado. En el local del Frente de Juventudes, un cartel gigantesco anunciaba la Semana del Suburbio. Debajo, una patulea de arrapiezos gritaba y se empujaba.

La mujer del imaginero se internó en las callejuelas del barrio en el que acampaban los murcianos. Su itinerario era el mismo todos los días y lo repetía con una obstinación casi maníaca. Cualquier variación —por mínima que fuese— le parecía de mal augurio. Evitando con cuidado los lavajos del camino, torció a la derecha, en dirección a la explanada.

La última semana había vagado de un lado a otro, al borde del delirio. El chiquillo se había esfumado de repente; por la noche no regresaba a casa de sus padres. Una vez, sentada en el suelo, lo aguardó horas y horas, sin dormir. Hecha un ovillo, soñó que vivía con él, hasta que, al alba, el frío la había despertado.

A la mañana siguiente, lo descubrió cerca de la cloaca, en compañía de un mozo rubio y una chiquilla pintarrajeada. Cautelosamente, los había seguido a distancia, procurando que no la vieran. El trío se detuvo ante un fortín. Varios muchachos tomaban el sol en la arena y, mientras la gitanilla hacía la cocina, Antonio y el otro se tumbaron a dormir sobre una manta.

Desde entonces, la mujer merodeaba por allí, con la esperanza de encontrarle. El niño se había dado cuenta de su asedio y a menudo volvía la cabeza para mirarla. En diversas ocasiones, ella se había fijado un plazo para hablar. Pero, cada vez que tropezaba con sus ojos, una angustia irrazonable le amordazaba la garganta.

Tomando el camino paralelo a la vía del tren, atravesó los campos cubiertos de escombros. Al segundo día de acecho, había establecido su puesto de observación detrás de unos zarzales. Tendida en el suelo, contempló largo tiempo el fortín. Su improvisada chimenea de lata humeaba. Un chiquillo con gafas salió a vaciar un cubo de basura. Pero en seguida entró otra vez en el blocao y ya no volvió a asomarse nadie.

La mujer emprendió el retorno con la garganta reseca. Los ojos le escocían de tanto mirar y tenía la lengua como de trapo. Una idea nueva le rondaba la cabeza. Sin darse cuenta respiraba más aprisa y aceleró, de repente, el ritmo de sus pasos.

La esposa del panadero había perdido su niño también. El que tenía no era hijo suyo y la gente decía que si era comprado. Febrilmente, trató de recordar las historias que había oído contar a sus vecinas. Muchas familias pobres, cargadas de hijos, se desprendían de alguno a cambio de unas pesetas. De tapadillo, el hecho se repetía todos los días y hacía correr mucha tinta en los diarios.

Cuando llegó a la Barceloneta, las sirenas de las fábricas aullaban. Su marido despachaba aún en la tienda y, en lugar de subir al piso, entró a verle y, secamente, le anunció su decisión de retirar sus ahorros del Banco.

Habían instalado un altavoz enfrente de la chabola y, desde hacía una hora, hablaba, hablaba sin descanso. Arrebujaada entre las mantas, Coral intentó taparse los oídos con algodón. Pero la voz sonaba cada vez más fuerte, como si alguien chillara dentro de la casa...

Por fin, cansada de dar vueltas en el catre, se incorporó. Oía removerse a la abuela en el cuartucho de al lado y, ahogando un bostezo, abrió la ventana de par en par.

—Coral, ¿eres tú?

La niña le contestó con un gruñido. La abuela ya no elevaba la voz como antes y, para escucharla, había que aguzar el oído. Coral la encontraba cada día un poco más chocha y encorvada. Las manos se le habían puesto rígidas, como pezuñas y, al coger el dinero, estrujaban los billetes con avaricia.

—¿Cuánto te han dao?

Como de costumbre, comenzó a lamentarse a media voz de Metralla, de la tacañería de los hombres, de lo cara que estaba la vida...

—¿Quieres callarte de una vez? —le gritó—. Estoy harta de oírte repetir el mismo disco...

La abuela se retiró balbuceando. Bajo la estufa, tenía un escondrijo en que amontonaba el dinero. Poco a poco, se había habituado a depender de ella y desaparecía días enteros, para dejarle el campo libre.

—Bueno. Me marchó...

Tendida en la cama, la observó partir. De repente, sin saber por qué, volvió a verla, dos años atrás, más tiesa y más joven, inclinada sobre ella, dando chillidos...

Coral era entonces una criatura flaca y espigada. La abuela le había regalado un traje de relumbrón y se exhibía con él por el barrio, con el pelo adornado de flores. Cada vez que sonaba una música, los pies se le ponían a bailar, como tirados por un hilo. Disfrazada, corría detrás de los gitanos, los organillos, los guitarristas. Sus ojos brillaban en los espejos, negros como tizones, y al reír, su boca se abría como una raja de melón.

Un día, al entrar en la choza, se encontró con un hombre a quien no conocía. Llorando, la abuela le explicó que era su padre. El bato era un gitano de unos cuarenta años, alto y bien plantado, con el pelo lleno de caracoles y las patillas cortadas a media mandíbula. Había venido a Barcelona a vender unos mulos y, durante un tiempo, se instaló a vivir en su casa.

La niña se habituó a su presencia en seguida. A lo largo del día, el bato permanecía en la cama, fumando, bebiendo o, lo más a menudo, sin hacer absolutamente nada. Al llegar la noche se afeitaba y salía, y no regresaba a la chabola hasta muy tarde.

A veces, Coral le oía tropezar con los muebles y estirarse vestido, entre las mantas. Dormían juntos, los dos en el mismo lecho, y la niña no se atrevía a respirar,

de miedo de desvelarle...

Una noche —el recuerdo era tan confuso que, a menudo, creía haberlo soñado—, su padre le había tentado el cuerpo al volver.

«Estate quieta», le sopló junto al oído. Ella le obedeció, amodorrada, sin darse bien cuenta de qué ocurría.

Al día siguiente, mientras arreglaba la habitación, la abuela se había puesto a gritar como un energúmeno. «Bandido. Hacerle esto a tu hija. Mira las sábanas. Chulo. Mal nacido...» Coral huyó de la barraca, asustada. Durante muchas horas vagabundeo por el barrio sin atreverse a regresar. En el cielo se amontonaban madejas de nubes, el mar se tornaba lívido y blanco, y pájaros como guadañas rasaban la arena, enloquecidos.

Cuando se decidió —lo recordaba bien— era noche cerrada. El bato había desalojado con todos sus trastos y, a gritos, la vieja le explicó que estaba perdida para siempre; que su propio padre la había deshonorado...

—Bastante se lo agradece ahora —murmuró la chiquilla entre dientes.

Aprovechando un silencio del altavoz, arrastró el baúl mundo de debajo de la cama. A espaldas de la abuela, Coral ocultaba allí su colección de muñecas. Durante muchos años había suspirado inútilmente por su posesión. (La única que tenía, la había encontrado entre los escombros, revolviendo con un palo. Era una pepona de trapo, mugrienta y calva, con las facciones descoloridas y la ropa de la falda deshecha. Pacientemente, se había aplicado a restaurarla. Con una caja de colores y un pincel, le pintó de rosa la cara, las piernas y los brazos. En las mejillas le puso dos rosetones de carmín. Después le dibujó una sonrisa y le cubrió el cráneo con un turbante.)

Desde hacía unos meses, para vengarse, Coral se compraba una nueva todas las semanas. Arrodillándose en el suelo, de espaldas a la luz, empezó a amontonar las cajas encima del catre. Envueltas en chales de gasa y tafetán, las muñecas abrían y cerraban los ojos de porcelana, graciosamente vestidas de tules. Sus sombreros estaban diseñados con sumo cuidado, de forma que realzaran la delicada finura de las trenzas sedosas y rubias. La pareja de danzarines atrajo especialmente su atención: ella iba vestida de raso, con una diadema de oropel y una deslumbradora falda de tiras; él llevaba un sombrero cordobés, un bastoncito de junco y un trajecillo de cuadros. Coral los había comprado un día en un gran almacén y, desde entonces, no se cansaba de mirarlos.

En combinación todavía, se sentó en cuclillas en el suelo, con la vista fija en la colección de muñecas, celosamente guardadas en sus cajas. No sabía cuánto tiempo había permanecido así. Cuando se dio cuenta, la puerta de la calle estaba abierta de par en par y una sombra gigante interceptaba la luz a sus espaldas.

—Hola, chiquita —dijo la voz del cabo.

La niña se volvió, llena de temor: por espacio de unos segundos creyó que el hombre había venido allí a quitarle sus muñecas. La sonrisa astuta, que tan bien

conocía, y el brillo familiar de sus ojos, la tranquilizaron. Acariciándose el pelo con una mano, sonrió también, con coquetería.

—Me había asustao usted —dijo.

El cabo había cerrado la puerta tras él. Con un suspiro apoyó el mosquetón en tierra. Su mano, cuadrada, vellosa, comenzó a desabrochar el barbuquejo del tricornio.

—¿Yo? ¿Por qué iba a asustar yo a mi gatita?

El capote entreabierto dejaba ver su bien planchada guerrera, las cartucheras, la chapa, el cinto y los correaes. Bajo el bigote, los labios temblaban, tirantes y húmedos.

—No sé... Creía que era usted un ladrón —Coral rió, enseñándole los dientes—. Alguno que venía a hacerme daño...

El hombre la acechaba con ojos taimados; su pecho se movía como un fuelle. Apresuradamente, la niña volvió a meter las cajas en el baúl.

—Aunque no lo parezca, soy muy asustadiza, ¿sabe?

Con ademán de abandono, Coral se tendió sobre la manta, arqueando el cuerpo, para que los pechos le abultaran.

—Muy asustadiza —repitió bajando la voz—. Tanto, que no puede usted imaginárselo...

El cabo se desató la hebilla del cinturón. Luego, como si le hubiera adivinado el pensamiento, se volvió y ajustó cuidadosamente la ventana.

—Ten, pupila. Si ves que malician algo, te najas.

El primer día, Metralla le acompañó al lugar en que debía distribuir las cartas. Era un barrio elegante, enclavado en la ladera de la montaña, surcado por calles amplias, silenciosas y tranquilas. Una destartalada línea de tranvía le ponía en comunicación con el centro de la ciudad. Los vehículos rodaban casi vacíos y se paraban a petición de los usuarios. El cobrador parecía conocer a todo el mundo de vista y Antonio observó que les miraba con manifiesta desconfianza.

El niño iba vestido como un señorito, con su traje y zapatos nuevos y la camisa bien planchada y limpia. Antes de marcharse, el Profesor le había dado una insignia de esmalte, que representaba a un Niño Jesús gordo, como un anuncio de leche condensada. «Al llamar pregunta siempre por la señora —le recordó—. A las mujeres se las camela mucho más fácil.»

Metralla le dejó frente a una verja de hierro, desbordada por tilos, mimosas y acacias. «Yo me tengo que ir. A las cinco vendré aquí, a buscarte.» Antonio le vio alejarse calle abajo, con las manos metidas en los bolsillos y, cuando dobló la esquina, le hizo adiós con el brazo.

Era la primera vez que operaba solo y vaciló largo rato antes de llamar. La casa —grande como un convento, con las paredes embozadas de hiedra— le asustaba. A

través de la verja contempló los cristales verdes del mirador, las azuladas baldosas del tejado. La cadenilla se bamboleaba suavemente al lado de la puerta, y al tirarla, cerró los ojos, como si se fuera a producir una catástrofe.

Cuando los abrió, no había ocurrido absolutamente nada. Como milagrosamente sustraída a las leyes del tiempo, la mansión dormitaba a la sombra del parque. Los sauces llorones se mecían, despeinados por el viento, y una mujer uniformada avanzaba por el sendero de cascajo.

—¿Tendría usted la bondad de avisar a la señora?

La dueña resultó gran devota de la Virgen. La casa estaba llena de altarcitos, hornacinas e imágenes. «Yo prefiero a la Pilarica —le dijo— porque es más española. Pero, de las otras, la que me gusta más es la de Fátima.»

El niño la escuchó con expresión inocente. La dama iba envuelta en un chal de flecos y se interesó en la obra y fines de la Cruzada. Al fin, contenta de sus explicaciones, le dio un billete de cien pesetas y ordenó a la sirvienta que le acompañara hasta la calle.

Animado por el éxito, Antonio repitió la visita a las demás casas de la manzana. Según pudo darse cuenta en seguida, sus dueños las habían construido obedeciendo a un mismo esquema: rodeadas de verjas puntiagudas o de muros erizados de cristales, parecía que la vida se hubiera detenido a sus puertas, que el calendario hubiera dejado de correr, olvidado.

Lleno de asombro, descubrió que sus habitantes manifestaban un insospechado entusiasmo ante la idea de la Cruzada. Agazapadas en sus sombríos y oscuros palacetes, con sus perros guardianes, sus grutas de Lurdes y sus cofres, las viejas familias querían ver su nombre impreso en las páginas del *Libro de oro*.

Antonio era acogido con los brazos abiertos. Con gran aplomo, explicaba a sus interlocutoras las razones de aquel grandioso homenaje nacional al papa. Y al salir a la calle, su bolsillo ocultaba un nuevo billete de veinticinco, cincuenta, cien pesetas.

El Profesor y Metralla le iban a buscar a la parada del tranvía. Su amigo conocía al patrón de un bar de camioneros y, reunidos en la trastienda, astillaban la ganancia. Por primera vez en su vida, Antonio se encontró dueño de una respetable suma de dinero. Sin saber qué hacer de él, compró un bolígrafo, un encendedor y un cartón de tabaco, y se los regaló a su camarada.

Sin trabajar ganaba en un solo día lo que su padre obtenía en una semana, partiéndose el espinazo. Al irse a vivir al Refugio, su madre le había despedido con lágrimas en los ojos. Pero Antonio sabía que una boca menos aliviaba la situación de sus hermanos y cuando volvió a verla, al cabo de unos días, le dio el dinero que llevaba encima con una mezcla de desprecio y lástima.

—La honraez no renta en este país —le había dicho el Profesor—. Aquí, el que no bribonea, se muerde los puños de hambre.

No. Él no quería acabar como su padre, abrumado de hijos y de deudas, arrastrando miserablemente su fracaso por las bodegas y las tascas. Si el mundo era

una gigantesca empresa de explotación no sería él quien iría a sacar las castañas del fuego a un puñado de vividores y mangantes.

Una tarde, al bajar del tranvía, Metralla le invitó al cine del barrio. Proyectaban una película del Oeste y en la sala no cabía un alma. Sentados en dos taburetes de madera, asistieron, reteniendo el aliento, al asedio del fuerte, por una tribu de apaches.

El público chillaba ronco de emoción. Obreros, marinos, estibadores y rapaces comentaban las incidencias de la acción en voz alta, golpeaban en los brazos de sus asientos, pataleaban a cada victoria del enemigo y arrojaban al pasillo cortezas de naranja y de plátano.

Ladeando la cabeza, Antonio se entretuvo en observar a su camarada. Bajo el gorro, el rostro de Metralla estaba tenso, como el de un animal dispuesto a la embestida. La luz de la pantalla lo teñía como un relámpago de magnesio y acentuaba, como de propósito, la dureza y crueldad de sus rasgos.

Presa de una inquietud que no podía explicarse, el niño trató de interesarse de nuevo en el desarrollo de la película. Después de diversas secuencias, durante las que los sitiados parecían llevar las de perder, la historia concluía a gusto de los espectadores: los indios eran exterminados por un ejército de refresco mientras, a los acordes de una música militar, los héroes izaban en un mástil la victoriosa bandera estrellada.

Metralla abandonó la sala con aire soñador. Media docena de niños corrían por la calle esgrimiendo pistolas imaginarias y se desplegaron en guerrilla delante de ellos, aullando como indios.

En el puerto había oscurecido ya. El reloj de la torre brillaba, redondo como un ojo de buey y las luces se reflejaban, trémulas, sobre el limpio charol de las aguas.

Sin decir palabra, se sentaron al borde del malecón. Frente a la escollera, las grúas acechaban, como amenazadores insectos negros. Afogonados por la luz del soplete, varios obreros carenaban el casco de una nave.

Sus miradas convergieron en la dársena donde fondeaba la escuadra americana. Se celebraba una gran recepción y los barcos tenían las luces encendidas. La cubierta del buque insignia estaba empavesada con gallardetes y banderas, y el traque ruidoso de un cohete fue seguido por una alegre gavilla de bengalas.

—El día menos pensao, dejaré to esto y me largaré —dijo Metralla a media voz, como encandilado aún por el parpadeo de las luces.

Arrancado bruscamente a sus reflexiones, el niño le miró, aterido de miedo.

—¿Te largarás? ¿Adónde?

—No sé... Lejos de aquí... A Texas. O al Brasil... Donde se ganen cuartos. —Metralla chupó el cigarrillo como con rabia—. Estoy harto de andar por ahí, sin dar golpe... En América hay dinero y tías de buten. —Con ademán brusco señaló los barcos—. Cada vez que filo uno de éstos, me entran ganas de colarme...

—No se puede —dijo Antonio—. Están muy vigilados.

—Ya lo sé... Pero conozco a un tío que por cuatro mil te mete en la bodega.

—¿Y si te descubren? —El corazón de Antonio latía con fuerza, como si su amigo fuera efectivamente a partir.

—No te descubren. El tipo está conchabao con los del barco.

—Cuatro mil es mucho dinero —dijo el niño.

Mecánicamente, había hundido la mano hasta la fusca de los bolsillos: después de haber comprado los regalos a su amigo, su fortuna se reducía a unos reales.

—Sí. Pero podríamos ahorrarlos. —Por primera vez desde que había empezado a hablar, Metralla posó los ojos en él—. Entre dos siempre es más fácil. Lo que no pone uno, lo pone el otro.

—Pero, entonces... —La voz se estranguló en la garganta del niño. Lleno de pánico, analizó la posibilidad de que los sentidos pudieran jugarle una mala pasada—. Si son ocho mil...

—Aunque sean diez. —Metralla arrojó el cigarrillo al agua—. Lo importante es que podamos hacer el viaje juntos, ¿sí o no?

Incapaz de decir palabra, Antonio se limitó a afirmar con un movimiento de cabeza.

—Mirándolo bien, no es tanto como parece a primera vista... Si la gente apoquina como ahora pa eso del Libro, cuando lleguen las Navidades...

La explosión de un castillo de fuegos en el puente del buque insignia le cortó a la mitad. Millares de chiribitas surcaron el cielo como estrellas fugaces y, completando la frase de su amigo, Antonio formuló su deseo en voz alta.

—... nos largaremos.

—Sí —dijo Metralla—. Nos largaremos... En toa la panetera vía volveremos a poner los pies en España.

El día de la Ascensión, el termómetro subió a más de treinta grados. Los frágiles techos de las barracas recibían de lleno el impacto del sol y sus moradores abrían ventanas y puertas tratando, inútilmente, de provocar una corriente de aire.

—Para mí, la culpa la tienen los americanos —opinó Saturio—. El dueño del almacén me dijo el otro día que llevaban una bomba atómica escondida en uno de los barcos.

La madre de Hombre-Gato hizo un movimiento con los labios, como indicando que todo era posible. Aquella mañana había obligado al niño a acompañarla a la iglesia y, al salir, se detuvo a charlar en el atrio con un pequeño grupo de vecinos.

Hombre-Gato se escabulló al primer descuido y regresó a cambiarse a la chabola. Era cerca del mediodía y los altavoces transmitían nuevos discursos. Sin darse prisa, bordeó el barrio por el lado de la explanada. Una escuadrilla de aviones de reacción hacía piruetas sobre el mar y varios rapaces disparaban contra ella con una, escopeta de aire comprimido.

El niño se quitó la camisa y las sandalias. Vestido con los antiguos pantalones de su padre —llenos de remiendos de diferentes colores, con una pernera más larga que otra— salió a merodear por la playa, desnudo de cintura para arriba.

Un sombrero de paja de ala ancha le defendía de los rayos del sol. Aupándose los calzones —Hombre-Gato los sujetaba con una cuerda, a la altura de las costillas— caminó sobre los guijarros ardientes, procurando no cortarse con los cristales.

Tocados con gorros y tricornios de papel de periódico, los ociosos se aconchaban a la sombra de las chabolas. Un vendedor ambulante recorría la calle gritando gaseosa y cerveza fresca y docenas de mujeres hacían cola en la fuente, con cántaros, bombonas y garrafas.

En la esquina del paso a nivel, un barrendero había abierto una boca de riego. El chorro potente de la manguera barría el polvo acumulado en la calzada y un refrescante olor, como de lluvia, impregnaba agradablemente el aire.

Un grupo de niños y niñas corrió a remojarse dando chillidos. Desnudos, con mono, o en traje de baño, bailaban abrazados unos a otros, con los pelos escurridos, lacios y chorreantes.

Dejando el sombrero en tierra, Hombre-Gato se unió a ellos. El agua se estrellaba, fresquísima, contra su cuerpo y, al alcanzarle de lleno, le obligaba a volverse de espaldas. Con la boca abierta, los ojos entornados, giró alegremente sobre sí mismo, hasta que se le puso la carne de gallina y los dientes empezaron a castañetearle.

Tiritando de frío, se tendió sobre la arena, de cara al sol. Aquella mañana se había desayunado solamente con un mendrugo de pan y un hambre terrible le mordió, de repente, el estómago. Días antes su padre había prometido darle unas perras y decidió ir a la tasca del Maño a recordárselo.

Cien Gramos echaba una partida de cartas, sentado en la mesa del rincón. Tres horas antes había salido de casa a remojarse el gatzate y, a juzgar por la expresión achispada de su rostro, comenzaba a estar bebido.

Otras veces, Hombre-Gato había ido a la taberna a sablearle, haciéndose recibir con insultos. En contra de lo que se temía, su padre enarcó las cejas al verle y le examinó de pies a cabeza con manifiesto buen humor.

—¿Pue saberse dónde has sacao esta pinta? —dijo.

—Al ir por la calle, un guardia me regó con la manguera —mintió Hombre-Gato.

—Un guardia, un guardia... Valiente punto filipino estás hecho tú. —Volviéndose hacia sus compañeros de juego lo señaló con una mano—. Fijaos cómo anda... Cualquiera diría que no ha recibido el Bautismo...

—Si en lugar de soplar como soplas te cuidases un poco de él —observó el Maño, guiñando un ojo—, quizás iría mejor vestido.

—Si va vestido así, es porque le da la real gana —dijo Cien Gramos—. En casa tie lo menos dos trajes y no se los pone nunca.

—No nos digas que se los has comprado tú, porque no nos lo creeremos.

—No; no se los he compra yo. —Cien Gramos empuñó el codo y vació de un

trago el porrón—. Se los han regalao.

—¿Regalado? ¿Quién?

—Los Padres. La semana que viene hace la Comunión.

—¿Ah, sí? —dijo, irónicamente, el Maño.

Hombre Gato afirmó con la cabeza y aprovechó la ocasión para decir:

—Papá. Dame un duro...

—El domingo próximo, no; el otro —continuó su padre sin dar señales de haber oído.

—Si le has enseñado tú —dijo el Maño— el chico debe ir, lo que se dice, preparado.

—Pues sí que va. Sin universidades ni títulos, tie más cabeza que tos nosotros juntos.

Aprovechando el inesperado elogio que llovía sobre él, Hombre-Gato volvió a pedirle cuartos.

—Yo no digo que le falte caletre —le cortó el Maño—. Pero, si todo lo que sabe lo ha aprendido de ti, me parece que, en vez de darle la Comunión, lo que le van a dar es longaniza.

—Yo sé leer y escribir —manifestó, ofendido, Cien Gramos—. Aquí donde me ves, tirao y to como estoy, también he seguíó estudios.

—Pues no lo parece, hijo —dijo el Maño—. Para lo que te aprovechan...

—El primero de clase era, pa que te enteres... Me sabía los reyes godos de memoria.

—Anda... Cuéntanos una de bandidos —dijo un manguis, acodado en la barra.

—Tos. Del primero al último. Que me mate Dios si os engaño.

—No jures, que te pues llevar un disgusto.

—La vía ha sido muy dura conmigo.

—¿La vía? —intervino Cinco Duros—. El trago.

—Si no llega a ser por el accidente...

—Eso, suéltanos bribias ahora. —Cinco Duros emitió una risa seca—. Como si no supiéramos tos las que agarras cuando cobras del Seguro... Hasta los brazos te cortarías, si supieras que te pagaban...

—A ti nadie te ha pedío que hables —dijo Cien Gramos—. De mo que achanta el mirlo.

—Yo me callo cuándo me da la real gana —repuso su camarada.

Cien Gramos hizo ademán de alzar el porrón, pero volvió a dejarlo sobre la mesa al comprobar que estaba vacío.

—El chaval ha ío tres semanas a la Doctrina... Sucio y en cueros, como va, podría dar lecciones a muchos.

Sus ojos turbios, de borracho, se posaron en Hombre-Gato con orgullo. El niño se echó el sombrero hacia atrás, sin quitar la vista del bolsillo donde guardaba la cartera. El agua se le escurría aún por los calzones y formaba en el suelo un pequeño charco.

—Anda, diles lo que sabes —le azuzó.

—¿Qué quies que les diga?

—Lo que prefieras tú. Latín... Catecismo...

—¿Me darás el duro? —preguntó el niño, esperanzado.

—Un duro y, si es preciso, más. Pa que aprendan a reírse de tu padre...

—Dios es Uno y Trino —dijo Hombre-Gato de un tirón, comiéndose las palabras.

—En latín, en latín...

—*Gloriam eterna... Cristum... Anima.*

—¿Lo veis? ¿No os le había dicho?

—Dame el duro.

—Aún. Otra frase, hala.

—*Santus. Santus. Santus* —recordó el niño.

—¿Lo veis? ¿Lo veis? —Su padre sonreía, exultante—. Lo mismo que un cura.

Cinco Duros bebió un sorbo de agua del botijo y se volvió, despectivamente, hacia el Maño.

—A otro cualquiera, en su lugar, se le hubiera caído la cara de vergüenza. Pero al filete ese, no... Pa él no llueve nunca.

—Cuando alguien tie que decirme algo, me gusta que me lo diga a la cara —exclamó Cien Gramos.

—Lo que faltaba... Encima me pedirá que se lo explique.

—Pues claro que me lo has de explicar.

—Vergüenza debería darte, vergüenza, exhibir así a tu propio hijo...

—¿Vergüenza? ¿Por qué?

Cinco Duros no le contestó. Como un actor subido en un tablado, parecía declamar ante un público:

—Miradle... Obligao a mendigar pa comer porque su padre se bebe por ahí los cuartos...

(Convertido en el centro de la atención, Hombre-Gato bajó los ojos, con fingida modestia. Astutamente, adoptó una expresión triste, de ser martirizado.)

—... Una inteligencia de primer orden, perdía, porque nadie se ocupa de ella... Ven, majo, ven... Yo voy a darte el duro.

—El duro se lo doy yo —cortó, irritado, su padre—. Tus cuartos te los pues guardar pa tus hijos, que buena falta les hacen.

—Eso, humíllale encima... Dáselo como una limosna.

—Se lo doy de la forma que quiero.

—A contrapelo, sí... De mala gana.

—¿A contrapelo, dices? —Los ojos de Cien Gramos chispearon—. Ten —dijo, sacando un billete de la cartera—. Cógelo, te lo regalo...

Hombre-Gato lo miró, sin atreverse a tocarlo. El billete era de cincuenta pesetas.

—Anda. ¿Qué estás esperando...?

El niño no se hizo rogar más. Su mano se cerró en torno al billete como la concha

de una perla.

—¿Me lo das?

—Sí, señor.

—Si quies puedo aún decir más cosas en latín.

El Maño rompió a reír.

—Vete en seguida, chaval... No sea que luego se arrepienta...

Convencido de la razón del consejo, el niño se aupó los calzones húmedos y se dirigió hacia la salida con paso vacilante.

Desde la acera, donde paró al vendedor de churros, escuchó, con la boca llena, la violenta requisitoria de Cinco Duros y las respuestas llorosas e ininteligibles de su padre.

Pepe debía ir a casa del perista. El día antes, Drácula había robado diez metros de tubería en un cobertizo abandonado de Les Corts y como el Profesor no disponía, de momento, de más cartas de la Cruzada, Antonio se decidió a acompañarle.

—Alberto se pondrá furioso cuando lo sepa —bromeó el Gitano en el tranvía—. Ca vez que salgo con otro, se achara.

El perista regenteaba una ferretería en Pueblo Seco y les adelantó trescientas pesetas por el plomo. Pepe se las guardó, refunfuñando, en la cartera y, de regreso, le invitó a beber a una tasca.

—Cerca de ahí vive una lumi que trabaja pa mí —le explicó—. Me la camelo desde el verano pasao... Es vieja, pero aún tiene donde agarrarse.

—¿Trabaja? —preguntó Antonio—, ¿de qué manera?

—¿De qué manera quies que trabaje una mujer? —El Gitano se acarició la crencha recién peinada—. De instantánea, chaval. De instantánea.

Antonio movió la cabeza con aire de comprender. Palabras como respeto, querido, chulo, sonaban en sus oídos de forma extraña. En el barrio, cerca de su casa, vivía un hombre con pinta de moro y la gente decía a media voz que se hacía entretener por las mujeres. Intrigado, el niño decidió interrogar a Metralla.

—Ella me ha compra la chupa nueva —continuó Pepe, mostrándole la chaqueta—. Y los alares. No hay mes que no me largue algo... Mira. Allí viene.

La mujer se llamaba Paloma y estaba algo entrada en carnes. Antonio bebió una jarra de cerveza con ella y, pretextando una cita, los dejó a los dos en la tasca.

Desde el Paralelo, regresó en tranvía hasta el barrio. Hacía calor y los merenderos estaban llenos de gente. Evitando las calles frecuentadas por la mujer del imaginero, el niño cortó por la explanada. Cuando llegó al Refugio, sus compañeros formaban corro junto a la puerta y el Neorrealista leía en voz alta el último número de *El Caso*:

El nombre de Francisco Martín Sabater, alias *el Quico*, flota en toda Cataluña. Es como un sonido trágico que corre de boca en boca, llevando por

doquier un miedo pánico. Cada uno de los delitos cometidos por el criminal constituye un siniestro alarde de precisión, de destreza. Como decía una relevante personalidad de la Policía barcelonesa, Sabater ha nacido para el crimen, como otros nacen para tocar el piano o el violín.

Inspector con quien se encuentra, inspector al que dispara, a varios metros de distancia, sin que jamás puedan mediar palabras. Lo único cierto es que el bandolero tiene impuesta en Cataluña una auténtica Ley del Silencio.

La pluma casi se resiste a relatar las fechorías cometidas por este hombre, de cuya condición humana hay que dudar. Asesino nato, que mata por el placer de la sangre, muchas veces sin otra finalidad que saciar sus instintos bestiales, Sabater tiene gran habilidad para alterar sus facciones. Unas veces aparece con bigote y otras, sin él. Unas con el pelo rizado; otras completamente liso...

Mientras el Neorrealista leía la minuciosa reseña del atraco, Antonio espió la reacción de sus compañeros. Metralla, Gonzalo, Cristóbal, escuchaban en religioso silencio. Sólo Drácula parecía no prestar atención y bostezaba ruidosamente entre las mantas.

—Caray —exclamó Gonzalo, cuando el Neorrealista acabó—. ¡Vaya tío!

—Apuesto algo a que se les vuelve a escapar —dijo Cristóbal.

—Lo que es seguro, es que no le pescan vivo...

Antonio examinó el reportaje fotográfico con emoción. Por números anteriores tenía noticia de las actividades delictivas de Sabater pero, hasta entonces, no había visto ningún retrato del hombre que, según profetizaba el cronista, «*estaba condenado a morir matando*». La foto, aunque borrosa, le agradó y decidió, mentalmente, conservarla.

—Un tío así es un hombre de verdá —dijo Metralla.

—Un fulano que lo conoció durante la guerra —explicó Cristóbal— dice que se afufó del cuartel con un camión.

—Durante la guerra había muchos como él.

—Durante la guerra, pue ser; pero, lo que es ahora, es el único que no tie jindama.

—Claro que es el único. —La mano de Metralla describió un movimiento rápido, como una hoz—. To los que había como él, los liquidaron.

Antonio se removió en la yacija con desazón. Cada vez que oía hablar de la Revolución y de la Guerra, se sentía como estafado. Haciéndole nacer en una época carente de heroísmo, el destino le había jugado una mala pasada. La gente de antes luchaba con el fusil en la mano y ventilaba sus contiendas a tiros. Al cabo de veinte años, la prensa hablaba con horror de violencias, muertes, robos y asesinatos. Y la monotonía y mediocridad de la vida presente le inspiraban aún mayor desprecio y lástima.

—Ojalá hubiera vivido entonces —murmuró—. Ahora todo es aburrido. Nunca

pasa nada.

—Sí hubiese nació antes —dijo Metralla—, habría sido pistolero, como mi padre.

—Mi bato fue sirlero también —dijo Cristóbal—. Trabajaba con los de la FAI.

—Cuando empezó la guerra, el mío formó una patrulla y se cargó, tirando a corto, a más de cien ricachos.

—¿Lo conociste? —preguntó Antonio con la lengua reseca, comparándole mentalmente con Cinco Duros.

—No; apenas lo recuerdo... Cuando le dieron garrote tenía yo cuatro años.

—Yo no he llegao a conocer al mío —explicó Cristóbal—. Al entrar los nacionales lo mataron delante de mi madre y parece que, del susto, nací antes de hora.

—Será por esto que tiene tanto canguelo —rió Drácula, enseñando los dientes.

—Caray. Entonces también debería tenerlo yo —intervino Gonzalo—. Mi madre me sacó durante un bombardeo.

—Con lo que apesta él —remató Cristóbal—, la suya debió parirle en una cloaca.

La frase provocó la risa de todos y Antonio se volvió hacia Metralla, imantado. (Lo que los guirlocheros contaban sobre sus padres, le llenaba de envidia y admiración. Condenados al garrote como Sabater, habían sido hombres auténticos. En lugar de hundirse en la resignación como Cinco Duros, no habían vacilado, frente al peligro, en emparar sus manos de sangre.)

—¿Qué clase de tipo era, tu padre?

—No sé —Metralla se acarició el mentón con aire dubitativo—. Mi madre me ha hablao muy poco de él. To lo que sé, me ha llegao de oídas.

—¿No te acuerdas siquiera de cómo era? (Antonio pensaba que si su padre hubiera matado, aunque fuese una sola vez, no se habría olvidado de él nunca.)

—Durante el juicio, mi familia me llevó un día a verle a la beri... Creo que iba vestío con un mono azul... Lo que sí recuerdo es que se cabreó con mi madre porque lloraba.

—¿Cuántas penas de muerte le dieron? —preguntó el Neorrealista, quitándose los lentes.

—Yo qué sé... No creo que ni al Sabater le cuelguen tantas.

Absorto en sus ensueños, el niño dejó de escuchar. Armado con un fusil-último-modelo, se imaginó a sí mismo disparando desde una trinchera, en compañía de Metralla. Tal vez en el país en que desembarcaran habría revoluciones y guerras civiles. Las noticias de América que leía en la prensa hablaban de alzamientos, motines y golpes de Estado. Con mayor intensidad que nunca, deseó alejarse de aquella paz encharcada.

El Neorrealista había sacado la sartén para hacer la comida y Cristóbal, Gonzalo y Drácula salieron afuera, a ayudarle. Durante unos segundos, Antonio contempló la foto de Sabater. Y acordándose de repente de lo que había dicho el Gitano, se encaró con su camarada:

—¿Qué quiere decir, vivir del trabajo de una mujer?

Bruscamente sustraído a sus reflexiones, Metralla anarcó las cejas y se frotó los labios con el dorso de la mano. Como si la pregunta del niño fuese cómica, se echó a reír y, con movimiento rapidísimo, tumbó a Antonio sobre el petate.

—Eso no te interesa, barbi —dijo empuñándole con suavidad la barbilla—. Anda, dame candela. Quiero fumar un cigarro.

Había acabado la Semana del Suburbio. Los altavoces transmitieron el discurso de un hombre de voz aflautada que aconsejó la devoción al Sagrado Corazón y el rezo del Rosario en familia para atajar los progresos del bolchevismo. Luego, una extraña procesión de niños y mujeres desfiló a lo largo de la explanada al son de las cornetas y tambores de los chicos del Frente de Juventudes. Los hijos de Saturio llevaban en andas una pequeña imagen de Nuestra Señora de Fátima, que fue proclamada solemnemente Patrona y Protectora del barrio.

—El tío se ha puesto las botas —dijo el Maño, señalando a Saturio—. Me han dicho que acaban de concederle un piso.

La comitiva, engrosada por varias docenas de curiosos, discurrió a paso lento delante de la tasca. Atardecía, y el sol coloreaba vivamente el rojo de las boinas y el azul oscuro de las camisas de los niños. Una tolvanera finísima envolvía al sacerdote y los acólitos con un halo dorado y enronquecía las gargantas infantiles mientras salmodiaban:

Virgo Potens
Ora pro nobis...
Virgo Clemens
Ora pro nobis...

Poco a poco, los clientes entraron de nuevo en la taberna. Giner se demoró, apoyado en una jamba de la puerta, hasta que los tambores y cornetas se extinguieron y los últimos chiquillos rojiazules se perdieron en la distancia. El hijo mayor de Cinco Duros cruzaba la calle con un montón de tebeos y, sin decidirse a entrar ni a salir, Giner se entretuvo en contemplarlo.

El chico iba bien trajeado, con camisa de hilo, zapatos y calcetines. Bañado por el sol, su rostro le recordó, de pronto, a alguien. Mientras encendía un cigarrillo se esforzó en pensar en quién. Sin haberlo resuelto, hizo ademán de caminar, pero permaneció donde estaba, como clavado.

El comedor del piso de Costa; los tabiques desnudos; la fotografía del niño con traje de marino... Uno y otro se parecían como dos gotas de agua. Era absurdo no haberlo advertido antes.

Liberado, como si se hubiera sacado un peso de encima, se dirigió hacia su casa silbando. Un viento fresco había alejado de la playa a los últimos bañistas. Con

motivo de la fiesta, las barracas estaban adornadas con banderas y colgaduras y, acabados los rezos y discursos, los altavoces transmitían marchas militares.

Desde fuera, oyó tocar la guitarra a sus hijos. La puerta de la calle estaba abierta y fue a la habitación a cambiarse. Conforme imaginaba, su mujer había ido al acto de Consagración del barrio a la Virgen de Fátima.

Al contraer matrimonio, Trinidad era indiferente como él; pero, desde su salida del campo, parecía presa de una inquietud religiosa que aumentaba de día en día.

A medida que su carácter se tornaba agrio e intolerante, había adquirido nuevas devociones que inculcaba celosamente a sus hijos, como buscando la manera de aislarle. Desde su cuarto, cuando, fatigado por el trabajo de la jornada, trataba de recapitular las razones de su fracaso, les oía jesusear a los tres en la cocina.

Su piedad era agresiva, ácida como sus palabras y miradas. Los días de ayuno se negaba en redondo a hacer la comida y los domingos y primeros viernes hacía ruido exprofeso al levantarse. Llevada por su afán vengativo había convertido el dormitorio en una especie de capilla y Giner se sentía en él como un intruso, acechado por docenas de reliquias, imágenes y santos.

Pero lo que por encima de todo alimentaba su amargura era el hecho de que, a los dieciocho y dieciséis años, sus hijos no hicieron ningún esfuerzo por comprender. Con los ojos cerrados, aceptaban como moneda de ley cuanto su madre les decía. Giner había inventado, en vano, crear una corriente de comprensión. Alfonso y Manuel parecían interesarse tan solo por el canto, los toros y el fútbol. Como habitantes de un mundo distinto, despreciaban (ignoraban) las normas que habían dado sentido a su vida.

Mientras se lavaba la cara, les oyó ensayar una tonada cartagenera. Alfonso tenía la voz bien timbrada e imitaba felizmente al Niño de Almadén:

*Los picaros tartaneros
un lunes por la mañana,
los picaros tartaneros
les robaron las manzanas
a los pobres arrieros
que venían de Totana.*

Con la toalla entre las manos, se asomó al comedor a verles. Después del incidente de la radio, Trinidad los había azuzado contra él y Giner decidió aprovechar la ocasión para explicarse. Inmóvil bajo el dintel de la puerta, aguardó a que terminaran la copla y, con voz menos firme de lo que hubiera querido, ordenó:

—Sentaos... Tengo que hablaros.

Sus hijos le obedecieron con cara de fastidio. Apoyado en el brazo del sillón, Alfonso se arregló distraídamente las uñas. Manuel encendió un cigarrillo sin prisa y comenzó a tensar las cuerdas de la guitarra.

—Vuestra madre ha ido a la procesión, me parece... (Los ojos de Manuel

expresaban un aburrimiento infinito.) Yo hubiera deseado hablaros delante de ella; pero, como esto no es posible, y sabe Dios que no es por mi culpa, quiero que vosotros, al menos, sepáis lo que ha pasado.

—Lo sabemos ya, padre —dijo Manuel con voz átona.

—¿Lo sabéis? ¿Qué sabéis? —Giner deslizó la lengua sobre los labios. Su garganta estaba reseca, como fibrosa...

—Mamá nos lo contó hace unos días. Lo de la carta, y, también, lo de la radio.

—Vuestra madre os habrá dado tal vez una versión inexacta... (Pese a sus esfuerzos, la voz le salía cada vez más temblorosa.)

—Mamá no miente nunca —le cortó Alfonso.

—Yo no digo que mienta —protestó Giner—. Simplemente creo que se confunde... Después de todo lo ocurrido, tiene miedo y, a decir verdad, no le faltan motivos. (Alfonso hizo una mueca, como diciendo: «Entonces, ¿a qué toda esta plática?».) Yo sólo quisiera —continuó— que, por un momento, aceptarais poneros en mi lugar... Que os esforzarais en comprender por qué me metí en política aquellos años...

—La política no nos interesa —dijo Manuel. (Su rostro era macizo y hermético, como el de una estatua.)

—A veces, oyéndoos hablar —dijo sin hacer caso de la interrupción— me da la impresión que me consideráis un irresponsable... Qué se yo... Un ser nefasto que empujó la familia a la ruina. Y en cierto modo, admito que un extraño pueda juzgarme así... Pero vosotros sois mis hijos. Vosotros tenéis la obligación de escucharme...

—Mamá nos ha prohibido oírte hablar de política —le recordó Manuel. (Y, traicionando su impaciencia, su mano pulsó una cuerda de la guitarra.)

—No se trata de política —se defendió Giner—. Se trata de que sepáis quién es vuestro padre.

—Mamá nos lo ha explicado miles de veces.

—¡Oh!, ya me lo figuro —Giner rió con amargura—. Para ella soy un pobre iluso que fue por lana y salió trasquilado... Pero éste es tan solo un lado de la verdad... Durante la República...

—La República fue una porquería —dijo Alfonso—. Por culpa de ella, mamá tuvo que mendigar de puerta en puerta, mientras estabas tú en la cárcel...

—Lo sé, lo sé... Visto a distancia parece una locura... Pero, en aquel momento, nadie podía prever qué giro tomarían las cosas... Cuando me afilié al sindicato...

—Mira, padre. Lo mejor es que cortemos. Ni Manuel ni yo queremos oír hablar de este asunto.

—Si mamá se entera, se va a llevar un disgusto. Ya sabes cómo se pone cada vez que nos hablas.

—Vuestra madre no puede impedir que me explique —dijo Giner.

Pero sus hijos no le escuchaban ya y, como dando por acabado el diálogo, Manuel

empezó a rasgar la guitarra.

—Anda. Arranca por peteneras.

—No. Repite el tango flamenco.

—Espera. Voy a aflojar las cuerdas...

Giner abrió la boca para decir: «no he acabado aún»; pero comprendió que cualquier tentativa de hacerse oír estaba condenada al fracaso.

Alfonso se había vuelto de espalda (como si no existiera) y arrancó a cantar, como por soleares:

*Los van a prender mañana
los van a prender mañana
toítos los ojos negros
los van a prender mañana...*

Herido en lo más profundo abandonó la habitación tambaleándose. El corazón le latía como si fuera a darle un síncope y, para calmarse, se aplicó a liar un pitillo. De repente, alguien golpeó la puerta con el puño y acudió a abrir, con un vaga sensación de catástrofe.

En la calle le aguardaba un hombre bien trajeado y, al reconocerle, estuvo a punto de dar un grito. La vida podía ser generosa a veces.

Era Emilio.

Antonio fue a cambiar los tebeos a la librería de lance. Desde la conversación en el muelle se esforzaba en gastar lo menos posible. La idea de embarcarse de polizón le hostigaba día y noche, como una pesadilla y, durante horas enteras, permanecía con la mirada fija en el calendario, calculando mentalmente la fecha del embarque.

La primera quincena de junio había seguido distribuyendo tarjetas de la Cruzada Cordimariana hasta que, a raíz de una nota de la junta, reproducida por toda la prensa, denunciando la «explotación ilegal de unos desaprensivos», Metralla y el Profesor acordaron interrumpir el negocio y astillaron la ganancia como dos buenos amigos.

A Antonio le correspondieron mil doscientas pesetas, que entregó, exultante, a Metralla. De mutuo acuerdo, habían decidido, en lo futuro, hacer bolsa común. Su amigo tenía apartadas más de dos mil pesetas que, unidas a las suyas, formaban poco más o menos la mitad de la cantidad necesaria.

—Con un poco de suerte —se dijo— podremos embarcarnos este otoño.

En la librería había comprado un mugriento mapa de América y, mientras recorría la explanada, se entretuvo en estudiarlo. En Venezuela y Texas era fácil abrirse camino. Al parecer, el petróleo brotaba allí como el agua y la gente ganaba sumas fabulosas. Metralla había hablado también de Nueva York. Pero Nueva York estaba más explotado.

De repente, descubrió que alguien le llamaba y se volvió a mirar, presa de miedo.

Vestido con su traje de Comunión, Ramón corría tras él, jadeando.

—Papá quie hablarte.

—¿A mí?, ¿de qué?

—No sé... Dice que vayas a casa.

Conforme solía, trataba de despertar su curiosidad para hacerse pagar los informes. Decidido a no morder el anzuelo, Antonio giró sobre los talones.

—Sé dónde vives —dijo Ramón, sonriendo ladinamente.

El muchacho hizo un movimiento con los hombros, indicando que se le daba igual.

—También sé con quién vives.

—Pues si lo sabes, procura que no se te escape.

—Metralla se najó del Reformatorio —continuó su hermano—. Si le denuncian, irá a parar a la trena.

—Y tú —repuso, amenazador, Antonio— irás a parar al depósito de cadáveres.

Ramón rió enseñando los dientes. El traje regalado por los Padres le caía ancho y, por contraste, le hacía parecer aún más flaco y pequeño.

—Papá lo sabe to —murmuró.

—¿Qué?

—Pues eso... Que vives con los guirlocheros.

—¿Se lo has soplado tú?

—Te juro que no.

—Entonces, ¿quién?

—Habla con él. Ya te lo explicará.

Cinco Duros le aguardaba en la puerta de la barraca.

—Pasa, hijo mío... —le invitó.

Paco, Pilarín y Javier habían abandonado su cuchitril para verle. Lleno de asombro, Antonio descubrió que en el comedor había una enorme bandeja de pasteles y una botella de vino de Málaga.

—Siéntate —dijo Cinco Duros—. ¿Quies un Bisonte?

El muchacho aceptó con inquietud. Tanta amabilidad por parte de su familia le alarmaba.

—Ramón me ha dicho que querías hablar conmigo.

—Sí. —Su padre se había sentado también—. Pero antes, bebe una copa de Málaga.

De sorpresa en sorpresa, Antonio reparó en los pequeños que llevaban baberos nuevos. Pilarín estaba hinchada, como después de un gran ahito y Javier miraba, sin golosina, la fuente llena de dulces.

—¿Te gusta? —dijo Cinco Duros.

—Es muy bueno.

—Si quies más, ponte.

—No. Tengo bastante, gracias...

Permanecieron los dos en silencio, contemplándose. Al fin, su padre sacó un botellín de anís del bolsillo y se atizó un largo trago, como para darse fuerzas.

—Antonio —dijo con voz solemne—, tengo que darte una buena noticia.

El niño se retrepó contra la pared. Mecánicamente, alisó las arrugas del pantalón.

—¿Conoces a un señor que tiene una tienda de imágenes en la calle San Miguel? Privado bruscamente del habla, se contentó con afirmar con la cabeza.

—Su mujer ha venío aquí esta mañana... Una señora flaca, no sé sí la ties vista...

Cinco Duros le miraba de hito en hito, acechando su reacción.

—Pues bien... La señora esa necesita una ayuda en casa... Un chico de tu edá, pa hacer recaos, atender al teléfono...

—Pero yo ya tengo trabajo... —protestó, apresuradamente, Antonio.

—Lo que te propone no es ningún trabajo. Al contrario, apenas te ocupará tiempo... Un oficio ideal pa no dar golpe y ganar los cuartos que quieras...

—No necesito ganar más cuartos —dijo el niño. Una angustia extraña parecía atarle la lengua—. Con los que tengo, me basta y me sobra.

—Mira, chico —repuso su padre—, te interesa aceptar... La señora quie encargarse de tu educación... Dice que te va a pagar una escuela...

—¿Y tú le has dicho que sí? —preguntó Antonio, sintiendo que sus ojos se inundaban de lágrimas.

—Pues claro. —Su padre enarcó las cejas con asombro—. Una oportunidá como ésta, con dinero, estudios y to... En la vía volverá a presentarse...

Antonio crispó las manos de rabia. Desde el principio había tenido el convencimiento de que la mujer intentaba perjudicarlo. Cada vez que cruzaba su mirada, sus pupilas brillaban como con odio. La obstinación que ponía en seguirle no se explicaba de otra manera.

—¡Joder! —exclamó Cinco Duros—. A ti, no hay Dios que te entienda. To el mundo alegre por ti, y tú, poniendo cara de mártir.

—Estoy bien como estoy —dijo el niño—. No tengo ganas de cambiar.

—¿No ties ganas de cambiar, dices? —Cinco Duros amusgaba la vista con gesto de no comprender—. No me dirás que prefieres andar por ahí, briboneando...

—Yo ando de la manera que quiero.

—A veces, parece que seas lila. —Su padre cogió el botellín de anís y lo vació de un trago—. Por una vez que alguien se interesa por ti...

—Yo no he pedido a nadie que lo haga.

—La señora tie mucha influencia —dijo su padre—. Si quiere, pue hacer mucho daño.

Antonio no contestó. Objeto de la atención de todos, se sentía furioso, como un animal cogido en una trampa.

—Mañana vendrá aquí a saber tu respuesta —dejó caer aún Cinco Duros.

—Pues dile que me espere sentada en un pino... En la vida pondré los pies en su casa.

Sin hacer caso de los dramáticos lamentos de Cinco Duros, salió a la calle. Anocheceía, y los vecinos retiraban las banderas y colgaduras de las ventanas de las chabolas. Durante unos minutos, vagabundeó al azar, molesto e irritado consigo mismo. Cuando se dio cuenta, Ramón corría de nuevo, jadeando, a su espalda.

—Si me das un duro, te cuento lo que ha pasao.

Antonio se detuvo y le miró. Una vez más, su hermano tenía la sartén por el mango.

—Hala; desembucha.

Ramón hizo una mueca al responder.

—Págame antes.

Antonio aceptó: en manos de Ramón, el duro se volatilizó como por arte de magia.

—La mujer vino esta mañana y preguntó por papá.

—¿Estabas tú?

—Yo fui quien le abrió la puerta.

—¿Y qué dijo?

—Pues eso... Que necesitaba un chico en la casa, pa el teléfono.

—¿Y qué dijo?

—Casi na... Habló muy poco. Y al salir, le dio el dinero.

—¿Dinero?

—Sí —Ramón afirmó con la cabeza—, ¿no viste la comía que hay en casa?

—¿Le dio mucho?

—Mucho.

—¿Cuánto?

—Lo menos tres mil pesetas.

No pudo sonsacarle más y le dejó partir. Al llegar al Refugio, explicó lo ocurrido a Metralla.

—¿Qué diablos debe querer?

Su amigo reflexionó unos segundos, preocupado.

—No sé... En tu lugar, yo iría a su casa.

—La tía no hace más que seguirme. Me mira, y no dice ni pío.

—Hablando con ella, lo aclararás.

—A veces pienso que debe estar loca...

—Si tie tela, siempre podrás apañar algo.

—Estoy seguro de que me tiene tirria.

—En este caso, razón de más. Sabiendo donde paras, a lo mejor es capaz de denunciarte.

—¿Tú crees?

—Si tan chalá está...

—Tienes razón... Cada vez que la veo, me entra mucho miedo.

—Piensa en el viaje.

—Ya pienso.

—Si se va de la lengua, el día menos pensao tenemos la gripa en casa.

—Está bien. Iré.

—¿Cuándo?

—Cuando tú quieras.

—¿Mañana? —dijo Metralla.

—Bueno —murmuró Antonio—. Mañana.

Cuatro

Después de la Primera Comunión de Hombre-Gato, Cien Gramos desapareció durante tres días. Varios vecinos afirmaron haberlo visto borracho por las tabernas del barrio Chino, durmiendo la mona en una nasa, a la sombra de los tinglados o al final de las Ramblas, de palique, con una prostituta callejera. Lo único cierto era que el traje donado por los Padres se había esfumado con él y que, cuando al fin regresó, lo hizo ojeroso y sin un puto real en el bolsillo.

—La culpa es toa de Cinco Duros —masculló—. Yo quería ir al muelle a descargar y él me lió a beber y beber y no paró hasta hacerme agarrar una tranca. Es un falso hermano... Un mal amigo...

Hombre-Gato estaba acostumbrado a esta clase de huidas y, al igual que su madre, no les daba demasiada importancia. Las relaciones de su padre con Cinco Duros eran siempre movidas, jalonadas de riñas feroces y reconciliaciones inesperadas. Durante semanas enteras coexistían sin dirigirse la palabra y el día menos pensado se abrazaban, como si nada hubiera ocurrido.

—Jamás en la vida le volveré a hablar —prometió—. Lo que es esta vez, va de veras.

Como los capataces del muelle no querían saber más de él, volvió a tomar, provisionalmente, su antiguo empleo de arriero. Subido en un volquete, transportaba tierra y escombros de la estación a la playa. Con gran sorpresa del niño, comenzó a regresar a casa a la hora de la cena, y la víspera de San Juan, en un arranque magnánimo, le regaló el dinero de la hucha.

—Toma —le dijo—. Pa que te diviertas.

Aupándose los calzones, Hombre-Gato se encaminó hacia la explanada. Aunque apenas acababa de oscurecer, el cielo estaba ya surcado por millares de cohetes, que caían sobre la ciudad como una lluvia. En el barrio, la gente se perseguía por la calle echándose truenos y alguien hizo estallar en la colina un castillo de fuegos de Bengala.

Al pasar frente a la casa de Saturio, tropezó con Ramón. El hijo de Cinco Duros llevaba un simple taparrabos como él y, juntos, se detuvieron a observar los preparativos de la verbena. Delante de la chabola, Saturio había improvisado una pequeña pista de baile, con flámulas, gallardetes, faroles y serpentinas. Vestidos de Flechas, Mariano y Carlitos iban de un lado a otro muy tiesos, como ignorando la curiosidad que despertaban.

—No te jode... —dijo Ramón—. Parece como si les diera asco mirarnos.

—Y to, porque se van a vivir a un piso.

—El padre es un chupacirios.

—Deja... Lo mejor es no hacerles caso.

En la esquina había un puesto callejero y se compraron sombreritos de papel. A lo largo de la explanada ardían varias fogatas. La ciudad empezaba a volcarse hacia el

mar y en la playa había gran número de parejas. A menudo, Hombre-Gato y su amigo se deslizaban en la oscuridad para espiar. Hombres y mujeres, viejos y chicos, acoplaban sus cuerpos hasta fundirse y huían despavoridos de los brochazos de luz de las linternas de los guardias.

El día de San Juan del año anterior, la playa había amanecido cubierta de preservativos. El trapero de la calle Marina los pagaba a real y Hombre-Gato y Ramón ganaron más de cien pesetas. Pero, últimamente, la gripa daba grandes batidas y el bidón partía hacia comisaría abarrotado de culpables.

—Veremos qué tal se nos da este año —dijo Hombre-Gato, señalando la playa.

—Mi hermano ha ío al otro lao de la cloaca y me ha dicho que to estaba lleno.

—Mañana me levanto a las seis... Si quies, te paso a buscar por casa.

Cansados de brincar en torno a los fuegos, torcieron a la derecha. Los quioscos de bebidas estaban adornados con linternas de colores y la proximidad de los altavoces creaba un mejunje de músicas.

A medida que se acercaban a la Barceloneta, la animación aumentaba. Los merenderos estaban de bote en bote y el tiovivo giraba, brillante de luces. Americanos, turistas y parejas celebraban la fiesta en medio del traque de los cohetes, excitados por el penetrante olor de las cocinas y churrerías.

—Misié sil vu plé.

—Deme monei.

—Pesetas, míster.

Un camarero les amenazó con el brazo. Abriéndose camino entre la gente, huyeron a la plazuela. Hombre-Gato había colectado un duro; Ramón, solamente unos reales. Junto a la fuente había un corro de público e, intrigados, se acercaron a ver.

—Mira... Es Coral...

La chiquilla iba vestida de rojo, como para citar a un toro y acompañaba la guitarra del gitano con unas castañuelas. Su traje estaba húmedo, como si se hubiera bañado con él, y al bailar, se le adhería estrechamente al cuerpo.

Hombre-Gato contempló, absorto, sus hombros desnudos y la piel mate y oscura de sus piernas. Coral tenía las pestañas gruesas y rizadas, y sus ojos fulguraban como cristales. Entre baile y baile hacía sonar el platillo y, al verle, pasó desdeñosamente de largo.

—Los chavales a sus casas...

El niño metió las manos en los bolsillos para ocultar su turbación. En aquel momento hubiera dado media vida por estar un minuto a solas con ella. Coral reía enseñando unos dientes blanquísimos y, despechado, le arrojó todo su dinero.

—¡Eh!... ¿Estás lila?

Ramón le miraba boquiabierto y comenzó a maldecir lleno de furia.

Sin hacer ningún caso de él (el mundo había dejado de importarle, de golpe), Hombre Gato se fue a orinar a la primera callejuela.

La habían disfrazado de muñeca: una muñeca viva que decía papá y mamá y abría y cerraba los ojos oscuros, grandotes; tenía el cabello escarolado, como un campito de achicoria, y Fuensanta se había entretenido en adornarlo con cintajos de colores.

—Mirad —dijo Saturio—, ¿qué os parece?

La niña gateaba sobre la mesa con su trajecillo de seda, festonado de volantes. Sus labios estaban dibujados con una pizca de carmín, y las orejas desaparecían casi bajo los pétalos de dos claveles de trapo.

—¡Oh, qué monada! —exclamó Mercedes—. ¿Quién la ha vestido así?

—Yo —dijo Fuensanta.

—Pues te has lucido, chica... Parece una muñeca, ¿verdad, Manolo?

Manolo cogió a la niña entre los brazos y aplastó los labios contra su cara.

—¡Caray!... Lo que daría por tener una chavalita así.

—No la aprietes tanto, hijo —advirtió Mercedes—. La vas a pinchar con el bigote.

—¡Oh!; está acostumbrada —dijo Saturio—. Todo el día la tengo contra la boca.

—A mí, cuando era niña, no me gustaba.

—Cuando eras niña, quizá —dijo Manolo—. Pero lo que es ahora...

Fuensanta se dio un cachete en el muslo.

—Este Manolo... Tiene ca una...

—¡Uy! —hizo Mercedes—. Es más frescales...

—¿Frescales, yo?

—Sí, hijo —Mercedes se volvió hacia Fuensanta haciendo dengues—. En mi vida he visto persona con más barra.

—Oyéndola hablar, se diría que no le gusta el asunto. —La pequeña palpaba la cara de su tío e intentaba arrancarle el esparadrapo—. Pero, cuando está sola...

—¡Manolo!

—Sí, Manolo... —parodió él.

Fuensanta rió enseñando los dientes.

—Ya se sabe... Entre novios...

Mariano y Carlitos empezaron a removerse, celosos del éxito de su hermana. Su tío había noqueado a García ocho días antes y le admiraban con ojos redondos como faros.

—Ya va; ya va... —dijo, inclinándose para abrazarlos.

Los niños le saltaron al cuello y le cubrieron la cara de besos.

—Papá me enseña ya a boxear.

—A mí también.

—Ayer por la tarde le pegué un upercú.

—A Carlitos lo tumbé grogui.

—Jesús, qué murgones —se lamentó Fuensanta—, ¿no veis que le molestáis?

—¡Oh!; déjales —intervino Mercedes—. A Manolo le vuelven loco los críos.

—Espera a que tenga tres como nosotros y verás qué pronto se harta.

—Yo creo que no me cansaré nunca. A veces le digo a Manolo que me gustaría tener una docena...

Saturio acunaba a la niña entre sus brazos.

—Venid al comedor —propuso—; estaremos más cómodos.

Como las otras habitaciones de la casa, estaba adornado con serpentinas y flámulas. Sobre cada uno de los brazos de la lámpara había un acordeón de papel de diferente color.

—Papá —dijo Carlitos—, ¿cuándo echaremos los cohetes?

Saturio no respondió. En el aparador había seis fuentes de pasteles y una docena de botellas de vino de marca.

—Si os parece, podemos empezar a comer.

Mercedes, Manolo y los niños se acomodaron alrededor de la mesa. Adela, Paulino y sus seis primos habían prometido pasar a los postres.

—¿Les has enseñado el plano del piso? —dijo Saturio a su mujer.

Fuensanta se fue a la habitación, a buscarlo.

—¿Cuándo os cambiáis? —preguntó Mercedes.

—Al final del verano.

—Habéis tenido suerte... Sin traspaso es difícilísimo.

—El Padre Bueno se ha ocupado de todo.

Fuensanta volvió con el plano e hizo circular la bandeja. Todos comenzaron a comer, rápidamente. A través de la ventana se veía la estela luminosa de los cohetes. La noche estaba llena de explosiones de petardos y de tracas.

—Mirad —dijo Saturio, desplegando el plano.

Entre bocado y bocado detalló las diferentes comodidades del piso. Manolo había descorchado un par de botellas y Fuensanta llenó los vasos hasta el borde.

—Un piso así es lo que nos convendría a nosotros —dijo Mercedes bebiendo del suyo.

—¿Y aquel que debíais ver con Esteve...?

—Cuando telefoneamos ya estaba alquilado.

—Yo creí que era cosa hecha —dijo Saturio.

—Por culpa del administrador, no podemos casarnos.

—Eso ya lo veremos —dijo Manolo.

—Tú eres un iluso, hijo —Mercedes lanzó un suspiro—. Lo que es yo, he perdido ya la esperanza.

—Si no encontramos antes de agosto —dijo Manolo—, me caso por lo criminal.

—Si mamá nos dejara la mitad de su piso...

—Deja a tu madre en paz... Si no tengo casa mía, prefiero vivir en la calle.

—Los perros tienen menos problemas —rió Fuensanta—. En un solar, o una esquina, y colorín colorado.

—Pues me parece que voy a hacer igual. —Manolo apuró el vino de un trago—.

Como el patrón no me lo arregle el mes próximo...

—Aunque hablaras en serio —observó Mercedes—, tampoco avanzarías nada forzando las cosas.

—Claro que avanzaría... Al menos no iría to el día como ahora: más caliente que un gato...

—Y luego todo serían líos y quebraderos de cabeza —repuso Mercedes—. Yo, francamente, prefiero tener un poco de paciencia y ver si, a fin de año...

—Tienes razón, hija —dijo Fuensanta—. A los hombres hay que tenerlos un poco a raya... Si les damos to antes de altanarnos, a lo mejor cambian luego de idea.

—Yo soy un hombre de honor —protestó Manolo—. Cuando hago un mal lo reparo.

—Esto ya lo sé, bichito —dijo Mercedes—. Pero, qué quieres... Las reparaciones no me gustan.

—Las mujeres deben casarse enteras —dijo Fuensanta.

—Pronto hará año y medio que festeamos —gruñó Manolo—, y empiezo a tener cargaos los riñones.

—Cuanto más se espera una cosa, más ilusión hace —aseguró Mercedes.

—Mi Saturio me tuvo que aguardar cuatro años.

—Hay gente que tie más aguante que otra —dijo Manolo.

—Si crees que es menos que tú, te equivocas —protestó Fuensanta—. Mi chato tiene uno de esos temperamentos que, bueno...

—¿Lo ves? —dijo Mercedes haciendo un mohín—. Cuando se quiere de verdad a una mujer, se la espera.

—Mi esfuerzo me costó —dijo Saturio.

—Bastante te has desquitao después, chato...

—Eso es lo que le digo yo a Manolo... Luego se atrapa uno, y en paces.

—Si te sale como él, te aseguro que te hará trotar toa la noche.

—El matrimonio es para esto.

—Después de casados —dijo Mercedes acariciando a Manolo con mimo—, todo lo que tú quieras.

—Sí, señor —apoyó Fuensanta—. Entretanto, hay que aguantarse.

Los emparedados desaparecían con rapidez y Saturio descorchó otras dos botellas.

—Papá... —suplicó Carlitos—. Vamos a echar los cohetes...

—Anda, sí —dijo Fuensanta—; cuanto antes lo hagas, más pronto irán a la cama.

—¿Lo habéis oído? —preguntó Saturio—. Cuando llegue Adela os iréis a acostar.

—Ven con nosotros, tío —dijo Mariano, agarrando a Manolo de la manga.

—Mercedes y yo nos quedamos aquí —dijo Fuensanta con la boca llena.

—Me llevo a la pequeña —advirtió Saturio.

—Cuidao; que no se queme con los cohetes. Son peligrosos.

—Ya vigilaré, mujer.

—Cuando encendamos las ruedas, os avisaremos —prometió Mariano.

Los fuegos estaban embalados en una enorme caja de cartón. Mientras Saturio la abría, Mariano y Carlitos se inclinaron a mirar con avidez. Con sumo cuidado, su padre les fue enseñando uno a uno los diferentes tesoros: volcanes japoneses que, al explotar, esparcían una lluvia de juguetes; girándulas que volteaban con un remolino de luces de colores; había también cohetes, finos como tallos de trigo, y mixtos, como velitas de árbol de Navidad; el fondo de la caja contenía un paquete de truenos, envueltos en papeles brillantes, lo mismo que bombones...

—Enciende las ruedas —dijo Carlitos.

—No. Los volcanes.

—Las ruedas primero.

—Si continuáis discutiendo, os mando a los dos a la cama.

Ante la amenaza de quedarse sin fiesta, dejaron de pelear. Saturio les enseñó a encender los mixtos y entregó a cada uno un montoncillo de petardos.

—Volved dentro de un minuto —dijo.

Mariano y Carlitos desaparecieron en la noche, dando chillidos. Un río de gente bulliciosa atravesaba el barrio en dirección a la Barceloneta. Mientras Manolo ligaba entre sí las girándulas, Saturio las clavó en el poste del alumbrado. Al acabar, esperó a que regresaran los niños y encendió la mecha.

En medio de gran estruendo, las ruedas se pusieron a girar como hélices. Prevenidas por los gritos de Mariano, las mujeres se asomaron a ver. Fuensanta llevaba a Mercedes cogida por la cintura y las dos titubeaban, como si estuvieran borrachas.

Manolo había tomado a su sobrina entre los brazos y la niña hacía muecas de contento y agitaba las manitas. Apagadas las ruedas, Saturio encendió los volcanes japoneses, los cohetes y las bengalas.

Luego, la provisión de fuegos se extinguió y el farol de la calle volvió a brillar como antes. Cabizbajos, regresaron al comedor. Mariano y Carlitos tenían cara de sueño y Saturio los mandó a dormir a su cuarto.

Inmóvil en el umbral de la puerta, la pequeña miraba la noche, encantada.

—¿Adónde vas?

—A dar una vuelta.

—¿Puedo ir contigo?

Su amigo se encogió de hombros como diciendo: «como tú quieras». El Gitano y los otros habían salido de bureo durante su ausencia y Antonio contempló con aprensión el rostro duro, colérico, de Metralla.

Desde que había dejado de coleccionar para la Cruzada, su amigo le hablaba a menudo con malhumor. Durante toda la tarde, Antonio había permanecido en el piso de Costa. La mujer del imaginero le tomó las medidas para hacerle un vestido y,

aunque por dos veces se quedó solo en la habitación, el niño no se atrevió a registrar el bolso que guardaba debajo de la cama.

—Mañana probaré otra vez —prometió.

Metralla había vaciado en su cabeza un frasco de colonia y se peinaba cuidadosamente las ondas delante del espejo.

—Si to los días lo dejás pa mañana, no nos embarcaremos ni en el año dos mil.

—Estoy seguro de que es espía —dijo Antonio—. Cuando se va, tengo la impresión de que me guipa por un agujero...

—Ayer dijiste lo mismo, vida... Si no te decides de buenas buenas, nos va a crecer la barba...

Al fin, apiadándose de sus lágrimas, Metralla aceptó llevarlo con él. Antonio se lavó y peinó también frente al espejuelo, cuando su amigo le hizo la señal de partir, le siguió lleno de excitación.

Era la última vez que iba de verbena antes de emprender el viaje y experimentó, de golpe, una agradable sensación de despego. El espectáculo de los fuegos surcando la noche le fascinaba. Como ignorando su decisión, la ciudad mostraba su rostro alegre y familiar de costumbre. Pero el año próximo Antonio ya no estaría allí, y la víspera de San Juan y su vida entera transcurrirían en tierra extraña.

—Es curioso —dijo—. Este año es la última vez que veo los fuegos y, sin embargo, no siento absolutamente nada...

—¿Qué coño quieres sentir?

—No sé... —Antonio tragó saliva al hablar—. Dicen que cuando uno deja su país está triste y tiene deseos de llorar... Yo no. Creo que cuando llegue a América no volveré a acordarme jamás de esto... Como de una pesadilla en el momento de despertarse...

Manifestando sus pensamientos en voz alta, les daba forma y consistencia; como si, abandonando su estado de proyectos, se transformaran mágicamente en realidades.

—Tengo la sensación de que olvidaré mi familia y el barrio... De que todo empezará a contar, a partir del viaje...

Bordeando la playa junto a los merenderos, llegaron a la Barceloneta. Metralla había comprado varias docenas de buscapiés y, sin escucharle, se entretenía en arrojarlos a los pies de las muchachas.

—A veces pienso que no he empezado a vivir de verdad —dijo el niño aún—. La vida no puede ser eso... En América...

Mientras recorrían el Paseo había bebido varios chatos de vino y se sintió, de repente, incapaz de decir palabra. Metralla había topado con un grupo de amigos y, como un sonámbulo, se embarcó con ellos en taxi.

(Luces y ruidos de explosiones, faroles y bailes populares, formaban un revoltillo en su cabeza. El cielo rojeaba como alumbrado por un incendio y la ciudad parecía pasto de las llamas.)

Sin saber cómo, se encontró en el barrio Chino. Alguien le había plantado un fez

en la coronilla y su cerebro daba vueltas, lo mismo que un trompo.

Un gitano llevaba una guitarra en bandolera y los otros coreaban su canción con voz ronca:

*Toíto te lo consiento
Menos faltarle a mi madre...*

Antonio intentó, en vano, hacerse oír por su amigo. Metralla caminaba haciendo eses y no parecía acordarse de él. En un momento dado todos entraron en un zaguán iluminado con un farolillo de color. Antonio quiso seguirles también, pero un hombre se interpuso delante.

—Los chavales no pueden pasar —dijo.

Desconcertado, el niño miró los grupos de hombres que entraban y salían. En el portal había pintada una sirena y un cartelito prevenía: prohibido a los menores de dieciocho años. Aprovechando un momento de barullo, intentó colarse de nuevo, pero el portero le amenazó con el brazo.

—Fuera de ahí, he dicho.

Indeciso (la frente le pesaba como una losa), erró de grupo en grupo, preguntando:

—¿Qué hay, dentro?

Pero nadie le prestaba atención y el único en hacerlo (un hombre tocado con una caperuza de papel, sujeta al mentón con una cinta) se echó a reír y dibujó un incomprensible ademán con la mano.

Sin saber qué hacer, se sentó en el bordillo de la acera. La gente pasaba delante de él dando voces y su alegría le inundó los ojos de lágrimas. Rodeado del júbilo de los otros se sentía solitario, excluido. Durante largo rato observó el zaguán por donde había desaparecido Metralla. Le parecía imposible que su amigo le hubiera olvidado así como así. Ardientemente, deseó verlo surgir tras la puerta: «Vaya susto me has dao, chico... Creí que habías entrao con nosotros...». Sin duda, no se había dado cuenta aún de su ausencia y, al salir, lo llevaría a beber con él a alguna tasca...

Sentía el cuerpo como acorchado y se durmió. Al despertar, los petardos retumbaban en toda la calle y la gente se aglomeraba todavía en los portales de las casas. Estregándose los ojos, se puso de pie. Su reloj señalaba las dos y diez. Metralla debía de haberse ido sin verle. Encontrarlo, era buscar una aguja en un pajar.

Desalentado, cortó por Conde del Asalto hasta las Ramblas. A medida que avanzaba la verbena, la gente afluía hacia el puerto y los escasos tranvías que circulaban bajaban abarrotados. Antonio se subió en el tope de uno y se hizo depositar frente a los muelles.

Tratando de poner sus ideas en orden, se sentó en una esquina a reflexionar. La alegría ruidosa de los otros le daba náuseas. A una docena de metros descubrió a otra persona, acucillada en el suelo como él. La muchacha tenía el cabello revuelto y, con ademanes bruscos, se esforzaba en peinarlo.

Alrededor, caían las chispas de los cohetes. Imantado, Antonio se puso de pie y fue hacia ella. Coral seguía sin verle (ajena también al mundo), y se acomodó silenciosamente a su lado.

—¿Qué haces? ¿De dónde vienes?

—Me había sentado allí, en la esquina, y me ha parecido que eras tú.

—Estoy borracha —explicó Coral. Le mostró una botella de champán casi vacía—. Me la he bebido yo sola.

—También yo he bebido mucho —dijo él.

—¿Sí? —La chiquilla le miró, como asegurándose de que no la engañaba—. Pues no te preocupes... Todavía tengo otra.

—Metralla me ha hecho pipiar como una cuba.

—¿Metralla? ¿Dónde está?

—No sé... Había salido con él y lo he perdido de vista.

Coral hizo un ademán con los hombros, como diciendo: no tiene ninguna importancia.

—¿Quieres burbujas de esas? —preguntó, alargándole la botella.

—Debe subirse a la cabeza, ¿no?

—¿Y qué? ¿Acaso no es San Juan?

—Sí... Es verdad.

Antonio bebió un sorbo y se atragantó.

—A veces me haces reír —dijo ella.

—Es la primera vez que lo pruebo.

—Tú no has probao nunca na...

Iluminada por los fuegos, su piel parecía más cobriza que nunca y sus dientecillos, más blancos.

—¿Te gusta la verbena?

—Sí.

—A mí me chifla. —Dejando la botella en tierra hizo una castañeta con los dedos—. He estao bailando durante toa la noche...

—¿Dónde?

—Por ahí... La gente me echaba perras...

—Yo me he pateado ya las mías —dijo el niño.

Como si no hubiera oído, Coral le señaló un hombre, parado a una quincena de metros.

—Hace más de media hora que se me está timando —rió bajito.

—¿Qué quiere?

—Ya lo pues suponer... Lo que tos.

Antonio volvió la cabeza con interés: vestido con traje de verano color azul, el hombre llevaba el cuello de la camisa abierto y la corbata ladeada.

—¿Dónde vas a sornar? —dijo ella, de pronto.

—No sé... —La idea de regresar al Refugio, sin su amigo, le asustaba—. En

cualquier sitio...

—Yo no quiero dormir en casa. Estoy harta de oír roncar a la vieja.

—En esta época se está mejor al raso.

—Yo conozco un lugar de buten... Si te parece, podemos tumbarnos juntos.

—Bueno —aceptó él.

Al incorporarse, Coral se alisó los pliegues del traje. Mientras Antonio cogía la segunda botella de champán, agarró la primera y la estrelló contra una ruinoso pared de adobes.

—¿Vamos?

—Vamos.

Tratando de despistar al mirón, se mezclaron a un grupo de borrachos. La playa estaba llena de gente que bebía. En la explanada ardían varias fogatas y una pandilla de gamberros corría junto al mar dando gritos.

Al llegar frente a la tasca del Maño, torcieron por una callejuela lateral. Coral le llevaba cogido de la mano y Antonio sentía la presión de sus dedos; secos y tibios. A medida que avanzaba, la fiesta parecía alejarse de ellos. Los escasos postes del alumbrado brillaban tristemente y un perro les siguió durante un trecho ladrando.

«NI UN HOGAR SIN LUM...» El muro del ferrocarril estaba cuarteado y se colaron en la estación por un boquete. Una enorme explanada de vagones dormitaba a la luz de la luna. Amortiguado por el lejano traque de los fuegos se oía el silbido de una locomotora y una pequeña gota de luz señalaba la vivienda del guardaguasas.

—Por aquí —guió la niña.

La hierba había invadido las vías sin balastar y los vagones parecían reposar desde hacía siglos. Con gran sorpresa, Antonio descubrió que muchos estaban habitados. Una parra silvestre trepaba por la torrecita de uno de ellos y, dentro de otro, percibió el monótono llanto de un crío.

Coral se detuvo ante un tren de mercancías, cuya cabeza se perdía en la distancia. Después de vacilar unos segundos, se encaramó en una batea y le ayudó a subir. El vagón estaba lleno de paja y ella se estiró, suspirando.

—Ven aquí, Ojos Lindos.

Antonio se recostó, sin soltar la botella de champán.

—Antes de encontrar el Refugio —explicó Coral—, Metralla vivía aquí, conmigo.

El niño no dijo nada. Una bengala multicolor acababa de estallar en la noche y desgranaba sobre ellos una llovizna de chispas.

—El sitio es bueno y se pue hacerlo con calma.

—¿Hacer?

—¡Ah! —rió Coral—. Olvidaba que eras virguito. Incorporándose con brusquedad, atrajo su cabeza hacia ella.

—Con una cholla tan bonita como la tuya, es un crimen.

Inesperadamente, Antonio sintió el roce de sus labios, el frescor húmedo de su

lengua...

—No la cierres, caray... No voy a morderte.

El niño la dejó hacer, con el corazón palpitante. Coral le había pasado un brazo en torno al cuello y, con la otra mano, le acariciaba suavemente la cadera.

Durante cerca de un minuto permanecieron abrazados, besándose. De pronto, la niña le rechazó y cogió la botella de champán.

—Bebamos antes —propuso.

Antonio ladeó la cabeza, sin atreverse a mirarla. Tenía la mano crispada sobre los pliegues de su traje y, lleno de estupor, descubrió que estaba húmeda.

—¿Te has bañado vestida?

—Sí. La ropa, al secarse, se pega bien al cuerpo... Fue Metralla quien me enseñó.

—¿Metralla?

—¿No has visto cómo lleva los pantalones? —rió—. Cuando anda, parece que vaya en cueros.

Había golpeado la botella contra el borde del vagón y el champán se elevó, como un surtidor de espuma.

—Hala, trinca...

Antonio bebió a pequeños sorbos, temiendo atragantarse de nuevo.

—¿Te gusta? —preguntó Coral.

—Pica mucho...

Ella se sirvió una buena ración, haciendo caño con los dedos.

—Es la mejor marca que hay. Me ha costao doce duros.

—Pásamela otra vez.

—Fila al cogerla... Si te amorras así, pues herirte.

Antonio repitió, tendido sobre la paja. La cabeza volvía a girarle deliciosamente y sentía el cuerpo hueco, como de esponja.

—Éste es el último San Juan que paso aquí —confió.

—¿El último? ¿Por qué el último?

—El año que viene ya no estaré en España.

—¿Te vas? —Coral bebió a su vez, de la botella—. ¿Adónde?

—No sé... A América.

—¿Por qué?

—Aquí no ocurre nunca nada... Todos los días es lo mismo.

La muchacha deslizaba la mano sobre su cuerpo. Sus dedos se habían detenido en la hebilla del cinturón y comenzaron a estirar sus pantalones hacia abajo.

—¿Qué haces?

En lugar de responderle, Coral le alzó la cabeza y le dio de beber. Acodado en la paja, Antonio examinó con angustia su propio vientre desnudo.

—No tengas miedo.

—No.

—Tú no te muevas. Lo haré to yo.

—Sí.

—Estírate así... Como si durmieras...

La obedeció. Los ojos se le cerraban de sueño y sus párpados se poblaron de estrellitas. En sordina, escuchó la explosión de los fuegos... La locomotora emitió un nuevo silbido...

—Nos movemos —advirtió, de repente.

—Es el tren —susurró ella—. Se ha puesto en marcha.

—Viajamos... Nos vamos de Barcelona.

—Lejos... Muy lejos... —La mano de Coral se había escurrido entre sus muslos y le acariciaba suavemente el pene—: ¿Tienes miedo?

—No —dijo él, tragando saliva—. No. No.

—Dime que te gusta.

—Sí.

—Así... Ponte encima mío.

Los postes se acercaban y retrocedían, se acercaban y volvían a retroceder; los fuegos dibujaban arabescos en la noche; la locomotora soplaba, resollaba...

Y, de golpe, todo desapareció y Antonio se encontró en Venezuela (convertido en Sabater) y en Texas (temido con el Mula). Metralla era un bandido famoso, como él, y los dos se habían hecho inmensamente ricos.

Mezclados sus cuerpos entre la paja (el viaje sólo había durado unos minutos), el alba les sorprendió a los dos borrachos, profundamente dormidos.

El vino se había agotado al fin y en la bandeja apenas sobraban pastas. Saturio abrió el armario de la cocina e inspeccionó al trasluz las botellas. Descontando la nueva caja de CocaCola, sólo había medio litro de pipermin y un frasco de vino pequeño.

—No he encontrado nada más —explicó.

—¡Oh, no te preocupes! —dijo Adela—. Con eso basta.

—Cuando se va alumbrao —dijo Paulino—, lo mismo da una cosa que otra.

—Sí —coreó el primo enanito—. Aunque me den alcohol de quemar me lo trago.

Estaban sentados en círculo, cada uno con su gorrito de papel y, como buscando calor, sus cuerpos se rozaban.

—¿Qué prefieres? —dijo Saturio a Paulino—. ¿Málaga, o pipermin?

—Igual da... Echa una miaja de menta.

Fuensanta se volvió, riendo, hacia los otros.

—Se nota que esta noche quie trabajar.

—¿Trabajar? —Paulino ponía cara de asombro.

—El pipermin va muy bien pa el asunto —aclaró ella.

—¿Ah, sí? —exclamó Mercedes—. No lo sabía.

—Yo tampoco sé na... Pero eso dicen.

—Conozco a un viejo que lo toma to los días —dijo Manolo.

—Mi Paulino no lo necesita —protestó Adela—. Más bien le hace falta lo contrario.

—A mi chato también.

—Yo creo que, en nuestra tierra, no somos como los otros —opinó Manolo—. Si no tenemos un buen cacho al alcance de la mano...

—Cuando hacía la mili —dijo Saturio—, nos echaban polvos en la comida.

—¿Polvos? ¿Pa qué?

—Pues pa eso... Pa dormir el asunto.

—Esto está muy bien —aprobó Mercedes—. Todos los solteros deberían tomarlos.

—Me gustaría saber qué coño haríais las mujeres, entonces.

—Esperar —repuso, coqueta, Mercedes—. Hasta el momento de casarnos.

—Entonces nadie querría a nadie —dijo Adela—. El mundo ya no sería el mundo.

—A lo mejor, con tanto polvo de ése —dijo un primo—, se quedaba dormío pa siempre.

—¡Uy! —exclamó Fuensanta—. Que a nadie se le ocurra dar un filtro así a mi Saturio.

Estaba sentada en sus rodillas y, con movimiento brusco, le echó los brazos al cuello y le besó furiosamente los labios.

—Quita, mujer... Déjalo pa luego.

Bajo el minúsculo sombrero cordobés, Fuensanta tenía el rostro congestionado.

—Entre marío y mujer, to está permitió.

—Claro que sí —dijo Paulino—. También a mí me gusta besar a mi gata. —Y así lo hizo en medio de la risa de todos.

—Lo que es a mi Manolo, no le dejo probar ni una gota de ese mejunje —aseguró Mercedes.

—Eso, eso —dijo el primo carro—. Que los solteros no beban.

—Sólo los casaos —rió Adela—. Los casaos y sus mujeres.

—Sí; qué carajo... Hoy es San Juan; hay que celebrarlo...

De mano en mano, la botella dio vuelta a la mesa. La radio estaba encendida a toda potencia y una mujer cantaba Amor, Amor a voz en grito.

—¿Bailamos? —propuso Paulino.

—Yo no... Prefiero estar en las rodillas de mi chato.

—Hace demasiado calor —dijo Mercedes.

—Yo tengo sudá la entrepierna.

—Contemos chistes, entonces.

—Eso —aprobó Adela.

—¿Quién sabe?

—Manolo los dice con mucha gracia.

—¡Uy! —hizo Mercedes, melindrosa—. Me tendré que tapar los oídos.

—¿Taparte los oídos? ¿Por qué?

—Si los cuentas tú, me figuro que deben de ser verdes.

—¿Y qué? —repuso Manolo—. Mira Adela y Fuensanta... ¿No son mujeres como tú?

—Ellas es diferente: están casadas.

—Casás o solteras. Es lo mismo.

—Hoy día, las solteras lo oyen to.

—Sí —dijo Fuensanta—. Lo que no deja señales, no cuenta.

El pipermín se había agotado al dar la vuelta y Manolo hizo circular el frasco de Málaga.

—Anda, te escuchamos —dijo Paulino.

Manolo se quitó el fez de papel, como si le impidiera reflexionar.

—¿Conocéis el de la casá que va a ver al médico?

Todos dijeron que no.

—Un día, una mujer de bandera...

Con voz pausada, desarrolló las incidencias de la historia y aguardó a que todos rieran para reír también.

—¡Ay, me muero! —tartajeó Mercedes, apretándose las costillas.

—Este Manolo, tiene una chispa...

—Yo lo conocía; pero de otra manera.

—Yo también; pero así es mucho mejor.

—¿Conocéis la de la jirafa y el mico? —encadenó Manolo.

—No —dijo Fuensanta, eructando—. Anda, cuenta...

—Espera —le cortó Paulino—. Voy a buscar un vaso de agua.

—Coge una botella de CocaCola —dijo Saturio—. He puesto a refrescar unas cuantas junto a la puerta.

—Traéme una pa mí —dijo el enanito.

—Y otra pa mí.

—Y pa mí.

—Aguarda —dijo Adela—. Voy a ayudarte a llevarlas.

Tambaleándose, con los sombreritos ladeados, se dirigieron a la entrada. Una traca explotaba en algún lugar del barrio y Fuensanta puso la radio más fuerte.

—Luego os contaré uno muy verde —prometió, después de una pausa.

Y apenas había acabado de hablar, cuando resonó un horrible grito. Adela entró en el comedor desencajada y todos se pusieron de pie, como títeres.

—¿Qué ocurre?

—La niña...

—¿Qué?

—La niña...

—¡Dios mío!

Un calambre le sacudió el cuerpo, como un zurriagazo, y Saturio se abalanzó a la

puerta. Al levantarse había empujado violentamente la mesa, y las botellas vacías y los vasos rodaron por el suelo con estrépito.

—Dejadme.

Todos querían salir al mismo tiempo que él y tuvo que abrirse paso a codazos. Adela farfullaba aún: «La niña, la niña» y, por un momento, creyó que el corazón iba a parársele. Paulino se había hincado de rodillas junto a la caja de los fuegos y, al llegar él, le miró con ojos vidriosos, extraviados.

—Estaba en el suelo —balbuceó, como idiota—. Cuando la vimos, estaba toa encogía.

Saturio la tomó entre los brazos y la acercó a la luz: la pequeña tenía las mejillas amoratadas y los labios llenos de espuma. De vez en cuando los movía, como si tuviera sed, y un temblor extraño agitaba los músculos de la cara.

Como en una pesadilla, cerró los ojos, tratando, vanamente, de despertar. El alcohol le pesaba en el estómago lo mismo que un ladrillo y, sin soltar la niña, se inclinó a vomitar sobre el cajón de CocaCola.

Veía las caras blancas de los otros y sus ojos y sus bocas abiertas, sin percibir una sola palabra. Sus oídos hacían ZU-ZU-ZU y, como cloroformizado, contempló el cuerpo rígido, desvanecido de su mujer.

—Se ha tragao la pólvora de un petardo —escuchó.

—Mira... Allí está el papel.

—Se lo ha metió en la boca creyendo que era un dulce...

La niña estaba morada como un lirio. Los rizos de su cabeza llevaban aún las cintas de adorno y sus orejitas, los claveles de trapo. Parecía una muñeca: una muñeca pintarrajeada y vieja, con los ojos redondos como canicas y los brazos inertes y blancos.

—Está envenená...

—Hay que hacer algo.

—Abanicarla; pa que le dé el aire.

—Darle un vasico de agua...

—Buscar un médico...

—Llevarla al dispensario...

Manolo, Mercedes y los otros se bamboleaban borrachos, con los rostros lívidos bajo los gorritos. La casa era un campo de batalla, grotescamente vestido de fiesta. Las serpentinas se mecían al viento, como enredaderas segadas y sin vida, y los farolillos de colores, las bañaban de una luz irreal, burlona.

De golpe, todo aquel decorado cruel pareció desvanecerse y Saturio se sintió correr, con la niña ovillada entre los brazos. Alguien (¿Manolo?) se había lanzado tras él, mientras los cohetes y los fuegos, las girándulas y las tracas guiñaban y chispeaban a su alrededor, y gentes tocadas con sombreritos semejantes al suyo le cortaban el paso con risas como cuchillos y le arrojaban puñados de confeti a la cara.

—¡Dios, Dios, Dios!...

Lo repetía entre dientes, con súplica, con desesperación y con rabia, sintiendo el cuerpecillo disfrazado de la niña contra el suyo, herido por la alegría de los otros, sin saber bien a dónde le llevaban sus pasos.

—El dispensario —aulló—. ¿Dónde está el dispensario?

Los rostros parecían flotar en el aire, pintados e inexpresivos como caretas y, antes de que tuviera tiempo de oír, se hundían en la noche, como aspirados. La chiquilla seguía con los ojos abiertos y, sin dejar de correr, le chupó la baba de la boca.

—Se muere —bisbiseó—. Hay que salvarla...

Nadie daba señales de comprender y giró sobre los talones, como una peonza. Las fogatas se reflejaban de modo atroz en la cara de la gente. Alevemente, inventaban guiños de burla, risas malignas, visajes...

—Hijos de puta... —gritó—. Así os parta un rayo a todos...

Luego, sin transición, se encontró sentado en el suelo, riendo a carcajadas. El gorrito de papel le había caído y brillaba en el asfalto, como una flor. En torno de él, había un corro de curiosos y un joven con gafas auscultaba a la pequeña.

—Hay que salvarla —repitió entre hipo e hipo—. Salvarla... Salvarla...

Un hombre vino, con una bata blanca, y se llevó en la ambulancia el cuerpo de la muerta.

Habían montado el féretro sobre la mesa del comedor. El cuerpecito de la niña reposaba en un ataúd de madera. La caja no era mucho mayor que una caja de muñecas y flotaba en medio de un mar de pétalos, enteramente pintada de blanco.

La pequeña conservaba su atavío de verbena: su traje de bailarina, sus adornos de cinta y sus collares. Fuensanta le había teñido las mejillas con dos ruedas de colorete y dibujado en la boca un minúsculo corazón de carmín. Los cabellos estaban peinados con mimo, formando madeja y, delicadamente unidas sobre el pecho, las manitas sostenían una orquídea de trapo.

La chabola exhibía aún los vestigios de la fiesta. A la entrada, el viento ondeaba las flámulas y gallardetes, las serpentinas colgaban como bejucos de los rincones y las bombillas lucían sus farolitos de papel. La casa estaba llena de gente que entraba y salía, se detenía a mirar a la niña, se acercaba a los padres y les estrechaba la mano.

—Le acompaño en el sentimiento.

Saturio daba mecánicamente las gracias. Enteramente vestido de negro, tenía el rostro surcado de arrugas, como si hubiera envejecido en una noche. A su lado, Fuensanta lloraba y ocultaba la cara en el pañuelo. Manolo, Mercedes, Adela y Paulino se abanicaban y suspiraban. Hacía un calor infernal y el aire estaba estancado. Con el rostro sudoroso, contemplaban el ataúd, en silencio.

—Parece un angelico —susurró alguien.

—No le falta más que las alas.

—El Señor la ha querío pa Él.

—Siempre se lleva a los mejores.

Los niños iban de un lado a otro con gran solemnidad. Carlitos desempeñaba su papel de anfitrión y ofrecía de beber a todo el mundo.

—¿Qué prefiere? ¿Gaseosa, o CocaCola?

Cinco Duros aceptó una CocaCola. Con la botella en la mano, observaba la escena, afligido. De vez en cuando, con el rabillo del ojo, espiaba a la gente de la entrada, acechando la llegada de Cien Gramos.

—Es un escándalo —susurró a la oreja de Evaristo—. Apuesto algo a que también ha ío al trabajo...

De pronto, en el vestíbulo se elevó un coro de voces y la gente se apartó para dejar paso al cura. El Padre tenía la cara empapada, como salida de la ducha, y se enjugó el sudor con la mano, antes de abrazar a la familia.

—Resignación —murmuraba resollando—. Hay que aceptar la Voluntad de Dios...

Uno tras otro, se volvieron a sentar. El sol golpeaba fuerte sobre el delgado techo de la barraca y los pétalos de las flores se abarquillaban, marchitos y amarillos.

—Jesús. Qué calor.

—Qué ahogo.

—Beba una CocaCola, Padre.

—Gracias... Páseme antes el abanico.

Fuensanta rompió a llorar de nuevo, con el rostro oculto entre las manos.

—En el fondo es más feliz que tos, mujer —consoló Adela.

—Sí. Al menos ha dejao de sufrir.

—Desde el cielo debe de estarnos mirando.

Una nube de moscas remolineaban junto al cadáver y, piadosamente, Mercedes se esforzaba en espantarlas. Manolo vaciaba a pequeños sorbos la botella de CocaCola y el Padre oraba o dormía con los ojos entornados.

—Se nace pa morir.

—No somos na.

—A tos nos llega el turno.

Las voces volvían a sonar en el vestíbulo y Cinco Duros se asomó a curiosear. Otro cura y dos monaguillos acababan de bajar de un furgón y examinaban con asombro las banderitas de la entrada.

—Ya están aquí...

—Ya han venío.

—Paso.

Dos empleados de la funeraria bajaron a recoger el ataúd. Desde la calle, Cinco Duros percibió los lloros de Fuensanta y las resignadas palabras del Padre.

—Mi criaturica... Se llevan a mi criaturica...

El cura dijo que el Señor enviaba las desgracias para poner al hombre a prueba y

recordó que la vida era, y sería siempre, un eterno Valle de Lágrimas.

Los empleados regresaron con la cajita de la niña y la metieron en el interior del furgón. El segundo cura y los monaguillos se situaron inmediatamente detrás. Saturio y los niños aguardaban, solemnes y rígidos, a la cabeza del cortejo. Cinco Duros se juntó al grupo de amigos. La comitiva se puso en marcha y el cura y los monaguillos empezaron a cantar.

Torciendo a la izquierda, por la primera travesía, se dirigieron hacia la carretera que bordeaba el muro del ferrocarril. El sol se vertía, sin piedad, sobre sus cabezas y un viento indócil levantaba remolinos de polvo que se pegaban, como ceniza, a la garganta.

El barrio entero había acudido a presenciar el entierro de la pequeña y, a cada paso, nuevos grupos de hombres y chiquillos se unían al cortejo mortuario. Cinco Duros divisó a su propia esposa y a Giner, a Emilio, y a la mujer de Cien Gramos.

El furgón avanzaba sorteando los relejes del camino y los monaguillos y el cura salmodiaban latines con voz cansada. Cinco Duros andaba con la mirada fija en las botas agujereadas de Evaristo e intentaba darse aire con la mano.

—¡Joder! ¡Qué calor!... En mi vía había pasao igual.

—Pues prepárese —dijo su vecino—. Que no ha hecho más que empezar.

—A mi mujer le han dicho que lo trae la bomba.

—Sí. Debe de ser cosa de los átomos...

Se acercaban al paso a nivel. Unos perros escuálidos hozaban a la orilla del camino y huyeron previsoramente al llegar ellos. Un olor dulzón, a podrido, les envolvió, de repente, asfixiándolos. Estaban en pleno centro del muladar y el chófer comenzó a tocar el claxon.

—¿Qué pasa?

Se detuvieron, polvorientos y sudorosos, aturdidos por el insoportable hedor de las basuras y el impacto despiadado del sol. El cura y los monaguillos cesaron de bisbisear sus latines, y todos contemplaron el negro furgón inmóvil y los ademanes coléricos de los empleados de la funeraria.

Un carro se había encallado en uno de los baches del camino: un carro cargado de arena hasta el borde de los adrales, cuyo jaco se obstinaba en no arrancar, sin hacer caso de las maldiciones y juramentos del hombre. Lleno de júbilo, Cinco Duros se separó del cortejo y corrió hacia él. Por el color de la camisa había reconocido al arriero. Era Cien Gramos.

—Déjenme a mí —gritó a los de la funeraria—. Yo me encargo...

El carro tenía rota una de las varas y su compañero había bajado el tentemozo. Con el rostro congestionado, tiraba de las riendas, esforzándose, vanamente, en sacar al caballo del bache.

—Quita de ahí de una vez —le conminó Cinco Duros—. Déjanos paso.

Sin responder, Cien Gramos dio un tirón a la muserola. El jaco pegó un respingo pero, con gran contento de Cinco Duros, continuó clavado en el sitio.

—No le ha bastao con no venir —explicó a los de la funeraria—; encima, quie sabotear el acto.

—Yo no saboteo ni entorpezco na —repuso, jadeante, su amigo—. Es el penco, que se ha encallao...

—Eso se lo cuentas a tu tía. —Cinco Duros elevó la voz, para hacerse oír por el cura—. Si de verdá fuera un buen amigo, habría ío al entierro como tos... Pero él, no... Él se ha largao al trabajo...

—Tengo una familia a mi cargo —dijo Cien Gramos—. En casa no vivimos de limosna como en la tuya.

—¿Lo ven? —Cinco Duros se volvió hacia la comitiva—. No contento con cortarnos el paso, todavía nos insulta.

—Yo no corto el paso ni insulto a nadie.

—Calla... Por respeto al señor cura, aquí presente, al menos, calla...

—Eres tú quien me achuchas. Yo no te he buscao las pulgas pa na.

—Ustés son testigos de lo que dice...

—Mentira.

—Un corazón de piedra, esto es lo que eres... Burlarte así, después de una tragedia tan grande...

Cuando se dieron cuenta, el caballo había arrancado a caminar por sí solo, y el furgón, el cura, los monaguillos y el cortejo se perdían en la distancia.

Excitados por el sol, como borrachos, continuaron discutiendo, sin otros testigos que los perros hambrientos de las basuras y el melancólico jaco culpable del percance.

El bar tenía apagadas las luces y se dejó conducir por el Maño. La trastienda estaba a la izquierda del mostrador, disimulada por una cortina. Desde el umbral, comprobó con satisfacción que todos habían acudido a la cita: Emilio y Costa, el viejo y los estibadores. Sentados alrededor de la mesa, escuchaban atentamente la radio.

—Es el Delegado —explicó Emilio, guiñando un ojo.

El Maño fue a buscar otro vaso y lo llenó de tinto hasta el borde. El receptor emitía un sonido confuso, preámbulo obligado de las reuniones oficiales. Una marejada de voces repetía el Nombre a gritos y, como obedeciendo a una consigna, comenzaron a enmudecer poco a poco.

—Oigamos lo que dice —sonrió uno de los estibadores.

Giner se sentó en un escabel. Lo que Emilio contaba a su vuelta de Francia le había impresionado fuertemente y, por primera vez desde hacía muchos años, abrigaba de nuevo esperanzas. Una furiosa necesidad de actuar le espoleaba como un aguijón. Aquella velada íntima de amigos podía ser un primer paso, decisivo tal vez. Confrontando sus ideas unos con otros, quizás iba a salir de ella alguna resolución importante.

—«Camaradas Enlaces Sindicales —tronó la Voz—. Un saludo nada más, para no fatigaros, y porque además nos gusta ser más largos en obras que en palabras...»

El Maño fue a buscar otra bombona de vino y todos rompieron a hablar al mismo tiempo. La Voz que surgía de la radio parecía haberles puesto de buen humor y, sonriéndose unos a otros, hicieron chocar los vasos.

—¿Les has contado ya? —preguntó Giner.

—Un poco —dijo Emilio.

—Entonces, no tenemos más que empezar.

—Espera al Maño —dijo el estibador bajito.

Cuando el patrón regresó con la bombona, Emilio bajó el volumen del receptor.

—Hala, te escuchamos —dijo.

Giner se aclaró la garganta. La tarde anterior había escrito un largo discurso, que rompió antes de partir, abandonándose a la improvisación de la palabra.

Acodado en la mesa, sin mirar a nadie, comenzó a exponer las visiones que atormentaban sus noches de insomnio: la comunidad de los hombres con derechos y la de los que vivían hacinados en las barracas, el Centro y las Afueras...

El poder, el dinero, las bayonetas, la radio, los diarios —dijo— pertenecían a los hombres del Centro. Unos y otros tenían la misma apariencia física, pero sólo ellos eran hombres. Voraces, con una sed tan intensa que sorberían el mar y no quedarían hartos, monopolizaban la Verdad y la Dignidad, el Alma y la Conciencia, y los hombres de las Afueras no podían nada contra ellos porque les habían despojado, de todo, hasta del uso del habla...

—¿El uso del habla? —murmuró el estibador de los mostachos—. ¿En qué sentido?

Giner se enjugó el sudor de la frente. Lo que quería decir le parecía absolutamente claro pero, al traducirlo en palabras, la claridad se desvanecía. Él mismo se daba cuenta de que su discurso era confuso y no hallaba la manera de evitarlo.

... Los hombres del Centro, explicó, se habían apropiado el lenguaje de los hombres de las Afueras. Antes, las palabras eran como las monedas: había monedas verdaderas y monedas falsas. Ahora, sólo circulaban monedas falsas. Pan, Justicia, Hombre, habían perdido su significación. Eran nombres huecos, instrumentos al servicio de la mentira. Daba igual decir sí que no. Los hombres de las Afueras podían decir NO, que su NO siempre sería un sí. O decir SÍ, que su SÍ siempre sería un NO. Los hombres del Centro habían absorbido su vocabulario para esterilizarlo, trasplantándolo a un terreno yermo. La verdad no podía salir de su boca, como la hierba no crecía en el asfalto de sus aceras. Anchos de conciencia, estrechos de manga, su Pan no era Pan, su Hombre no era Hombre. Cada fórmula encerraba una ratonera; cada frase, una trampa... Y los hombres de las Afueras debían callar. No podían servirse del habla...

Giner se detuvo a tomar aliento y paseó la mirada por el rostro de sus amigos. Los

estibadores, Emilio y el Maño le observaban con atención. Evaristo trasegaba las colillas de un bote al otro. Sin abandonar su beatífica sonrisa, Costa aprobaba con ligeros movimientos de cabeza.

—Frente a ellos, estamos desnudos y sin voz... —prosiguió—. El combate es tan desigual que, muchas veces, os habréis dicho que no vale la pena recomenzar. Cinco, diez, quince años de esfuerzo os parecen más que suficiente y, puesto que sólo tenemos una vida...

—A mí me han cascao ya bastante —murmuró el tercer estibador—. Lo que es ahora, mi menda no sacará las castañas del fuego a nadie...

—También yo pensaba lo mismo —dijo Giner, pasando la observación por alto—. Día tras día, al entrar en casa, mi mujer me recordaba sus años de humillación y de hambre, y me había llegado a convencer de que todo era inútil...

—La gente está escarmentá —le interrumpió aún el hombre—. Después de lo ocurrió...

—... Pensaba incluso que la idea de Libertad era un engaño, puesto que nos había llevado a la catástrofe, a un verdadero callejón sin salida... Mirara donde mirare mi vida anterior, no veía más que desilusiones y espejismos... Y ayer, de pronto, mientras volvía del entierro, tuve como una intuición... Comprendí que mi vida no era inútil... Que, pese a las apariencias, tenía, no obstante, un sentido...

Se interrumpió acechando la reacción de sus compañeros. (Por la radio, la Voz proseguía: *«Vosotros implantaréis el reino de la paz porque sois nobles y porque, a través de la sangre de vuestros hijos y de los hijos de vuestros hijos, correrá el recuerdo de vuestros antiguos sufrimientos y de vuestra lucha victoriosa por el orden y la justicia social...»*.)

—Comprendí que mi fracaso, y el de todos vosotros, tenía un sentido, que nuestros esfuerzos no habían sido estériles y que podíamos y debíamos volver a empezar.

—¿Empezar? —preguntó el de los mostachos—. ¿A qué?

—A actuar —repuso él—. A discutir cada equis días como hoy y a trabajar en nuestras respectivas esferas, buscando el modo de unirnos.

Hubo un largo silencio atónito y Giner se desabrochó el cuello de la camisa.

—Una unión de este tipo, en estos momentos —opinó el estibador bajito—, me parece utópica.

—A mí también —admitió él—. Y, sin embargo, tenemos la obligación de intentarla.

Al levantar la vista, comprobó que sus amigos le observaban con una mezcla de decepción y estupor. Ausente de la conversación, Evaristo pasaba aún las colillas de un bote al otro. Costa mantenía su beatífica sonrisa.

—Yo creo —dijo haciendo un esfuerzo de concentración— que la utopía es lo que no hemos deseado con suficiente fuerza. —Las palabras volvían a traicionarle y buscó una fórmula más feliz—: Ayer, a la vuelta del cementerio, descubrí que

debíamos ser utópicos si queríamos que las cosas cambiaran. —Tenía la bombona al alcance de la mano y se llenó el vaso con precipitación—. La Unidad no se realizará jamás si no la pedimos en el momento en que es imposible —dijo de un tirón, después de beber—. Todos deseamos la Justicia, pero no la obtendremos nunca, si no la exigimos ahora, cuando, al hacerlo, sabemos que no querrán escucharnos.

—No te entiendo —dijo el estibador bajito.

—Pongamos un ejemplo. —Giner llenó otra vez el vaso y lo bebió—: Un hecho conocido: los derechos no se dan; hay que ganarlos. —Levantó la vista para asegurarse de que le seguían—. Pues bien. Esto es lo mismo. Para reclamar la libertad no hemos de esperar el momento en que nuestra reclamación sea factible, pues, para que sea factible un día, hay que pedirla ahora, cuando todavía es utópica.

—Creo que te comprendo —dijo Emilio, observándole con las cejas enarcadas.

—En otras palabras... Mientras volvía a casa, descubrí que debíamos ser utópicos, si queríamos ser eficaces. Y, en cuanto lo vi claro, todo cobró para mí un sentido...

Su mirada se detuvo unos instantes en el anuncio en colores de CocaCola. («*Camaradas —decía la Voz por la radio—, la empresa es dura, pero es propia de hombres bien glandulados, bien bregados en luchas viriles, como las que vosotros y vuestros padres, librasteis en las trincheras...»*)

—Todo... Mi fracaso y el vuestro... El de los hombres de las Afueras de todas las ciudades... La Primera República fue una empresa utópica y la Segunda también... Lo comprendí de repente: todo había sido hasta ahora imposible y, a pesar de ello, necesario. Y supe que no podíamos renunciar a la utopía porque, gracias a nuestros fracasos anteriores y a nuestros fracasos venideros, la República llegaría un día, y esta vez sería viable.

—To esto es muy complicaao —dijo el de los mostachos, rascándose la cabeza.

—Muy complicaao, y muy difícil —coreó el bajito.

—Si te he seguido bien —murmuró Emilio con las pupilas brillantes—, lo que nos propones es actuar aceptando de antemano el fracaso.

—Sí —dijo Giner.

—El sacrificio.

—Sí. El sacrificio.

Una atronadora salva de aplausos acogió el final del discurso. Una banda de música entonó unos compases del Himno Nacional. El Delegado pronunció las invocaciones rituales y, como al comienzo, la multitud repitió el Nombre a gritos.

Cuando se restableció el silencio, el Maño desenchufó al aparato de radio.

—El sacrificio es la capacidad más sublime del hombre —dijo Costa, con inesperado ardor.

—Pue ser muy sublime y muy lo que usté quiera —repuso el estibador bajito—. Pero, a estas alturas, nadie está pa ideales ni santidades.

—La gente sólo va a lo suyo —dijo el tercer estibador—. El café, un buen

carajillo...

—El cine, el fútbol, los toros...

—Un polvete por ahí de vez en cuando...

Evaristo cerró los botes de colillas y comenzó a silbar.

—Yo no he tenido nunca ideales —prosiguió Costa, con las mejillas arreboladas—, pero he admirado siempre a los que tienen uno. No importa cuál... Uno...

Sin decidirse a hablar, tras el esfuerzo del discurso, Giner les escuchaba, desanimado.

—No se trata de sacrificarse tontamente, por gusto del martirio —dijo Emilio, acudiendo en su socorro—. Lo que nuestro amigo propone, es trabajar con humildad por un objetivo a largo plazo.

—¿Trabajar...? Muy bien —le cortó el de los mostachos—; pero ¿cómo?

—En la esfera que nos es propia —repuso Emilio—. Él, en su garaje; tú, en tu empresa; yo, en la mía...

—El Muelle está lleno de soplones —murmuró el bajito—, el mes pasao enchironaron a uno.

—Toda actividad supone un riesgo. Si no saltamos de una vez a la arena, no lograremos unirnos nunca.

Giner le miró, lleno de reconocimiento. Emilio hablaba con voz firme y los estibadores le escuchaban, interesados.

—... Si queremos obtener algo, hemos de arriesgar algo. De otro modo, no tenemos ningún derecho a quejarnos y merecemos nuestra suerte.

—Yo conozco a unos cuantos a los que se puede hablar sin peligro —dijo, tras leve vacilación, el de los mostachos.

—Pues de eso se trata: de reclutar gente segura y de discutir el problema con ella... Con que cada uno de nosotros encuentre cinco y estos cinco a otros cinco, y así sucesivamente, imaginaos el resultado... En el pasado, nuestros padres obtuvieron muchas victorias de esta manera...

La conversación parecía encauzarse, al fin, por buen camino y Giner miró al Maño, a los estibadores y a Emilio, con el corazón palpitante. Por un segundo, volvió a ver, ante él, la comunidad de los hombres desposeídos. Sus partículas, aisladas hasta entonces, se juntaban poco a poco, formando un cuerpo... Tal vez había llegado la hora de la Unión. Como decía Emilio, gran número de empresas victoriosas habían tenido principios difíciles... Pero, en el instante en que se disponía a exponer su plan, alguien golpeó la puerta del bar, y todos cesaron de discutir, reteniendo el aliento.

—Paso... —exigió una voz.

—Abran... La policía...

Los golpes redoblaron con violencia, como una lluvia de piedra, acantaleando sobre un tejado de pizarra. Acorralados, contemplaron el único ventano de la trastienda, redondo como un ojo de buey. Y, por la expresión abatida de los otros, Giner comprendió que estaban cazados.

—Lo hemos oído to —dijo una voz conocida.

—Dejadnos conspirar...

—Abrid, u os denunciaremos...

El Maño se levantó dando un suspiro. Emilio y los estibadores cambiaron una mirada de interrogación. Absorto de nuevo en su trabajo, Evaristo seguía seleccionando colillas.

—Aguardad un segundo —dijo el patrón.

Los visitantes se impacientaban y el Maño les abrió la puerta del bar. Desde la trastienda escucharon voces de júbilo y gritos de bienvenida. Luego, los pasos se acercaron hacia ellos, y Cinco Duros y Cien Gramos surgieron tras la cortina.

—Estamos giraos.

—Llevamos una jumera de atipa.

—No hemos dormío desde anteayer...

—Andábamos peleaos y nos hemos vuelto a hacer amigos.

Giner les observó con desesperación. Cien Gramos había perdido la camisa en algún lado e iba desnudo de cintura para arriba. Cinco Duros tenía un dedo vendado y un cardenal encima de la ceja. Ninguno de los dos se aguantaba de pie y se abrazaban para no caer.

—Ayer fuimos a ver a las putas.

—Cinco Duros se pegó con un matón.

—El dedo me lo he escachao en la puerta del tranvía.

—El cobrador se insolentó con nosotros y nos hizo bajar...

Sin aguardar la invitación del Maño, Cinco Duros cogió la bombona de vino y se sirvió un buen trago.

—Hoy es un gran día pa los dos...

—Cien Gramos es un hermano de verdá...

—Me dijo que no era capaz de dejar el carro, y lo dejé.

—Con penco y to...

—Yo no soy un ful... Yo soy un amigo... Se sonreían felices y excitados y, posando cada uno sus manos en el hombro del otro, empezaron a cantar:

*Que venga el Socialismo
Que yo lo quiero ver,
Que aquel que no trabaje
No tiene derecho a comer...*

—Chist —hizo el Maño—, os pueden oír.

—Que nos oigan —repuso Cinco Duros—. Nos da igual.

—Nosotros estamos por la Libertá...

—Por la Libertá, y por la Anarquía.

—Queremos que to sea gratis.

—Estamos dispuestos a gritarlo en la calle...

—... A chantárselo al mismo Caudillo.

El Maño les había traído dos sillas y se dejaron caer, como paquetes.

—Hala, hablad —dijo Cinco Duros—. Os escuchamos...

Nadie se decidió a aceptar la invitación. Los estibadores guardaban un silencio hostil y murmuraron unas palabras a la oreja de Emilio.

—Mis amigos y yo nos vamos a dormir.

—Mañana tenemos que madrugar —explicó el bajito.

—Yo creo... —comenzó Giner.

Pero Cinco Duros lo atrajo hacia él y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Déjalos. Que se larguen...

—Sí. Solos, conspiraremos mejor.

Hundido, sin fuerzas para levantarse, les vio partir, con tristeza infinita.

Emilio, Costa y el viejo se habían despedido también y en la trastienda sólo quedaron el Maño y los borrachos.

Mientras vaciaba el vaso (volvía a sentir, de repente, una terrible sed) les escuchó cantar alegremente su copla, con la tonada del Himno de la República.

Cinco

La vida de la mujer del imaginero conocía una primavera inesperada. El dinero entregado a los padres del niño había surtido efecto inmediato. Antonio se presentó en el piso al cabo de dos días y, desde entonces, venía a hacerle compañía la mayor parte de la jornada.

Al principio, el niño le había planteado varias preguntas acerca de su trabajo; ni los recados que ella le enviaba a hacer de vez en cuando, ni las rarísimas llamadas telefónicas, casi siempre equivocadas, justificaban el sueldo, los regalos, los trajes. Pero Antonio parecía haberse acostumbrado en seguida a la ociosidad y, tumbado en el sofá de la sala, mataba el tiempo, devorando novelas de aventuras.

Replegado cada uno sobre sí mismo, permanecían en silencio durante largas horas. La mujer deseaba hacerle hablar de su familia, de su vida en el Refugio, de sus amigos; pero, pese a sus esfuerzos, no conseguía romper el hielo. Cuando intentaba comenzar, en su garganta se formaba como un nudo, y algo más fuerte que ella le impedía pronunciar palabra.

A menudo, se sorprendía hablándole con sequedad. Antonio levantaba rara vez la vista para mirarla y se contentaba con responder con monosílabos. «Sí, señora», «No, señora», decía. Cuando ella le daba dinero para helados o novelas se esforzaba en sonreír; de ordinario, se limitaba a murmurar las gracias.

El primer día, al llegar, había mirado la foto de Jorge clavada en la pared del comedor. Sin embargo, la extraordinaria semejanza de la mirada del niño con la suya no pareció llamarle la atención. La mujer le explicó que era su hijo y que había muerto. Pero, como Antonio no hizo ninguna pregunta, interrumpió la conversación, desanimada.

—No sé cómo hacerle comprender que quiero ser su amiga —dijo a Estela, cuando vino a verla.

—Ten paciencia, mujer... El chico debe de sentirse desplazado, y desconfía...

—Lo he intentado todo... todo...

—Espera unas semanas, y verás. El que adoptó Nieves la quiere ahora como un hijo.

Desde entonces, empleaba una nueva táctica. El niño se mantenía siempre a la defensiva, como si recelara algo malo de ella y, de acuerdo con Estela, decidió dejarle la iniciativa, para ganar poco a poco su confianza.

—No quieras imponerte de golpe... Lo mejor es seguirle la corriente...

Una mañana, Antonio subió con ella al desván. Conforme había prometido a la familia, el niño debía ir a la escuela en octubre y, para preparar el terreno, le enseñó los antiguos libros de estudio de Jorge.

Acuclillado en el suelo, Antonio los observó sin gran interés. En cambio, contempló con los ojos brillantes el gran mapamundi en colores.

—¿Y esto? ¿De quién es?

Ella le dijo que podía quedárselo, si le gustaba, y, a partir de aquel momento, Antonio pasaba horas enteras acodado delante del mapa.

—¿Qué miras? —le preguntó una vez.

El niño volvió la cabeza lentamente, como si despertara de un sueño:

—América.

—¿Te gustaría ir allí?

Antonio esperó unos segundos antes de contestar e hizo un ademán con los hombros:

—Estoy mejor en España.

La respuesta era, evidentemente, un embuste y no se atrevió a preguntarle más. (En lugar de acercarlos, la proximidad parecía haber levantado entre ellos una nueva barrera. El diálogo no llegaba a prender jamás. Como dos emisoras de radio, transmitían distintos programas.)

—¿Y él? —le preguntó Estela, el domingo siguiente—. ¿Qué dice, él?

—¿El capón?

—Sí... Tu marido.

—Nada —rió—, absolutamente nada...

Encerrado en su dormitorio, como un Buda, había renunciado, al fin, a hablarle. Cada mañana, se levantaba temprano para ir a la tienda y no regresaba al piso hasta después de medianoche.

—Ahora que tengo al niño conmigo no pienso jamás en él. Es como si, de repente, se hubiera vuelto un extraño...

—¿Y el niño? ¿Qué dice de él, el niño?

—Se lo he explicado todo... La forma como tuve mi hijo, y lo demás... Quiero que el día de mañana lo desprecie también. Aunque, de momento, no pueda comprender nada...

El día de la Virgen del Carmen (lo recordaba bien, Estela se había ido a Madrid, la víspera) la mujer descubrió que Antonio le robaba. Por la mañana había dejado un billete de cien pesetas dentro del bolso y, cuando a la tarde quiso pagar la nota del colmado, descubrió que había desaparecido.

El hecho se repitió el día siguiente, y al otro, y al otro. Con una mezcla de placer y amargura, reponía cada vez el billete. (Oculta tras el armario del pasillo, espiaba al niño mientras lo robaba. El corazón le latía con fuerza, y un miedo incomprensible le obligaba a retener el aliento, como si fuese ella la culpable.)

Antonio parecía tener conciencia clara del juego y, tácitamente, aceptaba su complicidad. (El robo, conocido y admitido por los dos, creaba, en cierto modo, una especie de lazo.)

A medida que el verano avanzaba, el deseo la hostigaba con mayor violencia. Por la noche, mientras, enervada por el calor, daba vueltas y más vueltas en el lecho sin conseguir pegar un ojo, el rostro de Antonio, delicado y cruel, próximo, y, a la vez, remoto, emergía entre las sombras, junto a ella, y flotaba, grave y sutil, como una

máscara.

La mujer tendía los brazos e intentaba atraparlo. Una ansiedad jamás sentida le obligaba a removerse entre las sábanas. El niño se mostraba siempre sonriente, con la expresión soñadora de cuando miraba el mapamundi. Sus manos le acariciaban el cuerpo con suavidad y sus labios se aproximaban y se posaban sobre los suyos.

Una noche creyó oír su voz en la calle y abandonó la cama, desnuda. Tenía el cuerpo tenso, como de goma, y sus venas vibraban, igual que cañerías. Acurrucada en el descansillo de la escalera, repitió, en vano, su nombre. Oía fuera las voces de los borrachos y se estremeció, llena de angustia.

A tientes, regresó a su dormitorio. El espejo estaba junto al balcón y había luz. Durante largo rato contempló, fascinada, su propia imagen. Su cabello se alborotaba, desgredado, y la noche acentuaba atrozmente sus arrugas. Cubriéndose la cara con las manos, rompió a llorar.

En la calle, los borrachos seguían peleando.

Metralla cogió el billete de veinte duros y le dio una palmada en la espalda.

—Esto está mejor, barbi —dijo.

Sin responder a su sonrisa, Antonio se sentó en el petate. Como siempre que venía del piso de la mujer, se sentía triste y deprimido. Hacía más de un mes que había ido a verla por primera vez y no sabía aún cuánto tiempo tendría que soportarla.

—Ten paciencia, leche —le decía su amigo.

Pero Metralla no estaba encerrado con ella ocho horas al día, sintiendo sus ojos de loca sobre los suyos, siempre al acecho. Metralla se limitaba a embolsillar cada noche el dinero, sin aguantar su silencio hostil, ni su voz, ni su risa. Desde que Antonio le robaba el dinero del bolso, le observaba con una expresión especial. Astuta y rencorosa como era, esperaba sin duda una buena ocasión para denunciarle...

—Te digo que el día menos pensado enviará la gripa al Refugio —insistía—. Y, entonces, adiós viaje...

—Si se hubiera dao cuenta de que la alivias, te habría largao ya.

—Se esconde en el pasillo para guipar... Te juro que la he oído.

—Si te ve y te deja, es que se le da igual.

Imposible hacerle salir de sus trece. Antonio había probado todos los medios y Metralla se mantenía incommovible. En tanto esperaban la ocasión de najarse, repetía, había que aguantar mecha... El dinero que apañaba era necesario para el viaje... Si Antonio se rajaba, no tenía más que decirlo.

—No; no me rajo —se defendió, irritado—. Pero la conozco mejor que tú y sé lo que se trae entre manos. Si la vieras como yo todos los días...

—Tú continúa como ahora, y aguarda.

—¿Aguardo? ¿Qué?

—A que tengamos reuníos los cuartos.

—Ayer vi el cajón donde metía los billetes —repuso Antonio—. Si el tipo te dice la fecha de salida, los alivio el mismo día del embarque.

Tras breve discusión, acabaron por ponerse de acuerdo. Metralla dijo que a primeros de agosto atracaba un gran transatlántico en el que era posible colarse. Si Antonio se comprometía a apañar con todo, lo más prudente era interrumpir el hurto, esperando el momento de su llegada.

—¿Cuánto crees que tiene la vieja?

—No sé... Mucho.

—¿Estás seguro de que te atreverás a cogerlo?

—Seguro.

—¿Me lo juras?

—Te doy mi palabra.

Desde entonces, el niño pasaba horas enteras soñando delante del calendario. El tiempo transcurrido con la mujer en el piso o de palique, con los guirlocheros, dejó de parecerle largo e inútil y se convirtió en un simple paréntesis de espera, que debía cerrarse, definitivamente, a la llegada del barco.

Tendido en la playa, junto a su amigo, se entretenía en divagar y en hacer planes. La idea de no haber empezado a vivir aún de verdad confería a su viaje una emoción suplementaria. «Las tres semanas que faltan —decía— me gustaría pasarlas dormido. No quiero ver, oír, ni aprender nada... Cuantos menos recuerdos lleve, más fácil será olvidarlos.»

Con una libreta y una punta de lápiz, había hecho el cómputo de las horas, minutos y segundos que le quedaban de vida en España:

«Quinientas cuatro horas. Treinta mil doscientos cuarenta minutos. Un millón ochocientos catorce mil cuatrocientos segundos...». Metralla le invitó varias veces al cine, pero no quiso aceptar. «Como las películas me gustan —argüía—, prefiero no verlas. Si voy, sé que me distraeré. Y yo sólo quiero pensar en el viaje...»

Los días eran largos y calurosos y, a la salida del piso, se detenía a reflexionar en la playa. El Refugio había perdido para él su antiguo atractivo. La disciplina de la pandilla se había relajado poco a poco y, desde el comienzo del verano, cada uno tiraba por su lado.

Un día, el Gitano se fue a vivir con su amiga al barrio Chino. Alberto se pasó la noche entera buscándole y al día siguiente desapareció sin decir a dónde iba. Gonzalo y Cristóbal no dirigían la palabra a Drácula. El Neorrealista cayó enfermo y estuvo una semana delirando. Metralla había renunciado a ejercer su autoridad y, después de cada golpe, menudeaban las disputas y las riñas.

Su vida estaba hipotecada hasta la fecha del embarque y Antonio evitaba en lo posible la compañía de sus amigos. Como un autómata, iba del piso al Refugio y del Refugio al piso, ajeno íntimamente a cuanto pasaba.

La mujer del imaginero le hablaba sin parar de su hijo y la escuchaba absorto, sin poner atención en lo que decía. A fuerza de esperar, su cerebro estaba como hueco y

apenas lograba distinguir las palabras. Tumbado sobre la arena, al atardecer, hacía un último cálculo del tiempo y, de vuelta al Refugio, arrancaba una nueva hoja del calendario.

A medida que se acercaba la fecha, Metralla se mostraba agitado y febril y, sin prevenirle, salía a vagabundear por el barrio. Antonio acechaba su regreso con ansiedad. La noche se le hacía larga sin él. Había soñado una vez que le ocurría un accidente y temblaba por la realización de su viaje.

Un día, sin poder contenerse, le siguió, a prudente distancia. Metralla se había alejado de la playa al llegar a la altura de los merenderos y recorrió las callejuelas de la Barceloneta con las manos hundidas en los bolsillos. Pero, antes de descubrir el lugar adonde iba, volvió la cabeza atrás, como guiado por un presentimiento, y descubrió la silueta de la mujer, aconchada a la pared de una casa.

Desalentado, el niño se dirigió de nuevo al Refugio. Había encontrado en el suelo un pedazo de yeso y escribió en el bordillo de la acera:

NUEVE DÍAS

La luna brillaba, redonda como una moneda, y cortó hacia el fortín, por el camino de la playa.

El escamoteo se llevó a cabo con facilidad inesperada. El niño lo había realizado mentalmente docenas de veces y, atónito, descubrió que el corazón no le latía. El sobre contenía un fajo de billetes de mil y lo palpó antes de metérselo en el bolsillo. Después, cerró cuidadosamente el cajón del bargueño y devolvió la llave al interior de la bombonera de plata.

El reloj de la cómoda marcaba las seis y diez. Metralla le esperaba en el muelle a la media y abandonó la habitación sin apresurarse. La mujer dormitaba en el sofá de la sala y se escurrió hasta el recibidor, de puntillas.

—Antonio...

Su enemiga pronunciaba su nombre en el sueño y la escuchó, reteniendo el aliento. Con alegría cruel, trató de imaginar su reacción en el momento de despertarse. Aquella mañana, Antonio le había escrito una carta de despedida y, al salir, la echó en el buzón que había en la esquina. «*Me voy para siempre de España —decía—. No hintente buscarme. El dinero que le he quitado del sobre, se lo devolveré por giro postal en cuanto me aya hecho rico.*»

El niño bordeó la verja del muelle y se encaminó al lugar de la cita. Sentado en un rollo de cuerdas, contó el dinero del sobre.

El sol coloreaba el humo de los barcos de jalde brumoso y las gaviotas rasaban la boya, con revoloteo de abanicos. Miró a Colón y las torres del transbordador. En el

muelle de enfrente, había atracado un gran transatlántico. ¿Sería, quizás, el suyo? Durante unos segundos, fantaseó con los ojos cerrados. De repente, sintió el roce de una mano y se volvió. Era su amigo.

—¿Te encuentras mal?

Antonio negó con la cabeza. Metralla llevaba el gorro echado hacia atrás y vestía su camisa y pantalón de marino. Su cara estaba recién afeitada y el pelo le olía a colonia. Sin decir nada, el niño le tendió el sobre. Metralla contó los billetes, fascinado, y, al concluir, lo miró con ternura.

—¿Son diez mil?

—Sí.

—Caray... En la vía los había visto juntos... Su amigo se humedecía los labios con la lengua y acariciaba el fajo, como absorto.

—¿Y la mujer?

—Dormía.

—¿Estás seguro de que no te ha guipado?

—Seguro.

—Sospecharse, sí se lo sospechará.

—No importa. Cuando avise a la gripa, estaremos ya en alta mar.

—Sí, claro.

Un barco hizo sonar su quejumbrosa sirena y las gaviotas de la boya volaron asustadas.

—Dentro de unos minutos tengo una cita con el gachó. Cuando haya arreglado el asunto con él —dijo Metralla, señalándole el transatlántico—, nos encontraremos allí, a las nueve.

—¿En qué sitio?

—Junto a la grúa.

—¿No puedo ir contigo, ahora? —preguntó el niño.

—No. Debo verle a solas.

—¿Dónde?

—En un bar de las Ramblas.

Traicionando su impaciencia, se había puesto de pie y Antonio le imitó, lleno de angustia.

—¿Te marchas ya?

—Sí. Voy a llegar tarde.

—Entonces a las nueve, en el muelle, junto a la grúa.

—Eso mismo.

Sentía un irrazonable deseo de gritar: déjame ir contigo, no quiero pasar las dos horas solo; pero un miedo muy hondo se lo impedía y las palabras morían en la garganta.

—Adiós, chacho —dijo Metralla, cogiéndole el mentón con la mano.

—Adiós, hasta ahora —murmuró el niño.

Sentado de nuevo entre las cuerdas, lo miró mientras se alejaba. Metralla caminaba seguro de sí mismo y se volvió varias veces, sonriéndole. La inminencia del embarque no parecía afectarle, como a él, y le señalaba con el brazo hacia la Estación Marítima. Luego, hizo un salto mortal de volatinero y desapareció tras la verja, riéndose a carcajadas.

Sin saber por qué, la pirueta había reavivado su inquietud y Antonio se incorporó de un salto. La verja que rodeaba al muelle tenía varias salidas y se asomó al Paseo Nacional. Pero, aunque dio la vuelta completa a la manzana, no vio a Metralla por ningún sitio: ejecutada su suerte de saltimbanqui, se había esfumado sin dejar rastro.

El niño bebió una cerveza en un bar y regresó otra vez a los muelles. La mujer del imaginero podía haber avisado ya a la policía y, cerca del barrio, corría el riesgo de ser descubierto. Diez mil pesetas era un cifra importante... Los periódicos de la noche iban a hablar del robo, sin duda, y su fotografía, como la de Sabater, saldría en la primera plana de *El Caso*.

Cautelosamente, espió la silueta del aduanero, inmóvil junto a la garita. A aquella hora, el comisario debía de haber cursado orden de detenerle y Antonio se supuso, por un instante, perseguido de los civiles. Había visto en el cine muchas escenas parecidas y se preguntó qué hubiera hecho Sabater en tal caso. Llevaba encima la foto del bandido y la examinó, para darse fuerzas. «*El atracador caerá en nuestras manos —leyó, estremeciéndose—; pero sabemos que no se le podrá detener con vida. Es como una fiera acorralada. Morirá matando.*»

Procurando no llamar la atención, se deslizó hasta la pila de cajas adosada a la pared del cobertizo. Al abrigo de cualquier mirada indiscreta, pasó revista, por última vez, a su equipaje: el diccionario inglés y la pila, la navaja albaceteña, el mapa de América y las vainas de bala.

(El sol se había quitado al fin tras Montjuich y la luz se disolvía lentamente en el aire. Las últimas golondrinas volvían de la escollera, abarrotadas de público, y los cadetes del buque escuela vecino arriaron, solemnemente, la bandera del mástil.)

Durante largo rato, permaneció inclinado sobre el mapa de América. El libro de Geografía de la mujer contenía una detallada reseña de los países que iban a visitar y se había aprendido de memoria sus límites, extensión, población, ciudades y accidentes naturales. Cuando le fue imposible leer, consultó el reloj luminoso de la torre y se puso de pie. Las agujas señalaban las nueve menos diez. Si no se daba prisa, iba a llegar a la cita tarde.

Oprimiendo la navaja entre los dedos, recorrió los muelles desiertos, bajo el haz amarillo de los focos. Frente a Colón había americanos y policías y dio un rodeo, para evitar una emboscada. El correo de Mallorca partía, rezumante de luces, y torció a la izquierda, en dirección al transatlántico.

Desde la grúa, observó que faltaba un minuto para las nueve. Metralla no había llegado aún y se sentó a esperar en un bolardo. El corazón le latía con fuerza, después de la carrera, y acechó el ir y venir de la gente, con la respiración entrecortada.

—Se ruega a los señores pasajeros que no hayan pasado aún por la Aduana, se sirvan hacerlo con la mayor brevedad posible a fin de...

El altavoz repitió la advertencia en francés y en inglés. Los tripulantes subían y bajaban por la pasarela y las grúas descargaban el equipaje en el barco...

Sin poder dominar su impaciencia, se puso de pie. Durante unos minutos (lo importante era no pensar) contempló el reflejo de la ciudad sobre las aguas. Después, una lancha rápida pasó y el reflejo se deshizo en mil pedazos.

—¡Metralla!

El grito le había brotado a pesar suyo, ahogado en seguida por el zurrido de una sirena. Pero el muchacho de la gorra continuó, indiferente, su camino y Antonio escrutó el muelle desierto con los ojos llenos de lágrimas.

La Estación Marítima estaba cercada por una verja de hierro. Desesperando ya de su amigo, intentó, febrilmente, escalarla. Un policía rondaba, con el fusil al hombro, y, al verle, le amenazó desde lejos.

—Largo, chaval...

Asustado, el niño volvió a ocupar su puesto bajo la grúa. El altavoz transmitía nuevas consignas y los pasajeros se despedían y agitaban pañuelos en el puente del barco.

Con el cerebro en blanco, aguardó aún. El reloj de la torre marcaba las diez y diez, el buque levaba el ancla para partir y en el muelle no se veía un alma. Después, un hombre pasó a su lado, preguntando por el Club Marítimo, y el acento alegre y pausado de su voz le sacó de sus casillas. A gritos, le respondió que no lo sabía ni se le importaba y, perdido el dominio de sus nervios, corrió hacia la Barceloneta llorando. (Como en una pesadilla leyó LE HAVRE, STOCKHOLM, LONDON, PANAMÁ, BUENOS AIRES... Las naves, reunidas por un instante en el muelle se iban a dispersar como semillas al viento y, sobre la redonda superficie del planeta, recorrerían océanos y mares...)

La ciudad le digirió, como un enorme estómago, y, durante varias horas, erró por sus calles, sin rumbo. Lo había apostado todo a una sola carta y, al perder, se sentía yermo, vacío... Sin ninguna sorpresa, se encontró cara a cara con la mujer y le señaló el puerto, con un ademán.

—Se ha ido.

—Sí.

—No volveré nunca a verle...

—Nunca.

Luego, se despertó, desnudo, en su habitación, llorando y delirando en voz alta. La mujer estaba tendida junto a él, como una amante, y Antonio le hablaba del robo, del viaje y de la traición de Metralla... A veces, la fatiga le vencía y se sentía como caer en un pozo. Y, al despertar, la mujer seguía a su lado, al acecho, acariciándole el cabello, la frente, las mejillas, las manos... Su cara flotaba sobre la de él, como una máscara, y, al mirar los ojos, brillantes y desorbitados por la alegría, Antonio

comprendió, con una mezcla de tristeza y alivio, que su niñez había muerto y que, en adelante, jamás podría escaparse.

Seis

A mediados de julio, una nueva ola de calor se abatió sobre el barrio. Durante una semana, el termómetro se mantuvo a más de cuarenta. La mitad de las fuentes se secaron y las mujeres volvieron a hacer cola para el agua.

El rumor público atribuía, como siempre, el hecho al arma secreta de los americanos. «Nos quieren arruinar la cosecha, para obligarnos a comprar la suya», afirmaban los entendidos. Con sus delgados techos de latón o pizarra, las barracas eran auténticas solaneras. El sol machacaba sin tregua desde el amanecer hasta la anochecida y, durante todo el día, la brisa soplaba ardiente, como salida de una fragua.

La canícula excitaba los nervios de la gente y, a cada instante, estallaban riñas y disputas. Un hombre acuchilló gravemente a su mujer y otro golpeó con un martillo a su hijo. La prensa de la ciudad se hizo eco de estos sucesos y *La Vanguardia* publicó el artículo de un eminente sociólogo sobre «*el bajo índice de moralidad de las clases menos favorecidas*».

Para poner remedio a la situación, las autoridades decidieron incrementar la vigilancia y, una mañana, el barrio amaneció lleno de civiles. Desde entonces, Hombre-Gato les veía recorrer lentamente la playa, verdes y negros como insectos, con el tricornio espejeando al sol y el fusil ametrallador al hombro, frente a la calcinada extensión de las chabolas y barraquitas.

La ciudad en peso se volcaba hacia el mar y el niño recorría la playa, mendigando dinero a los turistas. Sin otra prenda de vestir que sus viejos calzones, mostrando al desnudo su costillar flaco, probaba fortuna de la mañana a la noche, improvisando sonrisas y súplicas, muecas de dolor y miradas de hambre.

—Señora, buena señora...

—Una caridá pa el huérfano...

—Una limosnita, que Dios se lo pagará...

Un día, los guardias se detuvieron ante una choza de hoja de lata y se llevaron detenida a Coral. Hombre-Gato había pasado la mañana en los merenderos y, al enterarse, corrió hacia comisaría con los ojos llenos de lágrimas.

Desde la verbena de San Juan soñaba continuamente con la chiquilla y, sin decirle nada, depositaba diariamente un regalo junto a su puerta. (El dinero antiguamente empleado en bombones o helados lo gastaba comprando postales de colores, lazos, gafas de sol y sortijas.)

El recuerdo de Coral, desnuda bajo su traje rojo, le perseguía como una obsesión y, huyendo de sus amigos, Hombre-Gato se refugiaba a menudo bajo los arcos del puente. Allí, sustraído a todas las miradas, se deleitaba en evocarla con los ojos cerrados, hasta que el corazón le batía como un tam-tam y la cosa (el placer) se producía.

Sin darse cuenta, se encontró frente a comisaría. La puerta estaba abierta de par

en par, pero un guardia le cortaba el camino.

—¿Qué buscas?

El niño levantó la cabeza amedrentado.

—Una prima mía —mintió—. Una chica que vive en las chabolas, al lao de la cloaca...

—Ya no está aquí —repuso el guardia, sin mirarle—. La han trasladado.

—¿Adónde?

—Nosotros no sabemos nada. —El hombre hizo una castañeta con los dedos—. Hala, lárgate...

Hombre-Gato retrocedió y se sentó en un banco del Paseo. Los tranvías subían abarrotados de gente y un señor gordo llamaba a gritos un taxi. Sin darse todavía por vencido, examinó la fachada del edificio. La mayor parte de las habitaciones tenían la luz encendida y se asomó a curiosear por las ventanas.

—Te he dicho que no está aquí, chaval —le gritó el guardia—. Se la han llevado al Reformatorio hace rato.

—¿Al Reformatorio?

—Sí.... Con la cabeza bien rapada...

El niño se alejó, confundido. La sobrina de Eulogio había enterrado su juventud allí. Las reclusas, explicaban, iban vestidas con trozos de saco y trabajaban como esclavas durante todo el santo día.

—¿Cuánto tiempo están? —le había preguntado una vez Hombre-Gato.

Y se acordó, con terror, de la respuesta de la muchacha:

—Psche... Depende... Unas, cinco o diez años... Otras, toa la vía...

Amparado en la oscuridad, contempló largo rato la barraca cerrada. Alguien había hecho limpieza en su interior y, lleno de tristeza, descubrió sus postales, rotas, en el camino.

Coral no estaba ya allí; tal vez no volvería a verla nunca...

Al día siguiente espió aún; y al otro, y al otro. Y la choza seguía siempre cerrada y las postales brillaban en el polvo...

La idea de una Coral sin cabellos y envuelta en miserables jirones de saco se superpuso poco a poco a la otra: a la de la criatura morena y roja, brillante y llena de vida.

El día de Santiago hubo una tempestad de truenos y relámpagos y Hombre-Gato salió a mendigar con sus amigos.

De regreso, Ramón y él pasaron frente a la casa de Coral. Una familia cargada de niños se había instalado en ella y los restos de las postales habían desaparecido, arrastrados por la lluvia.

El tiempo había barrido también su recuerdo y, asombrado, descubrió que el corazón no le batía.

Una semana antes de que expirara su permiso de salida, Emilio regresó a Francia. Sus tentativas de encontrar una buena plaza de ajustador habían sido inútiles y, desanimado por la aparente paz que reinaba, decidió emigrar de nuevo.

Como la vez anterior, Giner fue a despedirle a la estación y le siguió con la vista desde el andén, hasta que se perdió en la distancia. «Vendré pronto. Quizá por Navidades», le había dicho al partir. Pero, por la expresión huidiza de sus ojos, Giner supo que Emilio le mentía y que estaba tan seguro como él mismo de que jamás volverían a verse.

Agobiado de calor y tristeza, se encaminó, lentamente, a casa. La idea de ver a solas a su mujer le fatigaba de antemano. El domingo último, Alfonso se había hecho cornear en una becerrada y, aunque sólo sufrió una herida leve, Trinidad hizo un drama terrible. Con voz aguda, le acusó de ser el responsable directo de la desgracia y le insultó delante del médico que vino a sacarle los puntos.

—Lo que nos faltaba... Que encima saliera como tú... Después de todo lo que he penado... ¡Señor, Señor, qué castigo!...

El accidente le parecía un aviso del cielo y la chabola se llenó de nuevas imágenes. Una estatua luminosa de Nuestra Señora de Fátima se instaló junto a la Sagrada Cena de escayola del comedor y, a la complicada bendición de la mesa, se añadió una plegaria para la pronta conversión de Rusia al Inmaculado Corazón de María.

El patrón le había dado un día de permiso y se detuvo a beber en la taberna. Cuando entró, el Maño llenaba el botijo de agua y los manguis jugaban a cartas en un rincón. Cien Gramos bostezaba, acodado en la barra y, al verle, vino hacia él, con gran misterio.

—Chist... —hizo llevándose el índice a los labios—. No le hables...

Siguiendo la dirección de sus ojos, Giner contempló la humillada figura de Cinco Duros. Sentado en el suelo, como si no pudiera tenerse de pie, se había despojado de su mugrienta camisa y se rascaba la negra pelambreira del pecho.

—Hemos reñío pa siempre —le confió Cien Gramos—. Es un falso hermano... Un mal amigo...

Huyendo de sus explicaciones estropajosas, se sentó en la única mesa libre. A su derecha, un hombre bebía una botella de coñac y tuvo que hacer un esfuerzo para reconocerle. Saturio llevaba una barba de días y parecía haber envejecido diez años. La piel de sus mejillas estaba azulosa y lívida y sus ojos brillaban, inyectados de sangre. En un momento dado, alguien le rozó sin querer y se puso de pie, lleno de furia.

—¡Dejadme en paz, qué carajo! —gritó—. ¿Es que no se puede beber tranquilo?

En el local, hubo un instante de silencio y el culpable se alejó farfullando excusas. Tras la barra, el Maño amorró ligeramente la cabeza.

—¿Qué le ocurre? —dijo Giner al pagar.

—No sé... —El Maño miraba, como él, el rostro contraído de Saturio y su traje arrugado y lleno de manchas—. Desde hace una semana, lo tengo aquí todo el día...

—Debe de ser lo de la pequeña, claro...

—Sí. El golpe lo ha dejado muy abatido.

Incapaz de soportar el espectáculo, Giner se asomó al sol de la explanada. La calina envolvía el paisaje de celofán y el mar espejeaba, como una superficie de vidrio. En el barrio calcinado y exhausto, las radios parloteaban, indiferentes al calor. Acechando un amago de brisa, la gente había abierto de par en par las puertas de las chabolas y, de vez en cuando, absurda como un fenómeno de alucinación, una avioneta volaba, sedienta, sobre la playa.

—Señó Giner...

Se volvió a mirar, defendiéndose de la reverberación con la mano. Una mujer corría hacia él, con el rostro empapado, y la miró sin saber a ciencia cierta quién era.

—¿Lo ha visto usted?

Y, por su ademán al señalar la tasca del Maño, más que por su arrugado vestido negro, comprendió que se trataba de la mujer de Saturio.

—Sí.

Fuensanta lloraba o sudaba y se enjugaba el sudor (o las lágrimas) con un enorme pañuelo.

—Usted que tiene letras y educación, debe hablarle... —comenzó.

—Sí.

—Desde lo de la pequeñica, no es el mismo hombre de antes, señó Giner... Ha dejado de creer en to y está como desesperao...

—Sí. —Giner intentaba, en vano, tragar saliva; la cabeza le dolía como si fuera a estallarle.

—Anteayer se peleó con el Padre Bueno y hemos perdido el piso...

—Sí.

—No hace más que beber y beber y el patrón me dice que no trabaja.

De pronto, como en una sala de cine durante la avería del sonoro, dejó de oír su voz: Fuensanta había acercado al suyo su rostro congestionado y sus labios se movían y movían sin articular ningún sonido. (Encima de ellos, el sol incendiaba la explanada.)

—Sí. Sí. Sí. Sí. Sí.

La luz parecía segarle los ojos y comenzó a caminar como herido. La mujer suplicaba y jadeaba tras él, y apretó el paso, insensible al dolor de sus lágrimas.

(No eran nadie. Los diez mil hombres, mujeres y niños del barrio, soportaban una vida de larvas. Gotas de agua, no creaban un mar. Abejas obreras, no constituían siquiera un enjambre.)

Sin saber por qué, corrió todavía al azar, por entre los putrefactos montones de basura. A través de los párpados entornados, el sol le cortaba como un cuchillo. El

suelo estaba cubierto de guijos y cascotes, y erró a ciegas, hasta sentir la caricia del mar en las sandalias.

Había llegado al límite extremo del barrio, allá donde comenzaba la vía férrea, y contempló, atontado, la aglomeración de curiosos en torno a la caseta de Evaristo.

Cuando los funcionarios del Juzgado se detuvieron ante su puerta, el viejo les acogió con una sonrisa. Su casa era una de las últimas del barrio y jamás recibía la visita de nadie. Aquella mañana, el Maño le había dado su ración semanal de colillas y, sentado en el escalón de la entrada, se aplicaba pacientemente a seleccionarlas.

El que se había adelantado primero le alargó una hoja de papel y, al ponerse las gafas, Evaristo leyó una orden de desahucio. Sin abandonar aún su sonrisa, escrutó el rostro blando e inexpresivo del hombre y la cara aburrida, y como de circunstancias, de los guardias.

Por un segundo, imaginó que se trataba de una broma.

Algún pícaro malintencionado del barrio, que se proponía darle un buen susto... Pero el hombre de la hoja no tenía ninguna traza de bromear y, desde la puerta, observaba con atención el catre, la mesa, la estufa y los pots de colillas.

—¿Tiene usted algún lugar donde ir? —le preguntó.

—No —repuso.

El funcionario hizo un ademán con los hombros, como diciendo: todos cuentan lo mismo. Vencido el temor inicial, los vecinos se atropellaban curiosamente para ver. Un camión de mudanzas se había detenido a pocos metros de allí, y sólo cuando los hombres entraron en la choza y arrojaron los muebles en él, Evaristo comprendió, al fin, lo que ocurría.

El corazón pareció parársele de repente y sus ojos se inundaron de gruesas lágrimas. Pobre y pequeña, su casa era todo lo que poseía en el mundo. Expulsarle, equivalía a condenarle a morir de hambre o de vergüenza, en la calle o en el asilo.

Como en una pesadilla, contempló a Giner mientras se abría paso entre los mirones e insultaba y gritaba frenéticamente a los guardias. Cuando sus sentidos se normalizaron, la puerta de la caseta estaba sellada y el camión había desaparecido con la cama, los muebles, Giner y los policías. Los vecinos le rodeaban, solícitos y asustados, y una mujer le daba una taza de tila con azúcar.

—Beba un traguito, abuelo...

—Si quiere pue usté cenar con nosotros.

—Mi cuñao está fuera y nos sobra una cama...

Evaristo les dio las gracias a todos y se escabulló como pudo. Con las mochilas colgadas del hombro, erró de un lado a otro del barrio, sin rumbo fijo.

La noticia de lo ocurrido se había extendido con la rapidez del relámpago y, mientras andaba, sorprendía en el rostro de la gente expresiones de lástima y simpatía. Lleno de cólera, aceleró la velocidad de sus pasos. La garganta le escocía de

tanta sed y se detuvo a beber, febril, en varios bares.

Las calles de la Barceloneta hormigueaban de público y un orfeón interpretaba sardanas en la plaza. En el Paseo Nacional, dos jóvenes se acercaron a darle limosna y, al ver la expresión de su cara, retrocedieron, disculpándose.

Faltaba poco para el cierre de los comercios y entró a comprar dos sobres en una papelería. Sentado en la mesa de un bar, escribió, con infinito cuidado, una carta al jefe de Policía, asegurándole la completa inocencia de Coral y suplicándole su liberación inmediata.

El otro sobre, lo dirigió al Excelentísimo Señor Capitán General de la Cuarta Región Militar y metió en él todas sus condecoraciones de África y Filipinas. La estafeta de Correos quedaba a pocos metros de allí e hizo lacrar y certificar las dos cartas.

Al salir, guardó el recibo de la empleada en la cartera y regresó, más tranquilo, hacia su barrio. La sed le hostigaba aún y se paró a beber una cerveza. Mientras caminaba, el sol se había hundido tras el perfil de las montañas y un viento cálido levantaba, a trechos, pequeños remolinos de polvo.

Sentado junto a unos zarzales, asistió a la agonía del crepúsculo. La oscuridad se había ido espesando poco a poco y, al asomarse la luna, reanudó de nuevo la marcha.

Aquella zona estaba desierta de noche y Evaristo la atravesó lentamente, bordeando los montones de basura. Soplaba el viento, húmedo y pegajoso, y, con las mochilas al hombro, escaló el teso de la colina.

Desde allí se dominaba la enorme explanada de la estación y su mirada se detuvo en la leyenda escrita en el muro. «Ni un hogar sin lumbre, ni un español sin pan», decía.

Evaristo se acomodó bien entre las hierbas y la observó durante largo rato, fijamente. Luego se sacó la navaja de afeitar del bolsillo y, con las manos en los potes, para no manchar el suelo, se abrió las venas de los brazos.

Siete

El domingo, once de agosto, el barrio amaneció engalanado; el Excelentísimo Señor Delegado tenía anunciada la visita a las once y, desde la víspera, brigadas de carpinteros y peones trabajaban activamente en remozarlo. Una delegación del Frente de Juventudes distribuía emblemas y gallardetes de puerta en puerta y, frente a la pequeña tribuna montada en la explanada, se procedía al reparto de juguetes y golosinas a los niños.

Cuando Carlitos se asomó fuera, creyó ser víctima, por un momento, de una alucinación de los sentidos. Las colgaduras y damascos ocultaban la mugre y suciedad de las chabolas y, a lo largo de los quinientos metros de explanada, no había un solo gramo de basura. Las banderas ondeaban alegremente al viento y alguien había puesto macetas con pinos y cipreses en el trayecto del cortejo.

La junta de catequistas del Padre Bueno se había mostrado especialmente emprendedora y, desde hacía varias semanas, en el local del Frente de Juventudes, se celebraban reuniones y mítines preparatorios de la visita. Diversas ponencias habían puesto de manifiesto el carácter trascendental de la inauguración del nuevo bloque de viviendas y, tras apasionados debates, la comisión organizadora acordó revestir el acto de la mayor magnificencia posible.

Una asignación especial otorgada por el teniente de alcalde dejaba el campo libre al genio organizador de la junta. Un maestro nacional, jubilado, había compuesto, para la ocasión, un largo poema laudatorio pero, a última hora, celoso de la buena acogida de sus colegas, el Padre decidió sustituirlo por un discurso, escrito por él mismo.

Aquella tarde, Carlitos fue convocado al local de la plazuela. El Padre Bueno le recibió, tembloroso de emoción, y le hizo pasar al aula donde la comisión deliberaba. «Tengo que darte una noticia magnífica», dijo. Y, aprobado por la sonrisa paternal y obsequiosa de los otros, le anunció que había sido elegido, entre todos los niños del barrio, para recitar el discurso de bienvenida.

Sin comprender bien lo que pasaba, Carlitos se vio rodeado de guiños cómplices, felicitaciones, palmadas y apretones de mano. Los señores de la Junta habían tenido a bien precisarle que se trataba de un gran honor y una dama añadió que nunca les agradecería bastante aquel servicio. (Mientras esperaba el momento de ensayar, con el pliego del discurso entre las manos, había oído susurrar al cura: «Sí; es el hijo mayor de Saturio... Su padre ha dado un bajón, últimamente... Sería una lástima que su ejemplo pudiese perjudicar a los chicos...».)

A partir de entonces, iba a ensayar todas las tardes: «*Queremos ser activos y queremos ser humildes... Queremos ser alegres y queremos ser obedientes... Dios, que nos quitó a tantos hermanos, nos dio un buen Pastor...*». El Padre le escuchaba atentamente mientras leía y, de vez en cuando, le corregía con voz inflamada:

—Más brío... Más brío... Este párrafo debes declamarlo con fuerza, como un

joven que tiene toda una vida ante sí, no como un anciano decrepito... Repite, hala...

—... Se anuncia el gran acontecimiento. Ya resuenan las martellinas que labran los primeros sillares de los alcázares de nuestra liberación...

—Más brío aún.

—... Cantando y con los fusiles empenachados con las rosas de la paz, colgados en el balcón, al claro sol de España...

Carlitos finalizaba los ensayos agotado. A veces, el Padre se lo llevaba a merendar a una granja, pero su invitación, en vez de alegrarle, como antes, aumentaba su tristeza y fatiga. Desde hacía algún tiempo merodeaba solo por las calles del barrio y, al ver reír y jugar a los otros muchachos, se alejaba de ellos con una penosa sensación de aislamiento.

La taberna del Maño le atraía como un imán. Su padre se pasaba allí el día entero y, con la nariz aplastada en los cristales, le observaba mientras bebía. Una vez, al volver del aula, descubrió que no estaba solo. Varios chiquillos desarrapados miraban también y aquella misma tarde se hicieron amigos.

Con emoción extraña, había repetido su nombre durante la noche: Paco, Ramón, Hombre-Gato... El día siguiente los encontró otra vez y, por acuerdo tácito, comenzaron a salir juntos.

Sus nuevos camaradas eran ladinos y fértiles en toda clase de tretas e invenciones. Distribuyéndose por la playa a la hora de afluencia, pedían limosna con voz quejumbrosa y, al regresar, las pesetas y los duros abultaban en sus bolsillos.

Carlitos los veía partir con envidia. El Padre Bueno le aguardaba para ensayar y, haciendo de tripas corazón, declamaba en el aula su inacabable discurso:

—Para nosotros no hay más rojo que el de las ardientes franjas de nuestra bandera de liberación social... El rojo es uno más entre los colores del iris y, cuando lo agita sobre el cielo de la Patria la noble pasión por la justicia, entonces el rojo vibra y se funde con los demás colores para dar el blanco único, el blanco del estandarte de la paz entre los hombres de buena voluntad...

La víspera del acto, los ensayos duraron toda la jornada. El Padre iba de un lado a otro, excitado, y los miembros de la comisión parecían presa de histerismo. Subido en la tarima del aula, con su camisa azul y su boina roja, recitó hasta quedarse afónico, bajo la mirada severa y vigilante de las señoras y caballeros de la junta:

—Un pueblo que es capaz de estas hazañas del espíritu, de estos encuentros con Dios, es un pueblo de seres fabulosos que, puestos en el carril de la cultura...

Y, al fin, el día tan esperado amaneció y Carlitos se encontró inmerso en un mar de gente que le felicitaba y le abrazaba, le ponía bien la boina y le alisaba los pliegues de la camisa. Aturdido (como si fuera otro) se vio izado en una tribuna enguirnaldada de flores, mientras el barrio parecía exultar de alegría bajo el rojo y gualda de las banderas y un altavoz omnipotente machacaba jubilosas marchas militares.

—Ya vienen... Ya vienen...

Inclinándose por encima de la baranda espío la comitiva que avanzaba por la

explanada recién barrida: el Delegado, enorme en su ajustado traje oscuro... Dos señores con chaqueta negra y fajín... El Padre Bueno, que sonreía y se frotaba las manos, como enjabonándose las...

Avanzaban, avanzaban hacia él y una angustia terrible le escaló por la garganta. Subidos en el techo de una barraca. Hombre-Gato y Ramón reían y hacían cuchufletas con las manos. Y, de repente, como a un condenado antes de morir, la vida se presentó, desnuda, a sus ojos, y se acordó de Saturio y de la niña, de Giner y del viejo expulsado de la caseta. Las lágrimas brotaron incontenibles deformando su visión del grupo sonriente y benigno y, cuando la música enmudeció y el cura le hizo un ademán con el brazo, sólo acertó a balbucir:

—Delegado... Somos pobres... Mi padre...

El pliego del discurso le había resbalado entre los dedos y, cortando el penoso silencio, los altavoces reanudaron su programa.

Acodado en la tribuna, sin explicarse aún lo sucedido, contempló el cortejo de las autoridades mientras proseguía su camino en medio de una doble fila de gente silenciosa, indiferente al fastuoso ondear de las banderas y al ritmo alegre y pegadizo de las marchas.

París, enero-junio de 1957

*... Mas otra España nace,
la España del cincel y de la maza
con esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza.
Una España implacable y redentora,
España que alborea
con un hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea.*

ANTONIO MACHADO
El mañana efímero

Glosario

Acán: Alerta.

Acharar: Dar celos.

Afufa: Huida.

Afufarse: Huir. Largarse.

Alares: Pantalones.

Alfabeto: Colección de ganzúas.

Aliviar: Robar.

Altanar, Altanado: Casar, Casado. Alternar: Ser admitido en el gremio. Apañar: Robar.

Astilla, Astillar: Parte del botín, hacer partes.

Bajamanero: El que en las tiendas señala un objeto con una mano y roba con la otra.

Balbaló: Rico.

Barbi: Simpático, estupendo.

Bato, bata: Padre, madre.

Batuta: Palanqueta.

Beata: Peseta.

Berí: Cárcel.

Bidón: Coche celular.

Buten, de: De lo mejor.

Calero: El que roba haciendo un agujero.

Cartulaje: Baraja.

Cate: Golpe.

Consorte: Cómplice.

Chacho: Chico (cariñosa y familiarmente).

Chamar: Cambiar, cambalachear.

Chinar: Rajar, cortar.

Cholla: Cabeza.

Chupa: Chaqueta.

Churi: Navaja.

Diquelar: Comprender, ver.

Divé: Dios.

Encampanarse: Envalentonarse.

Encaramarse: Envalentonarse.

Fardar: Vestir, lucir.

Filar: Ir con cuidado. Mirar.

Filé, estar al: Acechar, vigilar.

Girao: Borracho.

Gripa: Policía.

Guiri: Guardia Civil.

Guirlochero: Ladronzuelo.

Guita: Dinero.

Instantánea: Prostituta.

Jabeque, pintar un: Rajar la cara.

Jamar: Comer.

Jindama: Miedo.

Jiñar: Defecar.

Jula: Víctima, primo.

Levosa: Señorito.

Lila: Víctima, tonto.

Lipendi: Perdido, cualquiera.

Lumi: Prostituta.

Mangue: Yo, me, mí, mío, conmigo.

Manguis: Mendigo.

Mordaga: Borrachera.

Naja, Najarse: Huida, largarse.

Parchear: Tantear el ladrón el lugar de la cartera.

Perista: Comprador de objetos robados.

Picar cera: Avisar el peligro.

Pimar: Fumar.

Pincho: Guapo.

Pipiar: Beber.

Poner en banda: El cómplice o tapia, distrae a la víctima para que pueda ser trabajada.

Prajandi, Prajo: Cigarrillo.

¡Queo!: Peligro.

Respeto: Querido, chulo.

Río, irse al: No astillar lo robado.

Sitiar, Sitiero: Atracar. Atracador.

Tapia: Cómplice que distrae a la víctima.

Tela: Dinero.

Tocar falla: Marcar la baraja.

Trena: Cárcel.



JUAN GOYTISOLO nació en Barcelona en 1931, en el seno de una familia de la burguesía de origen vasco-catalán. Su madre murió en un bombardeo en la guerra civil española y el padre se posicionó a favor del franquismo. Esta infancia difícil quizás influyó en el nacimiento de la vocación literaria en los tres hermanos varones; Juan, José Agustín y Luis, aunque cada uno de ellos eligió formas distintas y muy personales de creación.

En 1956 Juan se marchó a vivir a París, donde se casó con Monique Lange, a la que había conocido en la editorial Gallimard, de la que era asesor literario. Monique era un gran amiga de Jean Genet, el cual influiría notablemente en Juan Goytisolo.

A pesar de haber nacido en Barcelona, se ha considerado una especie de apátrida, tal como se define él mismo en sus novelas autobiográficas, aunque desde 1996 reside habitualmente en Marrakesh. En Coto vedado el escritor va alternando los pasajes de su biografía, por orden cronológico, desde un punto de vista de escritura tradicional, con largos párrafos creativos, donde experimenta con nuevas formas expresivas. Juan Goytisolo es el escritor más camaleónico, interesante y comprometido con el mundo contemporáneo, de la España actual.

Juan Goytisolo forma parte del Parlamento Internacional de Escritores y es presidente del jurado de la Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, UNESCO. En junio de 2001 fue nombrado miembro honorario de la Unión de Escritores de Marruecos (UEM) «en reconocimiento a sus posturas en favor de Marruecos y de su cultura».

En 2014 se le concedió el Premio Cervantes.

Murió en Marrakesh, Marruecos, donde había residido las últimas décadas, el 4 de junio de 2017.